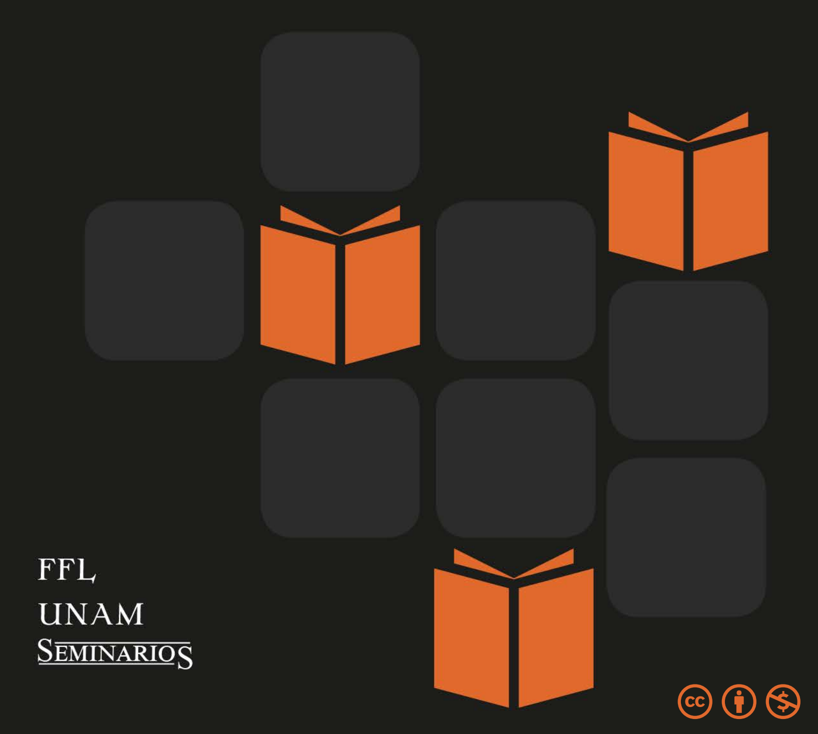
Tres variaciones del historicismo en el siglo XX:

Meinecke, Croce y O'Gorman

Rebeca Villalobos Álvarez



FFL
UNAM
Seminarios

Tres variaciones del historicismo en el siglo xx:

Meinecke, Croce y O'Gorman

SEMINARIOS



Rebeca Villalobos Álvarez

Tres variaciones del historicismo en el siglo xx: Meinecke, Croce y O'Gorman

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras

Primera edición: 2017
20 de mayo de 2017

Av. Universidad 3000,
Universidad Nacional Autónoma de México,
C. U., Coyoacán, C. P. 04510, Ciudad de México.

ISBN 978-607-02-9274-3

Impreso y hecho en México.

A Cristian y Álvaro,
porque a leer y escribir aprendimos juntos.

Agradecimientos

La primera versión de este texto fue una tesis de grado del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que se realizó bajo el auspicio del Programa de Becas de Licenciatura PROBETEL en el año 2004. Un año después, el trabajo fue merecedor de la distinción "Edmundo O'Gorman a la mejor tesis de historiografía y teoría de la historia" en el marco de los Premios INAH 2005. Sus aciertos se deben a la lectura cuidadosa de los doctores Álvaro Matute, Gloria Villegas, Javier Rico y Evelia Trejo. En una segunda etapa, fue particularmente luminosa la crítica de la doctora Trejo, que me ayudó a convertir lo que comenzó siendo un trabajo escolar en una reflexión mejor lograda sobre el pensamiento de tres connotados autores de la tradición historicista. Agradezco también la colaboración de Ainhoa Suárez en la preparación del manuscrito, así como el haberme permitido, mediante la lectura de su propio trabajo, actualizar mi interpretación de la obra de O'Gorman. Finalmente, quisiera refrendar mi profundo agradecimiento a Rodrigo Díaz. Desde hace ya quince años he compartido con él la preocupación por la teoría de la historia y me he beneficiado no sólo de sus estudios sobre el tema, sino también de su aguda inteligencia e incondicional apoyo. No podría haber bosquejado el primer proyecto de este libro sin su ayuda, ni culminar la última versión sin sus valiosas aportaciones.

Después de varios años y una buena cantidad de modificaciones y adecuaciones, considero que el material resultante

constituye un referente útil y, sobre todo, accesible para los estudiantes de la carrera de historia. Las transformaciones que sufrió el historicismo en las primeras décadas del siglo XX siguen siendo parte sustantiva de nuestra cultura historiográfica y, en ese sentido, considero que el tratamiento del tema debe seguir alimentando nuestras discusiones sobre la disciplina. El libro que el lector tiene en sus manos no pretende ofrecer una revisión exhaustiva, sus contenidos son el resultado de una reflexión que me ha acompañado a lo largo de varios años de trabajo docente y, en consecuencia, su objetivo principal es aportar elementos de análisis que enriquezcan el debate en el aula sobre el pensamiento de tres autores muy significativos de la tradición historicista que merecen un tratamiento conjunto.

Presentación: la ruta y los contenidos

> No se inventa nada, en verdad, que no tenga alguna raíz, más o menos profunda, en la realidad; y hasta las cosas más peregrinas pueden ser verdaderas; mejor dicho, no hay fantasía capaz de concebir ciertos desatinos, ciertas inverosímiles aventuras que brotan del seno tumultuoso de la vida misma; sin embargo, ¡cuán distinta resulta la realidad viva y palpitante de todas esas invenciones que de ella podamos sacar! ¡De cuántas cosas sustanciales, sumamente nimias e inimaginables, necesita nuestra ficción para convertirse nuevamente en aquella misma realidad de donde la sacamos! ¡De cuántos hilos que vuelvan a unirla con la enmarañadísima madeja de la vida, y que nosotros habíamos cortado con el fin de darle independencia!
>
> *Luigi Pirandello*

El historicismo ha sido un tema apasionante para una buena cantidad de autores en diversos lugares del mundo, no sólo por su importancia como corriente filosófica, sino también por el impacto que tuvo en el complejo proceso de modernización y profesionalización de la historiografía europea en los siglos XIX y XX. El interés que despierta su estudio crece, aunque también se torna problemático, al asumir que la tradición historicista involucra diversas propuestas, filosóficas e historiográficas, que en

algunos casos no resultan del todo compatibles entre sí. Como se ha hecho notar, tanto el fenómeno como el vocablo mismo se prestan a confusión, pues "el crecido número de pensadores que lo han cultivado, así como la no menos larga temporalidad que lo abarca ofrecen no sólo una gran cantidad de matices sino, incluso, no pocas contradicciones".[1] La necesidad de pluralizar el vocablo, esto es, de referir un conjunto de historicismos antes que una corriente definida y homogénea plantea serios desafíos a cualquier perspectiva de conjunto. Obras clásicas como *El historicismo y su génesis* (1936) de Friedrich Meinecke o *The German Conception of History* de Georg G. Iggers (1968), que sin lugar a dudas constituyen referentes obligados sobre el tema, ofrecen visiones integradoras que explican a cabalidad la conformación y características de esta corriente en el ámbito europeo, pero excluyen variantes y, sobre todo, ciertas problemáticas de orden filosófico que, a la postre, han resultado igualmente significativas para explicar el desarrollo y las transformaciones del historicismo en el siglo XX.

Desde mi punto de vista, el mayor obstáculo para definir el concepto y sus diversas expresiones a lo largo del tiempo tiene que ver con la confluencia de dos elementos: uno de carácter filosófico y otro eminentemente historiográfico. En términos generales, se puede afirmar que la perspectiva filosófica del historicismo descansa en una afirmación de carácter ontológico que sostiene que "la realidad es historia y que todo conocimiento es conocimiento histórico".[2] Las expresiones que podemos asociar con esta caracterización constituyen propuestas filosóficas que si bien aluden al desarrollo de fenómenos históricos concretos, revelan un profundo ejercicio teórico y estrategias de conceptualización acordes con una mirada analítica y no sólo diacrónica. Tal es el caso, por ejemplo, del historicismo de G. W. F. Hegel y

[1] Álvaro Matute, comp., "¿Historicismo o historicismos?", en *El historicismo en México. Historia y antología*. México, FFL, UNAM, 2002, p. 15.

[2] Matute cita la conocida ficha del *Diccionario de filosofía* de Nicola Abbagnano, *ibid.*, p. 16.

Wilhelm Dilthey. La faceta historiográfica, por su parte, supone una aproximación al problema que involucra la reconstrucción de un proceso intelectual; una historia de las ideas que nos revela la génesis de una forma de conciencia histórica que tiene sus antecedentes en el pensamiento histórico europeo de los siglos XVII y XVIII y adquiere su punto culminante en el siglo XIX, con la escuela histórica alemana. Ésta es la perspectiva de Meinecke y en parte también la de Georg G. Iggers quien, no obstante, se encarga de explorar las secuelas de esa tradición en la obra del propio Meinecke y en la de Ernst Troeltsch. Iggers lleva la discusión hasta la primera mitad del siglo XX con la intención de explicar el fenómeno que él mismo denomina como "la crisis del historicismo".[3]

De acuerdo con Hans Meyerhoff, el historicismo es un producto derivado de la "revuelta romántica en contra de la Ilustración y el racionalismo"; una corriente de pensamiento cuya tesis fundamental es que la "materia de estudio de la historia es la vida humana en su totalidad y multiplicidad". Este planteamiento unifica las distintas expresiones del historicismo que, pese a ello, se dividen en torno a dos grandes proyectos. El primero de ellos coincide con la emergencia de la historia como una disciplina científica autónoma, basada en una metodología de carácter empírico, que inaugura una etapa de la génesis del historicismo determinada por el éxito académico e intelectual de la escuela rankeana. La segunda fase tiene lugar a principios del siglo XX y se expresa a través de un proyecto filosófico que involucra la reformulación de los fundamentos epistemológicos del pensamiento histórico. Esta última etapa supuso un gradual distanciamiento con la perspectiva cientificista enarbolada por Ranke que, gracias a la influencia de Dilthey y de otros connotados filósofos, tuvo como resultado la construcción de distintas

[3] Georg G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Tought to the present*. Middletown, Wesleyan University Press, 1988. Los tres últimos capítulos de la obra están dedicados a las problemáticas expuestas arriba.

variantes del historicismo mucho más comprometidas con preocupaciones de orden filosófico.[4]

La valoración de estas dos vertientes resulta didáctica porque exhibe aspectos distintos aunque relacionados del pensamiento historicista. La labor de autores como Benedetto Croce y R. G. Collingwood, por citar sólo algunos de los ejemplos más conocidos en nuestro medio, representa una confluencia entre la perspectiva filosófica y el ejercicio de la práctica historiográfica moderna. Si bien es cierto que ninguno de estos autores asumió la tarea de narrar la historia del historicismo, ambos buscaron dar sentido a la tarea del historiador a la luz de planteamientos filosóficos caracterizados como historicistas. Obras como *Teoría e historia de la historiografía* (1917), e *Idea de la historia* (1946)[5] revelan un tipo de curiosidad que es filosófica e historiográfica al mismo tiempo. Estos y otros ejemplos nos obligan a evaluar la tarea del historicismo como un proyecto que involucra al menos dos rasgos fundamentales: una visión del mundo que asume que "la realidad sólo puede ser comprendida en su desarrollo histórico" y una concepción científica de la historia que busca fundamentar su método —y el ejercicio mismo de la interpretación histórica— en preceptos filosófico-ontológicos.[6] En algunos casos (Hegel, Dilthey o Droysen), la reflexión teórica constituye el eje de una

[4] Hans Meyerhoff, *The Philosophy of History in our Time*. Nueva York, Doubleday Anchor Books, 1959, pp. 9-18.

[5] La primera versión se publicó en lengua inglesa en 1935.

[6] En un texto más recientes, Iggers define el historicismo en términos similares: "Desde finales del siglo XIX el concepto [historicismo] es empleado con frecuencia y definido de diversas formas, por un lado como visión del mundo y, por otro, como método, si bien ambas interpretaciones se hallan inseparablemente ligadas entre sí. Como visión del mundo, 'historicismo' significaba que la realidad sólo puede ser comprendida en su desarrollo histórico, por lo que toda ciencia del hombre debe partir de la historia". Más adelante afirma que "estos elementos exigen una lógica de la investigación y de la comprensión de las interconexiones humanas sustancialmente distinta de la de las ciencias naturales" (G. G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Tendencias actuales*. Present, adap. y revisión de Fernando Sánchez. Trad. de Clement Bieg. Barcelona, Idea Universitaria, 1998, pp. 25-26).

determinada propuesta; en otros, la valoración filosófica se entrelaza o incluso se esconde tras la interpretación histórica que se ofrece (Ranke y Meinecke). La peculiar amalgama que encontramos en algunos autores de la primera mitad del siglo XX ha sido objeto de una buena cantidad de estudios especializados[7] que nos ha permitido mirar con otros ojos el historicismo decimonónico, el cual estamos más habituados a separar en función de dos categorías: historiadores y filósofos o, en su defecto, historiografía

[7] En *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (México, FCE, 1922) Hayden White ofrece un análisis de la historiografía de Ranke y la filosofía de Hegel que propicia la comparación entre estas dos expresiones del historicismo. En el último capítulo el autor examina, además, la propuesta de Croce, interpretada como una respuesta filosófica a las contradicciones del pensamiento decimonónico. Desde la perspectiva de este trabajo, el valor de la obra clásica del historiador norteamericano obedece al tratamiento conjunto de planteamientos filosóficos e historiográficos. En *El historicismo idealista: Hegel y Collingwood. Ensayo en torno al significado del discurso histórico*, Rodrigo Díaz revela tanto los vínculos como las diferencias del historicismo filosófico de los siglos XIX y XX. Si bien el análisis se centra en la obra de dos autores, muchas de sus implicaciones pueden aplicarse a un conjunto más amplio de propuestas. La obra resulta de interés en este espacio porque considera no sólo algunas de las presuposiciones filosóficas más importantes del historicismo sino muy particularmente la forma en que éste concibe la construcción del discurso, razón por la cual se puede establecer un vínculo con el problema historiográfico. Otro trabajo destacado es el más reciente estudio de Rik Peters sobre la filosofía de cuatro connotados historicistas. *History as Thought and Action. The Philosophies of Croce, Gentile, De Ruggiero and Collingwood* (Exeter, Imprint Academic, 2013) constituye un esfuerzo por reinterpretar la vertiente filosófica del historicismo a través de una comparación pormenorizada de obras que pocas veces han sido analizadas mediante una perspectiva de conjunto. Finalmente quiero mencionar el análisis historiográfico elaborado por Díaz Maldonado sobre la *Invención de América* de Edmundo O'Gorman ("La ruta de la invención: el jardín de los senderos que se bifurcan", en Álvaro Matute y Evelia Trejo, eds., *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*. México, UNAM, 2005, pp. 291-313). La propuesta resulta significativa porque constituye uno de los pocos estudios sistemáticos acerca de las presuposiciones filosóficas que animan la historiografía ogormaniana. Propuestas como ésta fomentan la interpretación del pensamiento historicista en función de las dos grandes vertientes que he expuesto arriba.

historicista y filosofía historicista. A mi juicio, la confluencia que ahora nos es fácil reconocer no sólo en Croce y Collingwood sino también en José Gaos y Edmundo O'Gorman es en mayor o menor medida el rasgo de casi todas las formas de historicismo. El recorrido que ofrece Álvaro Matute sobre las definiciones del término, sustentado en textos clásicos y bibliografía contemporánea, arroja mucha luz sobre la complejidad y riqueza de esta tradición pero también nos invita a "buscar si existe un núcleo de convergencia que lo caracterice". Esa matriz, de acuerdo con el autor, "es el peso que le otorga a la historia, que lo lleva no sólo a la filosofía de la historia, sino a ser una filosofía que es historia".[8]

Las tres propuestas que constituyen el objeto de mis reflexiones son una muestra de la diversidad del historicismo y también un ejemplo de algunas de sus contradicciones internas, pero pueden ser estudiadas a la luz de esa problemática y necesaria interacción entre especulación filosófica e interpretación historiográfica. Elegí tres obras que se distinguen por la importancia que dan a una y otra labor, aun cuando lo hacen en función de propósitos y estrategias muy distintas. En la primera parte de este ensayo ofrezco una visión parcial de *El historicismo y su génesis*; una reflexión puntual sobre algunas de sus características más significativas pero no un análisis minucioso de la obra en su conjunto. He intentado explicar la perspectiva integradora de Meinecke acerca de una tradición de la que él se sintió heredero y en la cual el desarrollo de la historiografía alemana tiene un lugar preponderante. Si bien el autor, al igual que su contemporáneo Ernst Troeltsch, concibió el historicismo como un proceso de convergencia entre diversas corrientes del pensamiento europeo, ambos entendieron que fue en la Alemania del siglo XIX, y muy particularmente en la obra de Leopold von Ranke, donde adquirió su forma más acabada.[9]

Como veremos más adelante, *El historicismo y su génesis* constituye un esfuerzo notable por relacionar, en un complejo pero

[8] A. Matute, comp., "¿Historicismo o historicismos", en *op. cit.*, p. 16.
[9] *Cf.* G. G. Iggers, *The German Conception of History*, p. 5.

bien urdido entramado de acontecimientos intelectuales, tanto las ideas filosóficas como las manifestaciones historiográficas que, en conjunto, conformaron la tradición historicista. Aun cuando la obra se muestra tributaria de la herencia metodológica rankeana, también representa un intento por recuperar el contacto con la reflexión filosófica de su tiempo.[10] Desde finales del siglo XIX, el concepto "historicismo" comenzó a emplearse y definirse de distintas maneras.[11] Algunas décadas más tarde, empezaron a surgir una buena cantidad de estudios dedicados a historiar el fenómeno y a problematizarlo teóricamente, pero muy pocos exhibieron una amplitud de miras semejante[12] y, sobre todo, la determinación de Meinecke por reivindicarlo como el gran paradigma de la conciencia histórica europea.

En 1938 (sólo dos años después de la publicación de *El historicismo y su génesis*), Benedetto Croce dio a conocer *La storia come pensiero e como azione*,[13] obra difundida en nuestro medio con el título (no del todo concordante con el original) de *Historia como hazaña para la libertad*. De acuerdo con el prólogo del autor, la obra ofrecía reflexiones nuevas, nacidas tanto de su trabajo académico más reciente como de sus experiencias vitales, y acentuaba la relación entre la historia escrita y la acción práctica.[14] No se trataba, como en el caso del historiador prusiano, de un esfuerzo por reconstruir la génesis del historicismo como movimiento espiritual, no obstante, la necesidad de discutir los fundamentos del concepto fue de suma importancia para explicar la naturaleza del

[10] *Ibid.*, p. 200.

[11] G. G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX*, p. 25.

[12] Las pocas obras que pueden equipararse con el clásico de Meinecke son también robustos esfuerzos por lograr una visión más completa del fenómeno. En *El historicismo en México*, Álvaro Matute destaca las aportaciones de Pietro Rossi *Lo storicismo tedesco contemporáneo* (1957) y Fluvio Tessitore, *Introduzione a lo storicismo* (1991). Otra mención importante es *The Growth of German Historicism,* de Friedrich Engel-Janosi, citada a su vez por G. G. Iggers en *The German Conception*.

[13] Benedetto Croce, *La storia come pensiero e come azione*. Laterza, Bari, 1938.

[14] B. Croce, *Historia como hazaña de la libertad*. México, FCE, 1971, p. 5.

historicismo que profesaba Croce y que, en más de un sentido, involucra una crítica frontal a la visión de Meinecke. El ánimo combativo del italiano generó un puente interesante entre dos visiones muy distintas sobre el mismo problema; dos formas diferentes de concebir no sólo el historicismo como concepto o como problema histórico, sino también su vínculo con la reflexión filosófica en el ejercicio de la labor historiográfica. En la segunda parte del trabajo me he dado a la tarea de analizar la controversia emprendida por Croce que, en términos muy generales, puede explicarse como un desafío al llamado historicismo clásico o *historismus* alemán. La interpretación de Meinecke concibe el advenimiento de la escuela histórica alemana como la realización más acabada del movimiento historicista, y la obra de Ranke como su expresión paradigmática. Aun cuando la trama de *El historicismo y su génesis* está plagada de otros personajes, y a pesar del poco espacio dedicado al análisis del legado rankeano, su importancia resulta inobjetable. Eso fue precisamente lo que orilló a Croce a apuntalar su propia visión del historicismo en contraposición con esa idea.

Ahora bien, llegado este punto debo decir que una tarea fundamental para la realización de este trabajo ha sido el análisis del modelo rankeano como paradigma de la historia científica moderna. Si bien se trata de dos problemas en principio discernibles, conservan una relación muy estrecha que nos obliga a considerar, aunque sea a vuelo de pájaro, las razones de ese vínculo. En este contexto, la historia del historicismo se entrelaza con la de la historiografía moderna y profesional. La *doxa* historiográfica de finales del siglo XIX y principios del XX, manifiesta tanto en los grandes manuales como en obras particulares, concedió a Ranke un lugar de privilegio.[15] En consecuencia,

[15] Tal es el caso, por ejemplo, de *Historia e historiadores del siglo XIX* de G. P. Gooch, obra que ha circulado ampliamente en nuestro medio, cuya primera edición es de 1913. La versión española apareció en 1942. De los 28 capítulos que conforman el texto, ocho están dedicados a la escuela alemana. El sexto se ocupa únicamente de Ranke y el séptimo de sus críticos y discípulos. En el manual de E. Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, publicado

su obra no sólo se ha juzgado ejemplar dentro del movimiento historicista, sino también representativa y en última instancia fundadora de un modelo que transformó la historia en una práctica científica.[16] El asunto tiene relevancia para el tema que me ocupa porque una de las confusiones más problemáticas respecto al concepto "historicismo" se produce al equipararlo con la metodología de la ciencia histórica moderna. De acuerdo con esta perspectiva, el historicismo es una suerte de precepto teórico, derivado de la máxima rankeana "apegarse fielmente a los hechos recogidos en los archivos", que libra al historiador de valores subjetivos y le ayuda a encontrar la verdad científica.[17]

por primera vez en 1911 y traducido al español en 1953, se describe a Ranke como "el más grande maestro del método de crítica filológica" y los méritos de su obra se juzgan casi siempre en función del carácter imparcial de sus afirmaciones. La obra ya citada de Meinecke también otorga un lugar especial a Ranke en el desarrollo de la historiografía moderna. Sin embargo, lo más importante en la visión del prusiano es el papel que desempeña su coterráneo en la consolidación del movimiento historicista.

[16] Georg G. Iggers ha analizado pormenorizadamente el fenómeno de construcción del paradigma rankeano a la luz de su recepción en Europa y América. Si bien acepta que la historiografía de Ranke representó un cambio importante en el contexto de la historiografía profesional moderna, matiza el grado en que pudo haber constituido una revolución o una ruptura tajante con la tradición precedente. El autor también cuestiona la validez del llamado modelo historiográfico rankeano y matiza la importancia de este atributo en el pensamiento del historiador de Thuringia, que juzga más diverso y complejo. En cualquier caso, Iggers reconoce la importancia de esa imagen estandarizada del legado rankeano particularmente en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos (véase G. G. Iggers, "The Crisis of the Rankean Paradigm", en G. G. Iggers y James Powell, eds., *Leopold von Ranke and the Shaping of Historical Discipline*. Nueva York, Syracuse University, 1990, pp. 172-179). Los otros trece artículos que conforman este libro colectivo ofrecen interesantes recuentos e interpretaciones sobre el problema en distintos contextos históricos y en función de diversas problemáticas, todas ellas asociadas con el paradigma rankeano.

[17] Es casi textualmente la definición que ofrece Lawrence Stone. Interpretaciones como ésta han dado lugar a una confusión aún mayor, que se deriva de la equiparación entre historicismo y positivismo, mal entendidos ambos como formas relativamente simples de empirismo metodológico

Bajo esta perspectiva el historicismo se reduce a la crítica filológica y sus aspiraciones filosóficas se simplifican bajo la forma de un empirismo metodológico. El pensamiento historicista sin lugar a dudas involucra formas concretas de entender la crítica de fuentes, pero en ningún modo está limitado a semejante ejercicio. A la luz de tal caracterización, algunos de sus atributos más significativos: la noción de individualidad; la idea de la vida y el cambio; su particular interpretación sobre el desarrollo de la cultura, la política y el pensamiento a través del tiempo, se desvanecen o se desdibujan por completo. Lo mismo ocurre, por extensión, con la interpretación que puede construirse acerca de la obra rankeana. Los atributos de este proyecto historiográfico se simplifican a la luz de la profesionalización disciplinaria, omitiendo sus profundos vínculos con el pensamiento protestante, con el movimiento romántico y con la filosofía idealista. Sucede, en este caso, algo similar a lo que ocurre cuando por positivismo entendemos simple y llanamente la tarea de recabar información fidedigna sobre los hechos con la finalidad de sustentar científicamente los postulados historiográficos. Un recorrido apenas somero de la historia del positivismo podrá confirmar al lector el reduccionismo de una visión semejante.[18] Pese a todo, la

(Lawrence Stone, *El pasado y el presente*. Trad. de Lorenzo Aldrete Bernal. México, FCE, 1986).

[18] Álvaro Matute aclara la confusión de manera puntual y accesible en sus "Notas sobre la historiografía positivista mexicana". Ahí advierte, citando a Paul Kirn, sobre "el error que se produce al designar como positivistas a estudiosos que sólo dan validez a los hechos y rehúsan lo más posible el vuelo de altura en el reino de las ideas". Para caracterizar dicha actitud, resulta más adecuado el término "empirismo" (Á. Matute, *Estudios historiográficos*. Cuernavaca, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, 1997, pp. 25-26). En *Pensamiento historiográfico del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)* [México, FCE, pp. 15-16], el mismo autor se denuncia "el abuso que con frecuencia se hace del lenguaje ha entendido como positivista a la historiografía rankeana, aunque tal caracterización no es exacta, pues la historiografía auténticamente positivista es la que, basada en hechos comprobados y ciertos, busca establecer leyes que permitan dar explicaciones científicas del acontecer".

importancia de estos dos grandes gigantes de la filosofía de la historia en la modernización de la práctica historiográfica es incuestionable, y por lo tanto comprensible la simplificación que suele hacerse en favor de sus implicaciones metodológicas.

En el caso del historicismo, empero, ya sea la confusión o el reduccionismo tienen consecuencias más significativas, al menos a la luz de los textos que he decidido analizar y comparar en este trabajo. Como mencioné páginas arriba, tanto en la obra de Meinecke como en la de Croce se revela un esfuerzo que vincula la escritura de la historia con la filosofía historicista. En ambos casos, además, la obra de Ranke y sus preceptos teóricos sobre la disciplina histórica reciben un tratamiento de excepción, aun cuando su valor se interpreta, en uno y otro caso, de forma tan distinta. Algo similar ocurre en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947) de Edmundo O'Gorman, la tercera propuesta que me he dado a la tarea de revisar a la luz de estas consideraciones. En la última parte del libro, el lector confirmará la importancia de la imagen de Ranke en el contexto que he venido discutiendo. Al igual que otros, O'Gorman utilizó la figura del famoso historiador de Turingia como referente indiscutible de la tradición historiográfica moderna, cuestionando la validez de esa herencia a la luz de una discusión filosófica que revela una forma distinta de concebir el historicismo y sus implicaciones en el desarrollo de la ciencia histórica.

El análisis y comparación que ofrezco sobre las tres obras elegidas —*El historicismo y su génesis*, *Historia como hazaña para la libertad* y *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*— no está destinado a solucionar la problemática que involucra la definición del historicismo como filosofía de la historia o como proyecto historiográfico, sin embargo, considero que aporta elementos significativos para entender su complejidad en uno y otro sentido. Explicar las diferencias que se presentan en cada caso ha sido tan importante para mí como el estudio de sus elementos en común, entre los cuales destaco, por un lado, la necesidad de los tres autores por vincular historia y filosofía y, por el otro, el uso que hacen de la imagen de Ranke como referente de su propia discusión.

Estos dos atributos constituyen el eje de mi valoración sobre el problema y la justificación que me ha permitido caracterizar las tres propuestas, a pesar de sus diferencias, como variaciones de un mismo núcleo de inquietudes. Bajo esta perspectiva, las tres obras responden a la necesidad de reivindicar la interpretación histórica como patrimonio insoslayable de nuestra comprensión y racionalización del mundo y la cultura. Las tres evidencian, además, una profunda conciencia del papel de los estudios historiográficos en la conformación de nuestra visión sobre lo humano en sus aspectos más radicales. En todos los casos, por ejemplo, se reconoce la preponderancia de la vida práctica y la experiencia de lo sensible como elementos constitutivos de la historicidad y, por extensión, la necesidad de conceptualizar estos fenómenos como parte del ejercicio de racionalización de la realidad humana. En consecuencia, plantean una concepción de la ciencia histórica que no se agota en la heurística ni se soluciona a través de su método, sino que involucra un tipo de reflexión filosófica que define el sentido y el *ethos* mismo de la tarea científica.

Tanto en el caso de Meinecke, como en el de Croce y O'Gorman, la idea del historicismo se encuentra articulada en torno a tres grandes lineamientos, generados a partir de un cierto tipo de interpretación de la historiografía rankeana: el historicismo frente a la tradición; el historicismo frente al método y el historicismo frente a su objeto de estudio. La importancia de uno u otro aspecto, en cada caso, es algo que se verá conforme se avance en los análisis respectivos. Por lo pronto, basta con hacer una aclaración: no se ha pretendido hacer de cada uno de los autores estudiados representante exclusivo de alguna de las problemáticas esbozadas. Por el contrario, estoy convencida de que el historicismo, en la mayoría de sus variantes, surge de la necesidad por replantear, en el contexto de la historiografía moderna, tres cuestiones fundamentales: 1) el modo en que heredamos el conocimiento o el saber, cuya transmisión se da en términos de una determinada tradición cultural; 2) la validez de una cierta metodología para acceder al conocimiento del pasado y 3) la naturaleza del objeto de estudio de la historia.

Las tres problemáticas (tradición, método y objeto de estudio) se han tomado en cuenta en el estudio de cada obra. Lo que he tratado de indagar por esta vía es en qué medida se puede hablar de una continuidad en los argumentos que han sustentado tres variantes fundamentales del historicismo en general. En este sentido, he juzgado la postura de Meinecke representativa del historicismo alemán del siglo XIX no por razones cronológicas, sino porque constituye una especie de síntesis de algunos de los más importantes presupuestos que caracterizaron a la corriente en suelo germano. La elección de *Historia como hazaña de la libertad,* por su parte, se explica por la influencia del pensamiento de Croce en autores como R. G. Collingwood y su cercanía con el historicismo vitalista de José Ortega y Gasset; referentes fundamentales para explicar el viraje que dio el historicismo, como fenómeno intelectual, en las primeras décadas del siglo XX. Por estas razones, la revisión del texto de Croce sirve como punto de enlace entre el pensamiento historicista del siglo XIX, fundamentalmente germano, y el vitalista y/o filosófico que caracterizó a algunas de las manifestaciones más notables del siglo XX, tanto en Europa como en América. No pretendo sugerir que el italiano haya buscado desempeñar un papel mediador entre ambas vertientes, pero su crítica a Meinecke es un elemento que permite establecer la comparación, al igual que su cercanía con el pensamiento de Ortega, bien asimilado en México por José Gaos y desde luego también por O'Gorman. El último apartado del ensayo, consagrado al examen de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, se elaboró bajo los mismos lineamientos que los dos anteriores. Es decir, también aquí se consideran las cuestiones relativas a la tradición, el método y el objeto de estudio de la historia desde la óptica historicista. Sin embargo, en virtud del aislamiento y peculiaridad de la crítica de O'Gorman a Ranke, su análisis esta precedido de un esbozo general sobre la recepción del modelo rankeano en México, y de algunas reflexiones que sirven para contextualizar la postura del historiador mexicano.

Finalmente, debo decir que soy consciente de los riesgos que

implica hablar del historicismo en términos de continuidad y ruptura, frente a una selección de obra tan limitada y un estudio que, por otro lado, no aspira a constituir una historia de las ideas ni tampoco una de la evolución del concepto como tal. Para conservar la estructura, los objetivos y la extensión de este trabajo, he abandonado la revisión pormenorizada y a veces incluso la mención de algunas figuras principales del historicismo.[19] Entre ellas, la ausencia más notoria es la de Wilhelm Dilthey, cuya noción del vitalismo es a todas luces relevante para la comprensión del historicismo en buena parte de sus manifestaciones a lo largo del siglo XX. Estas omisiones obedecen a la necesidad de acotar el tratamiento del problema. Como señalé arriba, he renunciado a la tarea de ofrecer una visión general del tema con la finalidad de robustecer los argumentos que favorecen la comparación entre autores que no han sido estudiados desde una perspectiva unitaria. Se trata, en suma, de una combinación hasta cierto punto inusual porque las obras revisadas representan vertientes claramente discernibles del historicismo que, pese a ello, presentan similitudes interesantes. Analizar estas propuestas de forma acotada y puntual nos permite profundizar en torno a las razones de ese vínculo y fomenta la relectura del historicismo como un problema contemporáneo.

[19] Pienso, por ejemplo, no sólo en Dilthey sino también en Gustav Droysen y el mismo Hegel, cuya obra ha recibido un tratamiento pormenorizado en otros espacios en relación con el movimiento historicista. Algunos ejemplos en este sentido son los trabajos de Georg G. Iggers, citados en lo sucesivo. También puede mencionarse el análisis que hace Hans-Georg Gadamer en *Verdad y método* (Salamanca, Ediciones Sígueme, 1999), particularmente en el capítulo II. "Expansión de la cuestión de la verdad a las ciencias del espíritu". Ahí se revisa no sólo la influencia de Hegel y Dilthey, sino también la conceptualización de la historia universal en Ranke y el propio Droysen. Finalmente, quiero destacar el trabajo de Concha Roldan, *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*. Madrid, Akal, 1997, en particular los capítulos dedicados a Herder, Ranke y Dilthey.

El historicismo como paradigma

Una rápida incursión por la historia del historicismo, la revisión de los grandes manuales, de los textos consagrados y de algunos diccionarios[1] da una clara preponderancia a su expresión alemana; manifestación que se nutre de un amplio repertorio de planteamientos filosóficos pero también de proyectos y obras historiográficas que, además de juzgarse tributarios de la perspectiva historicista, llegaron a moldear nuestra concepción sobre la ciencia histórica moderna. Más aún, se podría decir que }el lugar de excepción que ocupa la tradición alemana del XIX en la historia de la historiografía moderna, y de manera muy particular la figura de Leopold von Ranke, se robusteció a la luz de la reflexión historicista. El propio Dilthey, por ejemplo, reconoció en la escuela alemana una nueva forma de pensar lo histórico que hizo de la realidad concreta de la vida humana un genuino objeto de reflexión.[2]

[1] La obra de Meinecke es la primera expresión clara de esta perspectiva interpretativa. *The German Conception of History*, de Georg Iggers, constituye otro ejemplo emblemático en este sentido. Las obras de Pietro Rossi y Fluvio Tessitore, otros clásicos del tema, también han privilegiado la elección de autores alemanes. En términos generales, y aun cuando se reconozcan los antecedentes o las secuelas del historicismo más allá de la cultura germana, resulta más o menos un consenso el hecho de recurrir a la matriz germana como núcleo articulador de las perspectivas historicistas.

[2] José Ortega y Gasset, *Goethe-Dilthey*. Madrid, Revista de Occidente/ Alianza Editorial, 1983, p. 156. Ortega ofrece en unas cuantas páginas, jugosas citas y reflexiones sobre la influencia que tuvo en el pensamiento de Dilthey la historiografía de su tiempo, aun cuando subraya la falta de una reflexión filosófica como un aspecto que terminó por generar la "antipatía" de Dilthey frente a la escuela histórica.

Más adelante, la caracterización de la vertiente rankeana como expresión del pensamiento historicista se convertiría en una temática relativamente recurrente en el contexto germano. A la luz de estas consideraciones, la obra del historiador de Thuringia llegó a constituirse en una suerte de paradigma por partida doble, a raíz del cual surge uno de los problemas que me ocupan, pues no siempre resulta fácil distinguir si el carácter emblemático de la obra rankeana se explica por una genuina filiación con la filosofía historicista o si involucra problemáticas más bien vinculadas con la consolidación de la historiografía científica moderna. La visión de Friedrich Meinecke sobre el historicismo en general, y sobre Ranke en particular, es interesante porque supone una asimilación de ambas posturas. En este sentido, revela la importancia de las implicaciones filosóficas de un proyecto historiográfico que ha sido reivindicado en otros espacios intelectuales sólo por sus virtudes metodológicas y sus aspiraciones científicas.

Es hasta cierto punto un lugar común afirmar que la obra de Ranke fue referente indiscutible del consenso académico sobre la naturaleza de la investigación histórica, surgido en el siglo XIX pero todavía vigente en un buen número de manifestaciones historiográficas de la primera mitad del XX. Su forma de concebir y llevar a cabo la investigación sistemática sobre el pasado se erigió como un modelo de la práctica científica que trascendió la escuela alemana,[3] sin que necesariamente eso significara la

[3] Iggers ha estudiado la recepción de la obra de Ranke en los ámbitos norteamericano y británico, destacando su influencia como paradigma de la metodología histórica moderna. De acuerdo con el autor, a finales del siglo XIX los norteamericanos lo describieron como "el padre de la ciencia histórica" y formularon su propia versión acerca de las virtudes de su método. Iggers revisa el sentido del concepto "paradigma", sobre todo en los términos de Thomas Kuhn, con el propósito de aclarar confusiones en torno a la reivindicación de Ranke en ese sentido. Si bien acepta que su obra representó un cambio importante en la historiografía moderna, relativiza el carácter de "revolución" científica que se le ha atribuido. Pese a todo, resulta más o menos evidente que tanto en Europa como en América se construyó

pervivencia de sus aspectos más significativos como hermenéutica de la actividad humana. La asimilación del modelo rankeano en el ámbito internacional, hacia finales del siglo XIX y principios del XX, está más estrechamente vinculada con el fenómeno de profesionalización de la historiografía que con la reivindicación de los principios del historicismo, entendido como una reflexión profunda sobre el sentido de la vida humana y su historicidad. A la luz de la profesionalización científica, la valoración de la obra de Ranke suele reducirse a algunas de sus máximas metodológicas (como el apego a las fuentes y el llamado a la imparcialidad del historiador) y se juzga emblemática de un tipo de historiografía que pondera la política y la diplomacia como objeto de estudio.[4] El hecho mismo de que Ranke rechazara la especulación teorética en pos de la reconstrucción e interpretación de hechos y procesos históricos concretos, fomentó la desvinculación de los aspectos más profundos de su hermenéutica histórica con los principios filosóficos que más adelante se juzgarían típicos de una perspectiva historicista.

una interpretación primordialmente cientificista del pensamiento rankeano que privilegió los aspectos metodológicos y temáticos por encima de sus implicaciones hermenéuticas y filosóficas (G. G. Iggers, "The Crisis of the Rankean Paradigm", en G. Iggers y James Powell, eds., *Leopold von Ranke and the Shaping of Historical Discipline*. Nueva York, Syracuse University, 1990, pp. 172-179).

[4] En la obra de Lawrence Stone, *El pasado y el presiente* (México, FCE, 1986), publicada por primera vez en 1981, se resume con claridad esta popularizada concepción del historicismo decimonónico, a todas luces asociada con la figura de Ranke. En el capítulo titulado "La historia y las ciencias sociales en el siglo XX", el autor hace un balance de la herencia decimonónica a la luz de la revolución historiográfica de mediados del siglo XX. Ahí afirma que hacia principios de este último siglo, "la teoría del historicismo se hallaba en su momento de triunfo, y se creía seriamente que lo único que se requería para establecer la Verdad era apegarse fielmente a los hechos recogidos por los archivos". También señala que "el tema fundamental del quehacer histórico, bajo la influencia del liberalismo liberal burgués de la época, se definió como la evolución administrativa y constitucional del Estado-nación, a la vez que de las relaciones militares y diplomáticas entre los estados de esta índole" (p. 18).

En términos generales, se puede afirmar que el desarrollo de la profesionalización[5] hizo posible la articulación de parámetros concretos de objetividad histórica y el establecimiento contenidos específicos para el estudio de la llamada ciencia de la historia. A la luz de este contexto, la interpretación más difundida de la obra de Ranke lo presenta como "el padre de la historiografía moderna".[6] Esto se debe, entre otras muchas cosas, a que supo aprovechar los éxitos alcanzados por las generaciones anteriores en la crítica de fuentes y a su capacidad para reflejar el buen manejo de documentos en la descripción minuciosa pero a la vez aguda de fenómenos políticos. Esta armoniosa unión entre estilo, perspectiva interpretativa y rigor metodológico se convirtió en el rasgo distintivo de la historia como disciplina académica y

[5] Utilizo el término "profesionalización" para definir la dinámica peculiar que adquirieron los estudios históricos hacia la segunda mitad siglo XIX (aún de un modo incipiente en relación con lo ocurrido un siglo después en espacios más amplios y diversos), con el desarrollo de academias e instituciones, al interior de las cuales se crearon consensos en relación con el método y los contenidos de la ciencia histórica. En este sentido, si bien se pueden rastrear los orígenes de la historiografía moderna hasta la época renacentista "no fue sino hasta finales del siglo XIX que la superioridad cognoscitiva de la escritura histórica basada en el uso crítico de las fuentes materiales, en la investigación de archivo y en una visión historicista de las sociedades humanas, logró establecerse a sí misma" (véase Doris S. Goldstein, "History at Oxford and Cambridge. Professionalization and the Influence of Ranke", en G. Iggers y J. Powell, eds., *op. cit.*, p. 141).

[6] En Alemania, Ranke empezó a figurar como modelo a seguir a partir de 1830. El impacto de sus obras y el trabajo realizado en sus seminarios se reflejó de manera importante en los asuntos de teoría y metodología histórica a través de las referencias hechas por historiadores y filósofos de la época (véase Hans Schleier, "Ranke in the manual son historical methods of Droysen, Lorenz and Bernheim", *ibid.*, pp. 111-123). Sobre la influencia de la escuela rankeana (Wolfgang J. Mommsen, "Ranke and the Neo-Rankean School in Imperial Germany", *ibid.*, pp. 124-140. De acuerdo con Gooch "Ranke vivió lo suficiente para ser reconocido por encima de toda comparación como el mayor historiador de su tiempo y para ver a sus discípulos ocupando casi todas las cátedras de Alemania" (George Peabody Gooch, *Historia e historiadores del siglo XIX*. México, FCE, 1942, p. 110.)

llegó a constituirse, además, en uno de los argumentos más persuasivos para defender el proyecto rankeano como modelo de los estudios históricos.[7] Durante un tiempo al menos —porque ni siquiera en su patria estaría Ranke fuera de la mira de algún crítico—[8] la forma en que este autor lidió con la política de los Estados permitió el alcance de ambos objetivos (el metodológico y el ideológico), tras la reivindicación de una actitud científica que se declaraba alejada de objetivos personales o partidistas.

Ahora bien, aun cuando la divulgación de la herencia rankeana confirma su importancia como paradigma de la historiografía científica moderna, el estudio de la construcción de esa figura emblemática se torna más complejo y significativo cuando se analiza su vínculo con la perspectiva historicista. Como señalé antes, una de las premisas fundamentales de la corriente es que la materia de estudio de la historia es la vida humana en su totalidad y multiplicidad. Esta tesis, de naturaleza claramente filosófica, es la que fundamenta el propósito de aprehender los fenómenos históricos en su concreción; la que justifica el

[7] "Pocos historiadores alemanes han limado tan concienzudamente su estilo. Cada nueva edición presentaba nuevas mejoras. Consiguió hacer de la lengua un instrumento dócil de su pensamiento. Su expresión, cargada de ideas, resulta siempre clara. Usando los más finos matices hace resaltar las líneas principales. […] Intentó una alianza entre el método analítico de la ilustración y la exposición colorida y vivaz del romanticismo" (Eduard Fueter, *Historia de la historiografía moderna*. Buenos Aires, Nova, 1953, vol. 2, p. 158). "La *Historia de los papas* no sólo era una gran realización en el terreno de las investigaciones históricas, sino una perfecta obra de arte. Había llegado a la plena madurez de sus facultades. Sin pretensiones de elocuencia, su estilo luminoso y mesurado produce una impresión de extraña fuerza. […] Combinaba la amplitud con la maestría del detalle, y la facultad de generalización con una minuciosa exactitud" (G. P. Gooch, *op. cit.*, p. 94).

[8] Las primeras críticas al modelo rankeano vinieron de la escuela didáctica (Rotteck, Schlosser y Gervinus), que cuestionaba su desdén por el carácter moralizante de la disciplina y sus elevadas pretensiones científicas. Argüían que "ningún hombre podía llegar nunca al perfecto conocimiento de la relación interna de los hechos" y desdeñaban "las abstrusas investigaciones de Ranke". Gooch reconstruye la controversia en "Los críticos y discípulos de Ranke" (*ibid.*, pp. 110-119).

tratamiento exhaustivo y puntual de fuentes fidedignas y la que, en última instancia, legitima un tipo de interpretación histórica que reivindica el valor de las distintas expresiones de la vida humana en función de su especificidad. *El historicismo y su génesis* estudia las manifestaciones tanto filosóficas como historiográficas que, a lo largo de tres siglos, hicieron posible la materialización de dicho principio. De acuerdo con Meinecke, ese cúmulo de expresiones constituye la tradición que culmina con "el nuevo florecimiento general de las ciencias del espíritu que se inicia en los comienzos del siglo XIX".[9] La obra supone un notable esfuerzo de análisis y síntesis, una historia de las ideas cuyo propósito es reivindicar "una de las revoluciones espirituales más grandes acaecidas en el pensar de los pueblos de Occidente".[10]

Los cuestionamientos de que fue objeto el historicismo en las primeras décadas del siglo XX estimularon el interés del autor por reconstruir un fenómeno que consideró incomprendido e hicieron necesaria la tarea de redefinir un concepto que juzgó mal empleado.[11] Desde su perspectiva, el tema jamás había sido tratado de forma unitaria, a pesar de constituir "parte integrante del pensar moderno" cuyas "huellas son visibles para una mirada atenta en casi todo juicio sustancial sobre las formaciones humanas".[12] A la luz de estas consideraciones, su obra constituye la primera gran defensa de la tradición historicista en el contexto de la Europa de entre guerras. De acuerdo con Georg G. Iggers, la llamada crisis del historicismo se había iniciado en los albores del siglo XX, estimulada por la crítica de filósofos y

[9] Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*. México, FCE, 1982, p. 11.

[10] *Idem.*

[11] Meinecke fue consciente de la polémica desarrollada desde finales del siglo XIX en torno al historicismo y frente a ella elaboró sus propios planteamientos. Rechazó la censura emprendida por Menger pero admitió la crítica más reciente de autores como Troelch y Heussi con la convicción de que el historicismo debía someterse a una crítica que haga posible "una fundamentación profunda de su inmanente necesidad y fecundidad" (F. Meinecke, *El historicismo y su génesis*, pp. 11-12.)

[12] *Ibid.*, pp. 13 y 16.

científicos sociales, historiadores y hombres de letras, en torno a las limitaciones del conocimiento humano y en virtud del reconocimiento cada vez más explícito del carácter subjetivo de cualquier propuesta cognitiva sobre la conducta humana y los procesos sociales.[13] La identificación franca de de los límites del entendimiento trajo como resultado una genuina crisis de objetividad en el campo de los estudios humanísticos y fomentó la toma de conciencia acerca del relativismo de toda forma de conocimiento.[14] En este contexto, un contingente de notables pensadores alemanes se dieron a la tarea de reformular la conceptualización de lo histórico sin abandonar la creencia, profundamente arraigada en la tradición alemana decimonónica pero no plenamente asumida por ella, de que la realidad humana constituye un proceso cognoscible a través de la interpretación de sus expresiones concretas mas no en función de normas estáticas y verdades absolutas. La fe en el significado de la historia fue, a decir de Iggers, una creencia compartida por Dilthey, Windelband, Rickert y Troetlsch, y desde luego por el propio Meinecke.[15] La diferencia, empero, entre la respuesta de este último y la de sus contemporáneos, radica en su alegato a favor de la ciencia moderna de la historia como un proyecto consumado y legítimo tanto en el sentido ético como en el epistémico.

La crítica al historicismo clásico o decimonónico, estrechamente asociado a la escuela de Ranke, tuvo una de sus expresiones más significativas en la controversia suscitada por el historiador Karl Lamprecht, quien cuestionó el papel central que los historiadores alemanes le otorgaban al Estado tanto como el método individualizador y descriptivo que defendían como propio de las ciencias humanas.[16] A pesar de su dureza, o

[13] G. G. Iggers, *The German Conception of History. The national tradition of Historical Tought from Herder to the present*. Nueva York, Wesleyan University, 1968, p. 124.

[14] *Ibid.*, p. 125.

[15] *Ibid.*, p. 127.

[16] *Ibid.*, p. 197. El tema de la controversia Lamprecht es resumido por el mismo autor en "La crisis del historicismo", en G. G. Iggers, *La ciencia*

tal vez a causa de ella, la crítica de Lamprecht no acabó por cimbrar los fundamentos del legado rankeano. El bastión más tradicionalista de la historiografía germana interpretó la crítica como un ataque positivista a los principios del idealismo alemán, lo cual probablemente avivó el sentimiento de defensa a la tradición que más arraigo había tenido en ese contexto. Si bien es cierto que la obra de Meinecke constituye una valoración crítica de la herencia rankeana, también es representativa de una comunidad académica profundamente vinculada con su pasado intelectual. Para él, como para sus maestros, el papel central del Estado en la cultura humana y el carácter espiritual del poder político constituían profundas convicciones religiosas y no sólo ideas derivadas del ejercicio metódico de la crítica histórica.[17] Y era precisamente por esta última razón que, al menos para Meinecke, la justificación histórica pero también ética y filosófica de ese proyecto científico se tornaba aún más urgente.

Tres son, en resumidas cuentas, los objetivos que animaron la producción de *El historicismo y su génesis*: la necesidad de reconstruir el fenómeno desde una perspectiva unitaria; el interés por revelar los aspectos más profundos del historicismo como filosofía de la vida humana; y la voluntad por reivindicar esa herencia como un proyecto historiográfico legítimo y vigente. A continuación me referiré a cada uno de ellos por separado con la intención de formar en el lector una imagen aunque sea general de los resultados de tan ambicioso proyecto.

Con las herramientas típicas del historiador rankeano —la crítica juiciosa, la interpretación ponderada sobre el significado y sentido de cada expresión individual y el ejercicio de un cuidado y ágil estilo narrativo— el autor se dio a la tarea de analizar y describir el proceso de gestación del historicismo como

histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales. Present., adapt. y revisión de Fernando Sánchez Marcos. Trad. de Clemens Bieg. Barcelona, Idea Books, 1998, pp. 33-42.

[17] G. G. Iggers, *The German Conception*, pp. 196-199.

movimiento espiritual entre los siglos XVII y XIX.[18] El resultado es un voluminoso y a la vez fluido relato dividido en tres partes. Las dos primeras (libros I y II) constituyen el grueso de la obra, mientras que la última se integra con el "Discurso en memoria de Ranke" pronunciado el 23 de enero de 1936, el mismo año en que se publicó *El historicismo y su génesis*. Cabe destacar que dentro del proceso general aquí descrito, el siglo XVIII es el periodo más trabajado, y que el núcleo en torno al cual se articula la historia está conformado por "los tres grandes pensadores alemanes en los cuales hace irrupción, con la mayor fuerza, el historicismo temprano del siglo XVIII": Möser, Herder y Goethe.[19] Las aportaciones del historicismo en el siglo XIX son objeto de algunas menciones pero, salvo por el apéndice dedicado a Ranke, no se someten a un análisis detallado.[20]

El libro primero está consagrado a los orígenes del movimiento en los siglos XVII y XVIII a través de un selecto repertorio de obras y autores europeos. La sección comienza con el cuarteto de los "precursores": el filósofo neoplatónico de Cambridge, Anthony Ashley Cooper, 3er conde de Shaftesbury; el célebre

[18] Se incluye el siglo XIX en virtud del apéndice dedicado a Ranke y las significativas menciones al pensamiento de Goethe de los primeros años del siglo XIX. Sin embargo, es importante señalar que la obra finca casi todos sus esfuerzos en el análisis del historicismo dieciochesco.

[19] F. Meinecke, *op cit.*, p. 15.

[20] "Mi designio primitivo era exponer también esta última evolución, terminando con la historia de la formación espiritual del joven Ranke. Pero sólo puedo ofrecer, como apéndice de este libro, el 'Discurso en memoria de Ranke'; pronunciado por mí el 23 de enero de 1936 con motivo del aniversario de la fundación de la Academia prusiana de Ciencias. Los años se dejan sentir y yo puedo solamente confiar en manejar estos o aquellos hilos del copioso tejido de los comienzos del siglo XIX en Alemania, pero ya no me es posible dominar todo el material [...] De estos primeros años del siglo XIX se destaca en mi libro tan sólo la figura de Goethe en la época de su madurez. No ignoro que la plenitud de su pensar histórico, como yo trato de exponerlo, se produce en la atmósfera de los comienzos del siglo XIX [...] Pero el tronco del que pendían ahora estos frutos hincaba sus raíces en el siglo XVIII" (*ibid.*, p. 16).

pensador de Hannover, G. W. Leibniz; el teólogo e historiador pietista Gottfried Arnold y, finalmente, el "modesto profesor de retórica de la universidad de Nápoles, Giambattista Vico, que asumió por sí solo la lucha, no sólo contra el cartesianismo y el mecanicismo, sino también contra los prejuicios de los grandes maestros del derecho natural, creando con su *Scienza nuova* un 'nuevo órgano' del pensar histórico".[21] La predilección por Vico no es accidental, obedece a la convicción de que en su obra se manifiestan con mayor plenitud las aportaciones de todo el cuarteto. De acuerdo con este argumento, la propuesta del napolitano constituye la primera revelación franca del pensamiento historicista y el ejemplo más representativo del cambio de rumbo que por aquellos años se gesta en la conciencia histórica europea. "Tratamos de señalar —advierte Meinecke— el punto decisivo en el origen del historicismo. Todo consiste en ablandar y hacer fluido el rígido pensar iusnaturalista con su creencia en la inmutabilidad de los supremos ideales humanos y en la identidad permanente de la naturaleza humana a través del tiempo".[22]

Una vez saldada la deuda con los precursores comienza la revisión de dos grandes y a la vez muy distintos referentes del pensamiento ilustrado: Voltaire y Montesquieu. El meticuloso tratamiento que recibe la obra de François-Marie Arouet no deja de llamar la atención en virtud de la inclinación, habitual desde la crítica de Herder, a oponer el racionalismo francés y el romanticismo alemán. Cómo puede existir, se pregunta nuestro autor, "una continuidad interior entre movimientos espirituales que se combaten y resuelven su predominio por la exclusión del otro".[23] Motivado por esta inquietud analiza la oposición pero también los múltiples puntos de confluencia entre el *Sturm und Drang* y la visión histórica de los ilustrados. Voltaire encabeza la lista por considerarse la figura más visible en ese contexto, la más

[21] *Ibid.*, p. 53.
[22] *Ibid.*, p. 21.
[23] *Ibid.*, p. 72.

"poderosamente eficaz".[24] Su pensamiento —se afirma— "agotó la originalidad del tesoro que el movimiento de la Ilustración podía aportar al pensar y al saber históricos".[25] A la luz de esta idea, el legado de Montesquieu se juzga como un fenómeno complejo pero de transición. Su inteligencia logra darle un sentido más profundo a los hallazgos originariamente volterianos, entre ellos, la voluntad de explicar el poder de lo irracional en la historia.

Ahora bien, a pesar del lugar de privilegio que ocupa el bastión francés, la impronta ilustrada se rastrea allende esa frontera. El cuadro se completa con el estudio de la historiografía inglesa, a la cual se le otorga un "valor científico" acaso superior al de su equivalente continental.[26] El "alto grado de florecimiento" alcanzado durante la segunda mitad del siglo XVIII, los "nuevos caminos que, con tan insólita energía, recorrieron los ingleses para llegar al conocimiento y utilización del pasado", atraen a Meinecke hacia la obra de David Hume, Edward Gibbon y William Robertson. Las ideas filosóficas y las propuestas historiográficas del pensador de Edimburgo son las que reciben un tratamiento más profundo y detallado, aun si se admite que "su filosofía ha actuado más poderosamente en el desarrollo espiritual que su historiografía".[27] De acuerdo con esta perspectiva, la gran aportación de Hume fue haber señalado, a partir de la crítica al entendimiento humano, las limitaciones del pensar ilustrado. Y aunque el logro supone el reconocimiento de una derrota, constituye también un poderoso incentivo para el ejercicio cada vez más sistemático de la crítica histórica. "La fuerza espiritual, la energía que la Ilustración puso en el conocimiento del pasado" fue para Mienecke "el más imponente de los rasgos de su gran historiografía" y el "factor que debe situarse en primera línea para comprender su función en la historia del origen del historicismo". De acuerdo con esta perspectiva, la sensibilidad

[24] *Ibid.*, p. 71.
[25] *Ibid.*, p. 107.
[26] *Ibid.*, p. 71.
[27] *Ibid.*, p. 175.

crítica de los historiadores ingleses les permitió acercarse al pasado con instrumentos de conocimiento mucho más penetrantes y, en esa medida, sus obras fueron vehículos especialmente eficaces para transmitir las ideas filosóficas que iban dando forma al pensamiento historicista.[28]

La última sección del libro primero de *El historicismo y su génesis* mantiene su foco de interés en la tradición inglesa pero reorienta la atención del lector hacia la obra de los prerrománticos. Adam Ferguson y Edmund Burke son, en esta ocasión, los autores que se consideran emblemáticos de una forma muy distinta de entender la realidad humana. A decir de nuestro autor, "el siglo de la Ilustración y del racionalismo no ha tenido nunca como exclusivos estos caracteres, sino que, desde su aparición, llevó en su seno el germen de lo que en siglo XIX había de surgir como romanticismo e historicismo".[29] Se destaca, en primer lugar, la reivindicación que hizo Ferguson del instinto y los impulsos naturales en el origen y las transformaciones de las instituciones del Estado y, en general, en la compleja génesis de las sociedades.[30] Con una despreocupación que Meinecke juzga "exenta de prejuicios ilustrados", el escocés "compara uno con otro el principio y el fin de la evolución, la barbarie y la moderna civilización"; profundiza la "significación histórico-evolutiva de los elementos antiguos en la cultura moderna"[31] y, finalmente, arriba a la conclusión de que "las causas decisivas del florecimiento y decadencia de los pueblos descansan en la actitud psíquica de los hombres". Gracias a esta última idea, expresión de "su más vital pensamiento histórico", la obra de Ferguson se juzga superior a la de los ilustrados e incluso más propia del historicismo temprano que la de los prerrománticos.[32] En el pensamiento de Edmund Burke, por otro lado, también se reconoce una ruptura con algunos de los

[28] *Ibid.*, pp. 199-200.
[29] *Ibid.*, p. 211.
[30] *Ibid.*, p. 226.
[31] *Ibid.*, p. 227.
[32] *Ibid.*, p. 228.

más pesados lastres del pensamiento racionalista. A pesar de no haber ofrecido, como tampoco lo hizo Ferguson, una solución plena a las limitaciones de la concepción ilustrada de la historia, reveló algunos rasgos de profunda vitalidad. En palabras de Meinecke, la gran virtud de la obra de Burke fue haber mostrado una idea del Estado que se aleja de la doctrina del derecho natural, que "lo abarca no sólo en el aspecto del político práctico, sino desde el punto de vista de la devoción apasionada, de la necesidad religiosa, de la fantasía profética y con una profunda piedad por el pasado".[33] En sí misma, esta devoción constituye una nueva forma de concebir lo histórico, gracias a la cual el papel de las fuerzas anímicas e irracionales es revalorado como un componente significativo del desarrollo humano.

Frente al amplio y diverso repertorio que ofrece el libro primero de la obra, la segunda sección resulta acaso más compacta y uniforme. Esto se debe, en primer lugar, a que el rango de visión se constriñe al movimiento alemán que, de acuerdo con Meinecke, constituye la primera gran integración de lo que llamamos historicismo. A la luz de esta perspectiva "todos los gérmenes del mismo que hasta entonces encontramos en el resto de Europa son absorbidos y, además, muy superados por él".[34] El número de autores disminuye considerablemente aunque no la profundidad con la que se analizan sus planteamientos. La expresión alemana se juzga emblemática y plena pero al mismo tiempo representativa de la transformación que sufre toda la conciencia histórica europea. En "Ojeada previa sobre el movimiento alemán" se introduce el problema a través de la obra del dramaturgo G. E. Lessing y el historiador J. Winkelman, pero el grueso de la interpretación ofrecida en el segundo libro está consagrada al pensamiento de tres de los cuatro gigantes del historicismo germano: J. Möser, J. G. Herder y J. W. Goethe. El cuadro general se completa, como señalé antes, con el apéndice dedicado a Ranke; el único intelectual del siglo XIX contemplado en *El historicismo y su*

[33] *Ibid*., p. 234.
[34] *Ibid*., p. 45.

génesis. Si bien es cierto que la tercera sección no se elaboró bajo los criterios que rigen el resto del conjunto, considero inobjetable la continuidad argumentativa entre cada una de sus partes. La interpretación que hace Meinecke de la historia del historicismo en suelo germano hace aún más evidente su tendencia a explicar la génesis del fenómeno como un proceso dialéctico que va dando lugar a expresiones cada vez más profundas y ricas en su elaboración. Las ideas que van germinando en toda Europa desde el siglo XVII experimentan una dinámica de contradicción y superación que los pensadores alemanes del siglo XVIII afrontaron con excepcional fuerza creativa. En este sentido, la inclusión del discurso de homenaje a Ranke está lejos de ser un recurso accidental. Los atributos que se le conceden no son otra cosa que la aplicación de los principios históricos, filosóficos y estéticos elaborados por Möser, Herder y Goethe, a partir de la compleja asimilación que hicieron de toda la tradición europea. Más adelante, me ocuparé con mayor detalle de la relación entre las ideas de estos últimos cuatro autores. Por lo pronto, me limito a subrayar que la experiencia rankeana constituye, de acuerdo con Meinecke, la *culminación* del proyecto historicista en su totalidad. Es por esta razón que el apéndice no debe considerarse un mero anexo sino la expresión más evidente del propósito general de su obra: ofrecer una visión unitaria del fenómeno que hiciera explícitas las profundas raíces culturales de la ciencia histórica moderna, tal como se había practicado en Alemania en el último siglo.

Este vínculo supone una valoración del modelo rankeano que, tal como señalé antes, revela sus aspectos más penetrantes como filosofía de la vida; herencia que recibe tanto de la óptica herderiana como de la poderosa visión estética de Goethe. Al mismo tiempo, empero, reivindica el hecho mismo de que esa filosofía hubiera podido expresarse en un proyecto historiográfico científico que, a ojos de Meinecke, sólo Ranke había logrado consolidar. En este sentido, el futuro del historicismo no debía deslindarse de su logro más reciente, sino revitalizarlo a la luz de sus aportaciones más hondas. En las páginas que siguen el lector encontrará un desarrollo más ponderado de esta idea con un

doble propósito: explicar en qué consiste el carácter paradigmático que se le atribuye al legado rankeano y analizar hasta qué punto esa interpretación ayudó a formular la idea misma de historicismo y a replantear su tarea en pleno siglo xx.

La génesis: Möser, Herder y Goethe

El pensamiento de Fredriech Meinecke es indisociable de la influencia que ejercieron en él Gustav Droysen y Heinrich von Treitschke; representantes emblemáticos de la escuela prusiana y también sus dos grandes profesores de aula. Como se ha mencionado en distintos espacios, la vertiente prusiana se distanció de algunos preceptos fundamentales del pensamiento rankeano al menos por dos razones fundamentales. La primera de ellas fue la vigorosa reivindicación de la ideología política como un agente activo y necesario de la interpretación histórica. La segunda, tal vez menos fácil de bosquejar, tiene que ver con el talante filosófico de algunos de sus planteamientos. El caso de Droysen es especialmente significativo no sólo por ser considerado el fundador de dicha escuela, sino porque el análisis de su obra evidencia una filiación con el idealismo hegeliano y, en general, con la necesidad de fundamentar filosóficamente los criterios de la investigación histórica. Iggers ha señalado, por ejemplo, que una de las diferencias más importantes entre Ranke y Droysen radica en la forma en que concibieron la idea de comprensión (*Verstehen*). Uno y otro admiten que el objeto de la interpretación histórica son las acciones humanas, sin embargo, la perspectiva rankeana enfatiza la necesidad de comprenderlas en su individualidad, mientras que para Droysen resultaba decisivo superar ese primer nivel de asimilación en pos de un entendimiento más profundo del patrón o movimiento general del devenir humano.[35]

[35] G. G. Iggers, *The German Conception of History*, pp. 95-110. Este autor discute el rechazo de los prusianos a la filosofía hegeliana. Si bien admite

La búsqueda de ese patrón o fuerza universal que articula el sentido de cada expresión histórica individual fue también una de las mayores preocupaciones de *El historicismo y su génesis*. El esfuerzo que Droysen y Treitschke empeñaron en la comprensión de la historia política alemana fue emulado en la obra de su discípulo, mediante la interpretación de la amplia gama de tendencias intelectuales europeas en pos de un principio unitario y, en última instancia, universal: el historicismo. Sin embargo, igualmente notable es la necesidad de ponderar los atributos concretos de cada fenómeno con la finalidad de comprender las particularidades de su forma de ser. En esa medida, el pensamiento de Meinecke también revela la honda huella rankeana: su afán por articular totalidades orgánicas, privilegiando los detalles de cada expresión intelectual, con el propósito de comprender sus más profundas razones históricas. El énfasis en lo particular dificulta la valoración misma de la idea de progreso en el *Historicismo y su génesis* aún cuando resulta evidente que su caracterización del fenómeno involucra un proceso gradual y cada vez más pleno en la toma de conciencia sobre los misterios de la realidad humana. Al colocar la obra de Ranke como corolario de dicho proceso, el autor revindicó el desarrollo progresivo de las ideas historicistas, pero al mismo tiempo confirmó la creencia en lo individual como fuerza motriz de la historia. La necesidad de integrar aspectos distintos, y en última instancia problemáticos, de la tradición alemana en un esquema unitario y comprensivo fue un rasgo común a todo el pensamiento de Meinecke. El "gran reconciliador y sintetizador" empeñó su último aliento intelectual con más de setenta años a cuestas. Si bien la edad le hizo imposible "llevar su relato más allá de la obra de Goethe", no le impidió rendir homenaje a sus raíces. Tal como sugiere Hughes, a pesar de su forma inacabada" la argumentación de *El historicismo y su génesis* era suficientemente clara. El viejo historiador, sin lugar a dudas uno de

que ninguno de los historiadores liberales se consideró a sí mismo hegeliano, afirma que tal vez el más influenciado en este sentido fue Droysen.

los más influyentes del siglo xx, "había vuelto a sus bienamados maestros: a Herder, a Goethe y a Ranke".[36]

Ahora bien, en el contexto de la obra, la conceptualización de lo individual se encuentra estrechamente vinculada a la noción de lo irracional. De acuerdo con el autor, la emergencia de este atributo en la reflexión histórica europea es obra de la Ilustración en general, y de Voltaire en lo particular. Sus límites, empero, obedecen a una concepción reduccionista del fenómeno. Para el pensamiento ilustrado, lo irracional juega un papel meramente negativo en la realidad humana; constituye todo aquello que por ser particular y aleatorio se concibe como mero sinsentido y, en última instancia, como obstáculo de cualquier tendencia genuinamente progresista y universal. La fundamentación de esta idea es posible sólo en el contexto de una visión mecanicista y esquemática de la historia humana, en principio contraria a la visión historicista. A pesar de ello, Meinecke insiste en que la mera idea de lo irracional se había ganado un lugar en el pensamiento historiográfico de forma tan irrevocable que, en adelante, no podría ser obviada. En este sentido, lejos de ser el racionalismo ilustrado un obstáculo para la emergencia del historicismo fue su condición de posibilidad, al poner frente a la mirada del historiador el fenómeno de lo irracional como objeto de reflexión y análisis.

A Voltaire, y en general a la aportación de todo el pensamiento ilustrado, habría de seguir la del jurista e historiador nacido en Osnabrück, Justus Möser, con quien inicia propiamente el movimiento historicista alemán. A este autor se le atribuye la primera victoria efectiva sobre la concepción ilustrada de lo irracional, cuya asimilación se fundamenta en el reconocimiento pleno de lo individual mediante la simpatía y el amor desinteresado por lo diferente y peculiar. Su proyecto historiográfico

[36] H. Stuart Hughes, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo, 1890-1930*. Madrid, Aguilar, 1972, pp. 171-179. La caracterización del autor incluye una reflexión mucho más ponderada, y a mi juicio aún vigente, de la deuda de Meinecke con el pensamiento de Dilthey; aspecto que, por razones de espacio, no se considera en forma detallada en el presente estudio.

parte de la noción de empatía frente a lo extraño, pero se canaliza a través de su estudio sistemático. Esto conlleva la explicación de hechos históricos particulares, aparentemente irracionales y ciertamente únicos e irreductibles, mediante el uso riguroso del método filológico. La obra de Möser se convierte así en la primera versión de la historiografía crítica como la conocemos, el primer antecedente, propiamente dicho, de la historiografía rankeana. Ahora bien, es importante destacar que sus aportaciones se conciben como resultado de la asimilación positiva del racionalismo francés (Voltaire y Montesquieu), por un lado, y las ideas ilustradas de David Hume, por el otro. En este contexto, el trabajo de Möser constituye la primera síntesis entre la herencia ilustrada de lo universal y el sentimiento por lo individual, nacido en tierras alemanas.[37] En el jurista de Osnabrück "surgió un nuevo sentido de lo individual, junto con el sentido de lo típico y del retorno, que la historiografía de la Ilustración había ya cultivado"[38] pero que no había logrado trascender. La alianza efectuada entre los métodos de la crítica filológica y "el nuevo órgano de captación de lo individual y de lo irracional en la realidad histórica"; el reconocimiento de "la operación conjunta de acción y destino en todo devenir" fueron las ideas que, a la postre, hicieron posible "la maravillosa aportación de Ranke".[39]

[37] "Por diferente que haya sido la aportación de Voltaire, de Montesquieu y de Hume al pensamiento histórico general, tuvo de común esta afirmación: que el poder efectivo de lo irracional en la historia es enorme. Voltaire la había hecho entre lamentaciones y suspiros. Montesquieu y Hume con sereno reconocimiento y plena comprensión de la mezcla de fuerzas racionales e irracionales que se pone en evidencia por doquier. Pero a ninguno de ellos se le ocurrió que esta mezcla pudiera ser concebida, no de un modo mecánico, sino mediante procesos de la vida individual. Interés por la diversidad individual que se manifiesta ostensiblemente en la vida histórica, lo tienen todos en un alto grado [...] Pero ninguno de ellos pudo sentir plenamente el valor peculiar de lo individual. [...] Todo estriba en la superación del duro mecánico dualismo entre razón y entendimiento, por una parte, y, de los impulsos, inclinaciones y pasiones por otra, y en comprender la interna unidad y totalidad del hombre" (F. Meinecke, *op. cit.*, p. 261).

[38] *Ibid.*, p. 275.

[39] *Ibid.*, p. 285.

Este pasaje es uno de los puntos nodales de *El historicismo y su génesis*; la primera escena en que el pensamiento alemán adquiere, *de facto*, un lugar protagónico en el proceso espiritual que se busca describir. Pese a todo se trata, de acuerdo con el autor, de un logro parcial. Es verdad que la batalla era por demás significativa, pues se había logrado ya la percepción y sobre todo la unión de los dos principios que constituyen el saber histórico: lo universal y lo particular. Pero la esencia de su relación quedaba aún en suspenso. El resto de la obra está consagrada al análisis de esta convergencia (entre lo universal y lo individual) en el pensamiento de los otros dos grandes pilares del historicismo. Para Meinecke "la ulterior aportación de Ranke supone, no sólo la de Möser, sino también las de Herder y Goethe y la labor preparatoria de los románticos".[40] La inclusión de estos dos personajes, y la importancia que se les otorga en la caracterización de todo el proceso, refleja la necesidad de entender el historicismo no sólo como una conquista historiográfica sino también como una aportación filosófica y espiritual de largo aliento:

> Ante todo, historicismo no es más que la aplicación a la vida histórica de los nuevos principios vitales descubiertos por el gran movimiento alemán que va desde Leibniz a la muerte de Goethe. Este movimiento es la prosecución de una tendencia general en los pueblos de Occidente, cuya corona ciñó las sienes del espíritu alemán. Con su *culminación* éste ha llevado a cabo la segunda de sus grandes aportaciones después de la Reforma. Pero, como lo que descubrió fue, en general, nuevos principios vitales, eso significa también que el historicismo es algo más que un método de las ciencias del espíritu. Mundo y vida parecen otros y revelan yacimientos profundos cuando se está habituado a contemplarlos a través de sus ojos.[41]

[40] *Idem*.
[41] *Ibid*., p. 12. Las cursivas son del autor.

El fragmento expresa con elocuencia la dimensión que se le atribuye al fenómeno y también justifica su caracterización como una génesis gradual y progresiva de la conciencia histórica europea en su conjunto. Si bien cada estadio de desarrollo involucra aspectos concretos y de suyo significativos, resulta fundamental aprehender la visión de conjunto para valorar adecuadamente sus más grandes logros. Estos últimos se articulan en torno a tres principios fundamentales: uno de talante estrictamente historiográfico, cuya primera manifestación acabada radica en la obra de Möser; otro de naturaleza artística, del cual el pensamiento de Goethe es emblemático y, finalmente, uno de raigambre filosófico prefigurado en la obra de Herder. La primera gran integración, ya se ha dicho, fue obra de Möser, pero sus aportaciones están lejos de ser su culminación.

De acuerdo con Meinecke, la potencia imaginativa de la filosofía de Herder, expresada en su idea de la subjetividad y la vida como manifestaciones históricas, ofreció al historicismo su segunda gran conquista. La única limitación de su pensamiento "era que carecía de verdadera fuerza plástica" pues no tenía aquella sensibilidad que le permitiera "ver la imagen de la vida y de la historia en su íntegra y concreta precisión, en su desnuda realidad natural-espiritual".[42] Su tarea supuso la reformulación, ciertamente revolucionaria pero aun así inacabada, de la conceptualización ilustrada de la historia universal. Ese antecedente fue la base a partir de la cual Herder construyó su idea de evolución, teniendo siempre en mente "la profundidad anímica de la vida humana", el fondo del cual brota toda idea y todo hecho particular. Sus objetos de reflexión fueron siempre lo inmanente y subjetivo, lo sensible e irracional del ser humano. Consecuencia de ello, fue la inclinación típicamente herderiana por lo primigenio; disposición que le hizo posible bosquejar, si bien de manera imprecisa y por momentos confusa, la evolución del género humano como una génesis de formas vitales concretas que, aun siendo siempre la misma, es inimitable en cada

[42] *Ibid*., p. 306.

una de sus fases.[43] En resumen, la gran aportación de Herder fue "haber puesto de manifiesto la individualidad de las grandes potencias colectivas, los espíritus del pueblo y de la época, canalizada en el proceso general de la historia, considerado, igualmente, en su individualidad".[44] Sin embargo, la excesiva habilidad receptiva pero nula habilidad creadora en sentido artístico propició en él un rechazo casi automático hacia las circunstancias políticas que, sin la ayuda de su ancla teológica, le parecían incomprensiblemente trágicas, aun tras haber descubierto en la tragedia el patrón general de toda la historia humana.

Como se podrá advertir por lo dicho hasta aquí, Meinecke vio en el poeta de Weimar una inteligencia igualmente comprensiva a la de su contemporáneo pero mucho más fecunda y creativa. Con una sentencia lacónica, típica de su estilo, afirma lo siguiente: "Se ha dicho que Goethe veía en el mundo y que Herder oía en el mundo".[45] La expresión, casi aforística, evoca el contraste entre la capacidad perceptiva e intuitiva de Herder y la fuerza plástica de las ideas de Goethe. Pero más allá de la oposición, el objetivo primordial del autor es enfatizar la correspondencia entre dos aspectos distintos pero complementarios de la comprensión histórica. El sentido de la historia emerge de la intuición de lo universal en sus expresiones concretas e individuales pero se consolida mediante la configuración plástica de sus significados. De acuerdo con esta perspectiva, la facultad de sentir lo individual y recrear su forma supera el acto mismo de la contemplación. Son justamente ese amor por lo concreto y la capacidad de transmitirlo, las grandes aportaciones de Goethe a la comprensión de lo histórico.

La evolución del pensamiento goethiano y sus vínculos con el historicismo constituye uno de los núcleos temáticos más complejos y desafiantes de *El historicismo y su génesis*. La tesis general del autor, apenas esbozada líneas arriba, es que "el sentido histórico descansa en una permanente acción recíproca de

[43] *Ibid.*, pp. 322-325.
[44] *Ibid.*, p. 344.
[45] *Ibid.*, p. 381.

pensamiento y sentimiento", siendo este último atributo el que, desde su perspectiva, el historicismo hereda del romanticismo de Goethe. El desarrollo del argumento, empero, se torna ambiguo y por momentos algo confuso. Tal vez esto obedece a la falta de rigor formal y la ambigüedad que muchas veces se deja sentir en la obra y que, de acuerdo con algunos autores, opaca su meticulosa interpretación histórica.[46] Una reconstrucción puntual de esta temática no sólo supone más esfuerzos de los que puedo empeñar aquí, por razones de espacio, sino que probablemente tampoco contribuiría a explicar la naturaleza de esa fuerza reflexiva que se le atribuye al pensamiento de Goethe y que tanto influyó en el joven Ranke. Me limitaré a señalar los planteamientos más evidentes (y por lo mismo los menos problemáticos) en torno al vínculo entre intuición, sensibilidad y pensamiento. A ojos de Meinecke, la síntesis de estas tres operaciones es una conquista de Goethe, pero su magistral aplicación es obra de Ranke. A lo largo de las siguientes páginas, haré énfasis precisamente en esa segunda relación.

Como he venido señalando, la exaltación de la sensibilidad es el atributo que se juzga más destacado del pensamiento goethiano. Su filiación con el movimiento romántico, con la fuerza subversiva pero al mismo tiempo fecunda del *Sturm und Drang*, dio como resultado una concepción de la vida humana estrechamente relacionada con "el fondo creador" y en última instancia

[46] "Ni Troeltsch ni Meinecke eran pensadores históricos en especial coherentes. Mientras el primero era francamente confuso y jamás alcanzó el dominio completo de sus materiales, Meinecke poseyó, indiscutiblemente, un talento de orden superior. 'Con extremada finura supo cómo elegir' lo que era vital y, 'con la escrupulosidad de un orfebre', asignar a cada elemento histórico el lugar adecuado en su narración. Pero cuando pasó de ser historiador a hacerse filósofo, cuando el 'rigor de argumentación' hubo de reemplazar la 'finura capacidad para el énfasis psicológico', se transformó en 'debilidad'. Meinecke poseía grandes dotes para la 'intuición histórica'. Pero, al igual que su maestro Ranke, era incapaz de razonar sobre la historia en forma alguna que no fuera ambigua". Hughes esboza y suscribe en estas líneas, las ideas de Carlo Antoni en *Dallo storicismo alla sociología* [1940] (S. Hughes, *op. cit*., p. 181).

"irracional de la naturaleza".[47] La curiosidad por este núcleo sublime y al mismo tiempo inabarcable, la necesidad de sentirlo pero también de reconocerlo más allá de sí, orientó a Goethe hacia la búsqueda histórica.[48] En palabras del historiador prusiano:

> El poeta buscó y encontró en el pasado un elemento humano puro y supratemporal, exactamente como los hombres de la Ilustración lo hicieron cuando escudriñaban el pasado. Pero fue enorme la transformación que emprendió con los conceptos y contenidos de este humano intemporal. Pues la idea generalizadora de la humanidad, fue sustituida por la individualizadora del *Sturm und Drang*.[49]

A la luz de esta perspectiva, el resultado más significativo de la relación que Goethe estableció con el mundo histórico fue la unidad entre pasado y presente. El vínculo, empero, fue planteado por el poeta no sólo como idea sino como sentimiento[50] y, en esa medida, fue la motivación más poderosa que encontró, ya en sus años de madurez, para reflexionar sobre las leyes del cambio, "leyes internas que buscó por todas partes, en el arte y en la naturaleza", pero que no fueron, "como las de la Ilustración", leyes de un ser sino de un devenir.[51] Fundamentando sus argumentos en esta idea, Meinecke asegura que Goethe descubrió la lógica organicista que, a la postre, caracterizaría el proyecto historiográfico rankeano: "Dos principios metódicos —asegura— que alguna vez podrían ser aplicados al mundo histórico, fueron enunciados por él". El primero es que toda forma de vida es como un organismo autónomo, que debe ser concebido en su inmanencia y especificidad; el segundo que el conocimiento de la esencia de ese organismo es el reconocimiento, en cada una

[47] F. Meinecke, *op. cit.*, p. 389.
[48] *Ibid.*, p. 390.
[49] *Ibid.*, p. 393.
[50] *Ibid.*, p. 394.
[51] *Ibid.*, p. 398.

de sus partes, del todo que lo articula y le da sentido.[52] La transformación de estos principios en criterios de indagación e interpretación histórica fue, como puede anticiparse ya, la muy particular aportación de Ranke a los logros del historicismo. En la lógica de la obra que nos ocupa "la necesidad de Goethe de elevarse de lo individual a lo universal y de buscar lo universal ante todo en la concreta expresión de lo individual, llegó a ser una necesidad fundamental del historicismo. La evolución de Ranke tomó precisamente este camino".[53] ¿Cómo se llevó a cabo la última gran transformación? ¿Qué hizo posible la genuina *culminación* de este movimiento espiritual que hunde sus raíces hasta el siglo XVII y Meinecke atesora como un referente fecundo y vigente en pleno siglo XX? Con estas reflexiones concluyo la tarea de este primer capítulo.

La síntesis rankeana

El discurso conmemorativo pronunciado por Mienecke en la Academia de Ciencias Prusiana no debe equipararse sin más con las otras dos secciones (libros I y II) que, junto con él, componen *El historicismo y su génesis*. Su propósito es el homenaje al maestro con el que "jamás estudió, pero cuyo ejemplo trató de restaurar en su originario vigor espiritual".[54] El estilo es a todas luces personal y el argumento descansa, por momentos, más en la anécdota nostálgica que en el análisis ponderado. Pese a todo, también ahí podemos atestiguar la capacidad de su autor para historiar las ideas y exhibir su complejidad. Las reflexiones vertidas son el resultado de una lectura de madurez y le otorgan a Ranke un lugar de privilegio pero no bajo la concepción, acaso más habitual, de que su legado debía institucionalizarse

[52] *Ibid.*, p. 401.
[53] *Ibid.*, p. 458.
[54] S. Hughes, *op. cit.*, p. 171.

como "canon general obligatorio" de los estudios históricos.[55] Su herencia es concebida como una expresión, memorable pero inimitable, de las preocupaciones más hondas del primer historicismo. En este sentido, se configura como una fuente de inspiración antes que como un modelo a seguir. Cabe destacar, además, que nuestro personaje entendía como un desafío, y probablemente también como un riesgo, la tarea de "trazar la línea de la historiografía que va desde él a nosotros y de plantear la cuestión de en qué grado su herencia influye tardíamente en nosotros, o puede y debe influir, en medio de la enorme revolución histórica y espiritual en que estamos inmersos". Aun si concibió que esta labor era sustancial decidió, de acuerdo con sus propias palabras, "evitar la polémica y volver a la serenidad de la pura especulación".[56]

Y en efecto, los tiempos habían cambiado considerablemente. Los conflictos de la Europa de entreguerras y la profunda crisis ideológica intrínseca a ellos, hizo inevitables ciertos cuestionamientos: ¿cómo era posible, por ejemplo, "seguir a Ranke y sus sucesores de la escuela histórica alemana en su adhesión al estado de la fuerza como una auténtica creación 'espiritual' del propio proceso histórico y, al mismo tiempo, permanecer fiel a los imperativos morales (también alemanes) que Kant había enseñado?"[57] Con el pasar de los años, la reivindicación del primer historicismo hizo más complicada la tarea de reconciliación. Tal vez eso explica la necesidad de mirar hacia atrás, la decisión de fundamentar los principios historicistas en sus raíces dieciochescas antes que buscar el enfrentamiento (o incluso la confrontación) con el pasado más inmediato. Pese a todo, Meinecke no dudó en incluir el discurso de homenaje como corolario, conclusión lógica diré, de la que ha sido descrita como su "obra más serena y de mayor amplitud".[58] Y si bien no podemos extraer del apén-

[55] F. Meinecke, *op. cit.*, p. 508.
[56] *Ibid.*, p. 509.
[57] H. S. Hughes, *op. cit.*, p. 171.
[58] *Ibid.*, p. 179.

dice una conclusión más depurada y clara de sus ideas en torno a la historiografía rankeana, sí es posible destacar los argumentos que, bajo esta perspectiva, la convirtieron en un referente paradigmático. El primero de ellos se explica por la profunda conexión entre el pensamiento rankeano y el romanticismo. Su entusiasmo por el pasado y la necesidad de mostrar las cosas en función de su propia esencia y peculiaridad derivan de la bien lograda asimilación de la filosofía de Herder y la perspectiva vitalista de Goethe. Dichos atributos son, a su vez, la expresión de un fervor que incluso se juzga sacerdotal. "Este deseo de anular su propio yo, era, como frecuentemente se ha dicho con razón, irrealizable".[59] Aun así, puso en evidencia la valoración de la intuición como un factor insoslayable de la comprensión histórica.

A la luz del apéndice, la idea goethiana de la vida se convirtió, gracias a Ranke, en genuina materia de estudio de la historia; y la pulcritud de su espíritu crítico en el vehículo idóneo para dilucidar lo auténtico del pasado, a través del cuidadoso análisis de sus vestigios. Tal como se afirma, "crítica e intuición estuvieron para él, unidas en todo momento".[60] Dos grandes principios del pensamiento de Goethe, "investigar la vida en sus elementos más simples"[61] y buscar siempre la forma como herramienta para despertar lo vivido, describen a cabalidad no sólo las aspiraciones, sino las características más propias de la historiografía rankeana. Sin embargo, su aportación más destacada fue, de acuerdo con esta interpretación, haber concebido el Estado como la materialización más acabada de los impulsos vitales. "Aquella invisible potencia espiritual que se manifiesta, empero, en los intereses reales y que empuja al que actúa con arreglo a ellos, no es, según Ranke, otra cosa que el Estado particular concebido como individuo singular".[62] La individualización de lo político vuelve asequible la interpretación de múltiples formas

[59] F. Meinecke, *op. cit.*, p. 499.
[60] *Idem.*
[61] *Ibid.*, p. 422.
[62] *Ibid.*, p. 500.

vitales y, en esa medida, "pensar históricamente significa ahora conceder a cada época su propio derecho a la existencia e incluso su propia perfección".[63] La noción misma de historia universal, baluarte tanto del pensamiento ilustrado como del idealismo hegeliano, se transformó en virtud de aquel planteamiento. El pensamiento rankeano fincó el sentido de la historia general del espíritu en su noción de individualidad, en lugar de hacerlo en función del principio abstracto del progreso. A decir de Meinecke, el historiador de Thuringia no admitió el criterio de legalidad natural enarbolado por los ilustrados ni el de legalidad espiritual ideado por Hegel.[64] El principio que determinó su entendimiento del sentido histórico fue, en primera y última instancia, el de evolución individual.

A raíz de semejante elección, el nexo que unifica todas las formas de la vida humana en su devenir se presupone pero no puede como tal representarse. Más aún, la creencia misma en ese vínculo constituye, en este caso, un acto de fe. Ranke jamás negó la existencia de un principio rector en la historia. Fue un luterano convencido de la conexión entre creador y creación. Pero su "respeto por el arcano divino", al igual que un poderoso "sentimiento crítico de responsabilidad, se opuso a la tentativa de mostrar el dedo de Dios en cada acontecimiento de la historia".[65] Hans-Georg Gadamer ha analizado ese mismo atributo del pensamiento de Ranke y, como otros, ha entendido que se trata de una presuposición y no de un razonamiento desarrollado formal y teoréticamente.[66] Con el propósito de desentrañar

[63] Es la afirmación de Gadamer al explicar la peculiar noción de historia universal en la escuela histórica alemana. El autor se refiere en este caso a Herder, pero una parte fundamental de su revisión es el análisis de esa misma idea en Ranke y Droysen (H.-G. Gadamer, *op. cit.*, p. 256).

[64] F. Meinecke, *op. cit.*, pp. 505-506.

[65] *Ibid.*, p. 507.

[66] "Una reflexión clara y metódica, sobre esto, no se encuentra desde luego todavía en Ranke ni en el agudo metodólogo que fue Droysen, sino sólo en Dilthey, que toma conscientemente la hermenéutica romántica y la amplía hasta hacer de ella una metodología histórica, más aún, una teoría

las nociones más profundas de la inteligencia rankeana, infiere de ella una suerte de ideal humanístico en virtud del cual "la idea, la esencia, la libertad, no encuentran una expresión completa y adecuada en la realidad histórica".[67] Una conclusión similar adivinaba Meinecke al caracterizar la noción rankeana de lo general como una creencia que, si bien animaba todo su proyecto historiográfico, no se agotaba en él. Su renuncia a la filosofía era una apuesta por la investigación histórica que equivalía a aceptar las limitaciones intrínsecas a la tarea científica. Las virtudes del maestro eran, a ojos del discípulo, el resultado de una confluencia entre tres factores: "un respeto trascendente ante la historia" y su multiplicidad de expresiones; "la penetrante investigación crítico-empírica" que evidenciaba, a su vez "la visión artística de sus procesos"; y la unificación entre religiosidad y realismo histórico.[68]

Nada de ello podía, como tal, imitarse en pleno siglo XX. Aun si Meinecke se esforzó por encontrar en el maestro una fuente inagotable de inspiración, reconoció bien los límites de su razonamiento histórico e incluso los incovencientes de su postura ideológica. Al afirmar que "la elaboración de la historia que se ha llamado historicismo en el buen sentido", "culmina en la aportación de Ranke",[69] dejaba entrever la imposibilidad de concebir su legado como un modelo a seguir. "No por imitación, sino por fecundación de vidas, afines pero nuevas y peculiares, influyen sus grandes producciones espirituales en el futuro".[70] La consecuencia lógica de su discurso de homenaje, podemos concluir, descansa en la misma premisa que animó el proyecto más general y completo de *El historicismo y su génesis*: que el pasado debe comprenderse como un componente insoslayable del presente que, a pesar de ello, es preciso trascender.

del conocimiento de las ciencias del espíritu" (H.-G. Gadamer, *op. cit*., pp. 253-254).

[67] *Ibid*., p. 257.

[68] F. Meinecke, *op. cit*., p. 508.

[69] *Ibid*., p. 505.

[70] *Ibid*., p. 508.

Tal como se ha bosquejado, la última gran obra de Meinecke estuvo lejos de encarar los desafíos que en los hechos motivaron su elaboración. Como señalé antes, su visión se vuelca sobre el pasado en un momento en que la vejez y el aislamiento impedían al autor reformular con vigor la tarea de un nuevo historicismo.[71] Las polémicas de los últimos años, el evidente desgaste de la escuela rankeana y el combativo influjo de propuestas mucho más arriesgadas en el plano teórico desdibujaron la figura de Ranke como baluarte de un historicismo urgido de nuevas propuestas. La de Dilthey fue acaso la más vigorosa en suelo alemán, pero no la única en reivindicar la naturaleza filosófica, y no sólo historiográfica, de la empresa historicista en su conjunto. La crítica de que fue objeto *El historicismo y su génesis* descansa precisamente en la identificación de sus limitaciones filosóficas. El historiador italiano Benedetto Croce fue probablemente el primero en notarlo. Su polémica con Meinecke es el resultado de una valoración mucho más aguda de los fundamentos teóricos del historicismo y, en esa medida, constituye una reformulación más honda de sus premisas sustantivas. El rechazo al individualismo rankeano, como veremos, es uno de los rasgos característicos de la controversia emprendida por el italiano y en esa oposición se expresa, además, la vigorosa intención por convertir el historicismo en una filosofía cuyo propósito no sólo era comprender el pasado, sino responder de manera activa y consciente a la crisis de una nueva época.

[71] "El advenimiento de Hitler no trajo a Meinecke peligro personal alguno: ya se había retirado de su cátedra de Berlín y era demasiado viejo para la controversia activa. Los nazis se limitaron a privarle de la dirección del *Historische Zeitschrift*, que había dirigido durante cuarenta y dos años, y luego lo dejaron solo". Fue durante este periodo cuando se dio a la tarea de elaborar la última obra de su trilogía (S. Hughes, *op. cit.*, p. 179).

El historicismo como filosofía para la acción

En la sección anterior hablé de la importancia de Ranke como baluarte de la historiografía científica pero también como un referente paradigmático de la comprensión historicista de la realidad humana. La perspectiva de Meinecke, como vimos, involucra la necesaria confluencia de ambos factores. En este sentido, representa la fundamentación del proyecto historiográfico moderno en la asimilación del pensamiento romántico enarbolado por Herder y sobre todo por Goethe. El carácter paradigmático que se le otorga a la obra del historiador de Thuringia deriva de su caracterización como la síntesis de un proceso que se remonta al siglo XVIII y culmina, tal como señala el autor, en el siglo XIX. Nada hay en este argumento acerca de sus posibilidades a futuro, nada al menos, planteado de manera categórica. La reivindicación de los valores rankeanos en el presente fue posible gracias a la evasión de una controversia que, hacia finales de los años treinta del siglo XX, no podía postergarse. La consolidación de los regímenes totalitarios y el advenimiento de la segunda guerra europea transformaron la discusión académica en una disputa que ponía en juego no sólo premisas filosóficas, sino el vínculo mismo entre conocimiento y vida, entre pensamiento y acción. En este contexto, la mirada hacia el pasado estaba supeditada a la revaloración del presente y a la conformación de una expectativa a futuro. La tarea, que podríamos juzgar revisionista, se adivina ya en el apéndice de *El historicismo y su génesis* pero se revela acaso con mayor claridad en las memorias del autor (*Erlebtes 1862-1901*), publicadas en 1941, y en un texto tardío que Meinecke escribió con ochenta y cuatro

años de vida a cuestas: *Die deutsche Katastrophe: Betrachtungen and Erinnerungen* (*La catástrofe alemana: reflexiones y recuerdos*).[1]

De acuerdo con Hughes, *La catástrofe alemana* fue "un librito de examen retrospectivo" en donde el autor "revisaba sus ideas de un modo sin precedentes en un historiador de tal edad y eminencia. Uno tras otro iba sacrificando sus primitivos ídolos". La obra condenaba no sólo a Hitler sino también los méritos éticos de la unificación alemana. "Hasta el amable Ranke entraba en el proceso de revaluación". Al lado del maestro de los historiadores alemanes —afirma el autor—, Meinecke estaba dispuesto a colocar ahora al mismo Burckhardt, bajo el argumento de que el suizo había sido el único pensador de su tiempo en vislumbrar "el despotismo venidero".[2] Sólo tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y ante la ruina de su país, el prusiano se atrevía a desafiar de modo más explícito la tradición que él mismo había celebrado. Ahora bien, pese al interés que deben despertar estos textos tardíos, no dejan de tener un valor relativo frente a *El historicismo y su génesis*. De hecho, el autor "no se retractaba de nada de lo que había escrito anteriormente". Incluso en su refutación a Croce, que apareció un año después de la publicación de *Historia como hazaña para la libertad*, declaró que el italiano "había salido en defensa de Hegel, mientras él permanecía fiel al ejemplo de Ranke".[3]

Esa lealtad al paradigma rankeano fue uno de los grandes detonantes de la crítica perpetrada por el historiador napolitano quien, en efecto, sí hizo una apuesta mucho más decidida por el idealismo hegeliano. Sin embargo, ni su filiación al idealismo ni su desdén por Ranke explican a cabalidad la naturaleza de su oposición con Meinecke. Como se ha señalado en años recientes, la propuesta de Croce —también tardía en el contexto de

[1] Citados en H. Stuart Hughes, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*. Madrid, Aguilar, 1972, pp. 171 y 180, respectivamente. La segunda obra también se menciona en el texto de Wolf Lepenies, *La seducción de la cultura en la historia alemana*. Madrid, Akal, 2008, p. 148, donde se hace un breve esbozo.

[2] *Apud* H. S. Hughes, *op. cit.*

[3] *Ibid.*, p. 182.

su propio desarrollo intelectual— es una nueva elaboración sobre el problema de la relación entre teoría y práctica, y su conexión con el pensamiento histórico. La formulación más acabada de estos planteamientos debe buscarse en su obra cumbre, *Teoría e historia de la historiografía* (1916). Es en ella donde, de acuerdo con Rik Peters, se consolida su filosofía del espíritu y culmina su reflexión en torno a la naturaleza, el objeto, el método y el valor de la historia.[4] El punto nodal de sus reflexiones es la conceptualización de la historia como un tipo de investigación de naturaleza decididamente filosófica. Todo el proceso de investigación histórica —afirma Peters— se plantea ahí como una actividad autocrítica que realiza el propio historiador, en la cual los conceptos involucrados en la interpretación de las fuentes, así como la construcción misma de la historia, se elaboran filosóficamente.[5] Aun con sus claras diferencias, esta forma de caracterizar el proyecto historiográfico tal vez no sea radicalmente extraña a las preocupaciones que motivaron a Meinecke a reivindicar la dimensión filosófica de la historiografía historicista. Aun si la postura de Croce está muy lejos de avalar la vertiente rankeana, la caracterización de su legado, negativa en este caso, fue el vehículo idóneo para revalorar las virtudes del historicismo y la naturaleza de sus principios. A dichas cuestiones, el napolitano ofreció una respuesta muy distinta a la solución expresada en *El historicismo y su génesis*.

En el contexto de este cambio de perspectiva resulta indispensable al menos referir la obra de autores que, junto con Croce, también se convirtieron en representantes destacados de un nuevo historicismo. Pienso, por ejemplo, en Guido de Ruggiero, Giovanni Genitle y R. G. Collingwood. La sola mención de estos nombres, igualmente asociados con la renovación de la filosofía idealista en pleno siglo XX, implica tomar en cuenta la diversificación del historicismo. En general, sus planteamientos suponen

[4] Rik Peters, *History as Thought and Action. The Philosophies of Croce, Gentile, de Ruggiero and Collingwood*. Exeter, Imprint Academic, 2013, p. 301.

[5] *Ibid*., p. 69.

una drástica ruptura con la tradición de raigambre rankeano y son al mismo tiempo el reflejo de una conceptualización más formal de la relación entre historia y filosofía. A la luz de estas perspectivas, el problema del historicismo no podía resolverse únicamente mediante la reconstrucción de su tradición intelectual, a través de un relato que, incluso si se juzgaba reflexivo no ofrecía, como tal, una explicación sistemática de sus componentes filosóficos. En este punto, la búsqueda de definiciones y/o clasificaciones tendientes a explicar sus bases teóricas, su función como filosofía de la vida y lo humano por excelencia, se convierte en un elemento intrínseco a la labor historicista.[6] Si bien es cierto que la relación entre historicismo e historiografía siguió siendo un tema importante para algunos de estos autores (particularmente para Croce y Collingwood, que sí desarrollaron su práctica profesional), el objeto fundamental de sus reflexiones se muestra mucho más deudor de la empresa especulativa de Hegel y, en la práctica, más concordante con las preocupaciones epistemológicas que, en su momento, expresara el propio Dilthey. En el caso de Croce y Collingwood, por ejemplo, el vínculo con Hegel, aunque problemático es evidente; en *El historicismo y su génesis*, por su parte, la herencia hegeliana se rechaza, aun si se ha reconocido (cosa que jamás hizo su autor) la impronta dialéctica en algunos de los postulados de Meinecke.[7]

[6] La obra de Croce es probablemente la primera que apela, de manera contundente, a una definición del historicismo que tome en consideración sus postulados teóricos y filosóficos frente a un llamado uso "equivocado" del término al aplicarlo a la historiografía alemana. La voz de Croce, como dice Ímaz, es, en su momento, casi la única en llamar la atención acerca del predominio alemán en la materia y de destacar una forma muy diferente de entender el historicismo (véase: Eugenio Ímaz, "Puntos y comas sobre el historicismo", en *El pensamiento de Dilthey*. México, FCE, 1978, p. 16).

[7] "If *Weltbürgertum und Nationalstaat* [Cosmopolitanismo y Estado nacional] remind us of Hegel, so does *Die Entstehung des Historismus* [El historicismo y su génesis] to some extent. Both Works basically violate the historicist principle that every individuality should be judged in terms of the values immanent within it. Historicism appears in both Works less as a unique historical phenomenon than as an almost absolute norm" (Georg G. Iggers,

En síntesis, llegada la mitad del siglo XX, definir el historicismo se juzga no sólo una tarea historiográfica y contextualista sino una actividad sistemática, teorética y profundamente autocrítica. Este cambio en la forma de explicar no es casual pues se relaciona con las transformaciones propias de la corriente. Si consideramos, además, que el uso del concepto en un sentido similar al que he venido discutiendo es en sí mismo un fenómeno del siglo XX, podríamos incluso negar la existencia misma del historicismo en épocas anteriores. Ni Ranke, ni mucho menos Vico, Goethe o Herder se definieron a sí mismos como historicistas. La radicalidad de semejante premisa sin duda despertará objeciones, sobre todo si se piensa sólo como un problema de nomenclatura. Sin embargo, apelar a la construcción misma del concepto y sus usos, al menos de forma tangencial, resulta no sólo didáctico sino hasta cierto punto esclarecedor. De acuerdo con Iggers:

> El concepto de 'historicismo' tiene muchos significados. Se utiliza primero durante el romanticismo como concepto opuesto a 'naturalismo' para diferenciar la historia, hecha por los hombres, de la naturaleza, que los hombres no hacen. Desde finales del siglo XIX el concepto es empleado con frecuencia y definido de diversas formas, por un lado como visión del mundo y, por otro, como método.[8]

Como he venido señalando, la obra de Meinecke constituye un esfuerzo notable por explicar la génesis misma de esa visión del mundo a la luz de su aplicación como metodología de la comprensión histórica. Lo que deja hasta cierto punto en suspenso, empero, es la naturaleza de sus fundamentos filosóficos

The German Conception of History. The national tradition of Historical Tought from Herder to the present. Nueva York, Wesleyan University, 1968, p. 218).

[8] G. G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Present., adap. y revisión de Fernando Sánchez Marcos. Trad. de Clemens Bieg. Barcelona, Idea Books, 1998, p. 25.

y la forma en que estos podían, en circunstancias radicalmente distintas a las de los siglos XVIII y XIX, seguir articulando la práctica historiográfica contemporánea. Es en el contexto de esa demanda cuando emerge con claridad la naturaleza problemática del fenómeno. La popularización del término a lo largo de las primeras décadas del siglo pasado, su tematización en obras no sólo históricas sino filosóficas, su uso mismo para denominar la tradición de pensamiento histórico alemán, son fenómenos que caracterizan buena parte de la discusión intelectual de la primera mitad del siglo XX. En ese sentido, bien podríamos colegir que el historicismo, entendido como reflexión autocrítica, es en realidad un fenómeno mucho más reciente.

Desde mi punto de vista, *La storia come pensiero e come azione*, o *Historia como hazaña para la libertad* (que es el nombre con el que los lectores de habla hispana reconocemos la última obra de Croce) da franco testimonio de ese cambio de rumbo. De acuerdo con Peters, la novedad más significativa de este texto es su concepción acerca de la relevancia práctica de la indagación histórica.[9] En esa medida, podríamos juzgarla como una propuesta que amplía el desarrollo de uno de los problemas que, sobre todo hacia el final de su vida, más preocuparon al liberal napolitano: la naturaleza moral y política de la empresa historiográfica. El vínculo entre historia y práctica (pensamiento y acción) es el contexto en el que se desarrolla no sólo la crítica de Croce al proyecto de Meinecke, sino también donde se expone con peculiar elocuencia su conceptualización misma del historicismo como salida filosófica a los conflictos vitales de su propio tiempo. En esta pretensión radica el núcleo mismo de su crítica al modelo rankeano, siendo esa la razón que me anima a reconstruir sus argumentos en este espacio. Como veremos en adelante, el tratamiento de estos problemas supone una redefinición del concepto historicismo en sus dos sentidos más primarios: como visión del mundo y como metodología de las ciencias humanas.

[9] R. Peters, *op cit.*, p. 303.

El historicismo como concepto

Ya Eugenio Ímaz ha alertado acerca de que la identificación sin más del historicismo "con su representante más poderoso, el alemán," ha traído "no pocas confusiones en problemas tan decisivos como los de su origen o los de su supuesta crisis".[10] Con el ánimo de evitar confusiones este autor distingue, en primer lugar, un historicismo de tipo filosófico de otro historiográfico o, dicho con mayor precisión, encuentra que existen dos "acepciones" (una filosófica y otra historiográfica) para el mismo "vocablo".[11] La caracterización ayuda a encuadrar tanto la propuesta de Meinecke como la de Croce pero la distinción no debe, a mi juicio, exacerbarse. En uno y otro caso, filosofía e historiografía son componentes fundamentales. Para ambos autores, el problema del historicismo supone el vínculo insoslayable entre una filosofía de la vida humana y una ruta metodológica (concebida siempre como historiografía) que hace posible la racionalización del pasado en virtud de esa visión filosófica. En este sentido, ambos reivindican la filosofía como historia y la historia como filosofía. Meinecke, sin embargo, enfatiza la primera combinación, mientras que Croce hace lo propio con la segunda. Su polémica en torno a Ranke adquiere relevancia cuando nos percatamos de que, en el fondo, lo que se cuestiona es la preeminencia de un cierto proyecto historiográfico como expresión lógica y congruente de la visión filosófica construida por el historicismo. En la concepción del napolitano, la obra rankeana es, en el mejor de los casos, una manifestación inacabada del historicismo, en el peor de ellos, una historiografía sin problema histórico.

Plantear el problema en estos términos tenía varias consecuencias. La primera y más evidente de ellas era cuestionar el encumbramiento de Ranke como canon de la historiografía moderna. Aun si el napolitano entendió que la defensa de

[10]E. Ímaz, *op. cit.*, p. 13.

[11] *Ibid.*, p. 14

su colega prusiano no revestía un carácter tan elemental, se refirió con sarcasmo al contexto intelectual que hizo posible tal encumbramiento:

> Con una cohorte tan numerosa y escogida de discípulos, reverenciado por su pueblo, honrado por su gobierno, Ranke fue ensalzado sobre todos los historiadores y colocado casi en la cúspide del templo de la historiografía. De aquel puesto nos hemos empeñado en desplazarle, no ciertamente para echarle abajo, como suele ocurrir con los ídolos de los regímenes derribados, sino para ponerle en el lugar que le corresponde y que sigue siendo lugar bastante noble y elegante.[12]

Y en efecto, en la segunda parte de *Historia para la libertad*, titulada "El historicismo y su historia" ocupa un lugar significativo la crítica a la llamada *forma mentis* del historiador de Thuringia. La expresión alude a la visión filosófica presupuesta pero nunca sistematizada por los grandes historiadores de la escuela alemana. La configuración de los acontecimientos humanos en función de ideas y fuerzas espirituales revelaba, a ojos de Croce, la creencia en un orden superior pero ni el vínculo ni la naturaleza misma de esas ideas se definía explícita y conceptualmente. Al pensamiento rankeano, en suma, "le faltaba conciencia de la naturaleza de lo universal, y en la historia buscaba y gozaba lo singular por sí mismo". "El nexo de la historia no era para él la unidad del espíritu, sino la acción recíproca de los pueblos, e historia universal era la de los pueblos que han obrado así recíprocamente, unos sobre otros".[13]

Como se puede observar, esta caracterización no es muy distinta a la descripción que había ofrecido Meinecke sobre las grandes virtudes del maestro. No era tanto el proyecto historiográfico sino su dignidad historicista lo que el napolitano ponía

[12] Benedeto Croce, *Historia como hazaña de la libertad*. México, FCE, 1971, pp. 88-89.

[13] *Ibid.*, p. 79.

en duda. El cambio radical entre una y otra interpretación estriba en el concepto mismo de historicismo. En *El historicismo y su génesis* el fenómeno se articula en torno a su síntesis historiográfica, mientras que en *Historia como hazaña para la libertad* constituye una entidad filosófica; la categoría misma del pensamiento como tal:

> La pregunta misma acerca de la forma perfecta y definitiva del historicismo peca de antihistoricismo. El historicismo es un principio lógico y es también la categoría misma de la lógica, la logicidad entendida rectamente, la de lo universal concreto, y por esto, como ya se ha dicho, vive siempre con mayor o menor elegancia en los espíritus, y vivió con amplia eficiencia en la edad historicista; mas, así como en ningún hombre y en ningún tiempo está nunca del todo ausente, así en ningún ingenio, por muchas fatigas que le haya costado, por mucha elevación que posea, puede recibir forma última y definitiva, y que más bien, como suele ocurrir, en los mismos hombres, en los mismos libros, en los mismos tiempos, se haya mezclado con proposiciones que lo desconocen y lo niegan; hasta en los mismos que fueron creadores de la edad historicista.[14]

De acuerdo con esta perspectiva, las bondades de una propuesta historiográfica se manifiestan en su habilidad para expresar el acto mismo del pensar. En consecuencia, la genuina virtud de cualquier forma historiográfica es construir, por medio del pensamiento, la racionalidad de lo concreto. Reiterar, como hizo Ranke, la individualidad de los hechos y fincar en ello su significado y sentido era renunciar a su problematización, abandonar, en suma, la tarea misma del pensar. A ojos de Croce, *El historicismo y su génesis* reivindicaban la misma clase de error. Concebir su gran conquista como la asimilación de lo irracional e individual de la vida humana y, más aún, fundamentar la idea de lo general en el misterio religioso, era negar "los conceptos puros"

[14] *Ibid.*, pp. 66-67.

y las "categorías" que explican todo lo histórico. "Las verdaderas ideas —afirma—, los verdaderos valores de carácter universal, poseen, en cambio, la fuerza de comprender a todas las obras más diversas".[15]

En lugar de fundamentar el criterio de valoración sobre lo historicista en una realidad intelectual dada, tal como hizo Mienecke, el napolitano buscó justificar su preeminencia como concepto. Esto no equivalía a negar la relación entre historiografía y filosofía pero sí involucraba una propuesta mucho más audaz. El argumento de fondo, ya formulado en *Teoría e historia de la historiografía*, es la distinción entre teoría y práctica, la cual involucra, a su vez, una revaloración del concepto mismo de historia. *Grosso modo*, la idea suscribe la circularidad pero al mismo tiempo la distinción entre *praxis* y pensamiento. Dicho en otras palabras, el conocimiento es necesario para la acción, pero también ésta es vital para el conocimiento. No obstante, la reciprocidad entre una y otra actividad no debe conducirnos a confusión. Teoría y práctica constituyen dos momentos distintos en la actividad del espíritu que aun si se hallan irrecusablemente unidos, se distinguen en torno a sus propósitos y forma de ser.[16] La historia entendida como acto reflexivo es del orden del pensamiento; definición que exhibe el carácter conceptual de dicha actividad. Las diversas manifestaciones historiográficas deben evaluarse a la luz de esa categoría teórica. Tal subordinación no implica una negación de su peculiaridad y tampoco de sus significados específicos, pero sí supone un criterio de valoración que reivindica la naturaleza teórica del pensamiento historiográfico. Hacer historia es, a la luz de esa premisa, pensar teóricamente, pero el genuino objeto de esa reflexión no es otra cosa que la práctica. Croce argumenta que el valor de la historia estriba en la comprensión e inteligencia que hacen posible la acción racional. En consecuencia, la buena historia siempre emerge a raíz de problemas prácticos.[17] A la luz de

[15] *Ibid.*, p. 54.

[16] *Ibid.*, p. 32.

[17] R. Peters, *op. cit.*, p. 303. El autor refiere la critica de Croce a Ranke

esta crítica, la historiografía rankeana fracasa por partida doble, pues sólo el pensamiento que se define a sí mismo como tal es capaz de engendrar acción racional y comprensiva. El "celebradísimo 'historiador puro' y jefe de escuela", cuyo "gran mérito parece haber sido el libertar a la historiografía de la filosofía, proclamando muy alto que debe emplear sus propios medios" (la crítica metódica y la intuición), estuvo muy lejos de reconocer en su propia tarea la honda huella del pensar histórico.[18] Y Meinecke, por su parte, incurría en una falta aún más grave al concebir su obra como síntesis historicista.

La concepción croceana del historicismo, en cambio, muestra plena concordancia con sus conceptos de teoría y práctica. En esa medida, no emerge de la fidelidad hacia un modelo historiográfico, entre otros, sino que se configura mediante el razonamiento filosófico que es, al mismo tiempo, consciente de su entorno y de su propia historicidad:

> "Historicismo" (la ciencia de la historia) en la acepción científica del término, es la afirmación de que la vida y la realidad son historia y nada más que historia. Correlativa con esta afirmación es la negación de la teoría que considera la realidad dividida en super-historia e historia, en un mundo de ideas o de valores, y en un bajo mundo que los refleja, o los ha reflejado hasta aquí, de modo fugaz e imperfecto, al que será conveniente imponerlos de una vez, haciendo que a la historia imperfecta o a la historia sin más suceda una realidad racional y perfecta. Y puesto que esta segunda concepción es conocida con el nombre de "racionalismo abstracto" o "ilustración", el historicismo se desenvuelve en oposición y polémica contra la "ilustración" y se levanta por encima de ella.[19]

pero también a Burckhardt como ejemplos de historia mediocre, porque ninguno de ellos formuló preguntas relevantes para la acción de su propio tiempo.

[18] B. Croce, *op cit.*, pp. 74-75.

[19] *Ibid.*, p. 53.

El historicismo no podía ni debía concebirse como la oposición de lo irracional al racionalismo ilustrado porque constituía, como tal, la verdadera forma de la racionalidad histórica. "La misma conciencia de lo individual sobre la que tanto insiste Meinecke y la que justamente da gran relieve como carácter del historicismo" no deriva de "la visión individualizada y no-histórica del poeta, en la que el sentimiento se transforma en imagen pura". El verdadero historicismo —afirma— es racionalismo concreto, es el acto mismo de pensar la realidad particular bajo la "fuerza lógica de lo universal".[20] Para distanciarse todavía más de la postura del prusiano, Croce asegura que su definición apunta a la génesis del historicismo como un tipo de razonamiento que sólo ocurre en la mente lógica. En este sentido, historicismo es realidad concreta pero también subjetiva, es, como he venido reiterando, el resultado de la lógica del pensar histórico en virtud de su propia circunstancia y a la luz de sus propias posibilidades de acción.[21]

Ahora bien, aun si se defiende la "génesis lógica" como la definición más propia de lo historicista, el napolitano concede un cierto grado de legitimidad a la elaboración de un relato "del comienzo y crecimiento y expansión del historicismo en la época particular que de él toma nombre". Tal es, desde luego, la empresa de *El historicismo y su génesis*, obra que "presupone o toca sólo por incidente (y de la manera que se ha visto, no del todo satisfactoria) el problema de la génesis lógica, pero muestra amplitud y detalle al indagar y exponer la formación histórica de la conciencia historicista, juzgándola como lo que fue, como una profunda 'revolución'".[22] Este súbito reconocimiento a las bondades del texto de Meinecke genera alguna que otra sospecha. En un pasaje similar, también le concede haber señalado "rasgos

[20] *Ibid.*, p. 55.

[21] "La definición que hemos dado apunta a la vez a la génesis o nacimiento, digámoslo así, del historicismo, que no puede tener lugar por acción de las cosas externas, sino tan sólo en la mente lógica" (*idem.*)

[22] *Ibid.*, p. 56.

y vislumbres historicistas, algunos de carácter impuro y retrógrado" e incluso haber comprendido "otros claros y progresivos".[23] Estos fragmentos no representan una negación de los aspectos formales del historicismo, tal como lo entiende el napolitano, ni mucho menos un cambio de opinión respecto a los principios más caros a su filosofía de la historia. Tampoco son, creo yo, la expresión del aprecio que, de acuerdo con Hughes, convirtió al prusiano en "el único historiador europeo que, a la vez, pudo enfrentarse con Croce y conservar su estimación".[24] Estas y otras declaraciones esparcidas en toda la obra de Croce son testimonio de una suerte de dualismo en su forma de razonar. Desde mi punto de vista, son el reflejo de una actitud más comprensiva frente a las ideas que está obligado a combatir por razones lógicas, pero no necesariamente por razones históricas.

Esta suerte de tensión o dualismo en el estilo de Croce responde a diversas cuestiones, algunas de ellas tal vez sean sólo el resultado de su temperamento polémico. Sin embargo, una mirada más reflexiva obliga a tomar en cuenta la complejidad del pensamiento croceano en su conjunto y su controversial relación tanto con el idealismo como con la tradición del historicismo clásico. Su enorme deuda con la filosofía hegeliana contagió a algunos de sus postulados de una rigidez argumentativa no siempre favorable a sus ideas sobre el cambio y la irreductibilidad de la experiencia histórica. Si bien es cierto que el napolitano fue profundamente crítico de la filosofía hegeliana, también encontró en ella una expresión más genuina de la "verdadera revolución". Era Hegel quien había resuelto las grandes contradicciones del pensamiento ilustrado "en un racionalismo más profundo y complejo" y su obra era, por lo tanto, una expresión más afín al verdadero historicismo.[25]

[23] *Ibid.*, p. 63.
[24] H. S. Hughes, *op. cit.*, p. 171.
[25] B. Croce, *op. cit.*, p. 59.

En sus *Ensayos sobre filosofía de la historia,*[26] R. G. Collingwood, admirador del italiano y uno de los más destacados comentaristas de su filosofía, hizo una crítica que puede resultar esclarecedora. Una de sus más notables conclusiones es que las ideas del napolitano, y en general las cualidades formales de su argumentación, expresan una vigorosa dicotomía, no siempre resuelta, entre naturalismo e idealismo. La primera faceta corresponde al Croce "realista, dualista, empiricista, o naturalista, que se complace en distinciones formales y opera habitualmente con términos dualistas y trascendentes", y la segunda corresponde al Croce "idealista cuya vida entera es una lucha frente a la trascendencia y al naturalismo en todas sus formas, que se deshace de dualismos y reconcilia distinciones en una unidad concreta o inmanente".[27] La diatriba en contra de una suerte de historicismo retrógrado y la defensa de otro claro y progresivo es, a mi juicio, el reflejo del vigor formalista, expresión misma de su conceptualización del historicismo como razonamiento lógico. Es siempre en este contexto argumentativo cuando sus diferencias con Meinecke se vuelven más radicales y perentorias y sus juicios condenatorios y sarcásticos. Su profundo y reformulado idealismo, en cambio, lo obliga a preservar la idea de unidad del espíritu, el vínculo entre vida y pensamiento. A la luz de esta otra actitud, todas las ideas, aun las contradictorias, deben explicarse y comprenderse como expresiones, ellas mismas, de la actividad del espíritu. El radical dualismo que acompaña por momentos la argumentación de Croce es, de acuerdo con Collingwood, un dualismo expositivo, no una distinción de carácter ontológico.[28]

A la luz de esta perspectiva, es necesario revaluar la idea de la *logicidad* del historicismo como criterio de exclusión. El lado

[26] R. G. Collingwood, "La filosofía de Croce", en *Ensayos sobre la filosofía de la historia*. Barcelona, Barral Editores, 1970, pp. 41-62. El argumento de Collingwood se centra en la distinción croceana entre historia y crónica que, desde mi punto de vista, es análogo al de historicismo incompleto e historicismo completo.

[27] *Idem.*

[28] *Ibid.*, p. 47.

naturalista de Croce conduce a la oposición irreconciliable entre el primer historicismo y el suyo propio, cuando, en realidad, tal contradicción es producto de un movimiento dialéctico por otro lado necesario e inevitable. Más que imperfectas, erróneas o retrógradas, las ideas historicistas son actuales y vigentes o no lo son. La consideración pragmática aflora aquí con toda claridad. Para el italiano, es indudable que "somos producto del pasado" y vivimos sumergidos en él. Ante esa categórica afirmación formula algunos de sus cuestionamientos más hondos y también sus respuestas más elocuentes:

> ¿Cómo emprender entonces nueva vida, cómo crear nuestra acción sin salir del pasado, sin sobrepujarlo?, ¿y cómo sobrepujarlo si estamos dentro de él y él está con nosotros? No hay más que una salida, la del pensamiento que no corta relaciones con el pasado, sino que se levanta sobre él idealmente y lo trueca en conocimiento. Hay que hacer frente al pasado, o, sin metáfora, reducirlo a problema mental y resolverlo en una proposición de verdad, que sea la premisa ideal de nuestra nueva vida.[29]

Aquí estriba el motor de toda su lucha en contra del llamado historicismo rankeano y del proyecto reivindicador de Meinecke. Concederle a uno y otro un lugar en la historia del espíritu es algo que, a mi juicio, Croce jamás pretendió negar. No sólo su faceta idealista sino su genuino talante de historiador le obligó a considerar aquellas ideas, tan contrarias a las suyas, como realidades históricas y, en esa medida, como objetos de comprensión. Pero el napolitano vio en el pensamiento prusiano un tradicionalismo en última instancia incompatible con esa necesidad, para él profundamente historicista, de hacer frente al pasado. "Mantener vivo o restaurar el sentido verdadero del historicismo es, pues, no sólo necesario para la filosofía y la historiografía, sino también para la lejana o próxima curación de la vida moral y política

[29] B. Croce, Historia como hazaña para la libertad, p. 34.

europea".[30] Al plantearlo en esos términos, hacía evidente su caracterización de la filosofía como un agente activo, postura que desdeña por no decir que desprecia cualquier connotación de la comprensión histórica como acto de contemplación. La imparcialidad rankeana, analizada por ambos autores como expresión de su visión realista, y no sólo como criterio metodológico, tiene mucho que ver con lo que ahora se discute. Se recordará que dicha idea articula, de manera simultánea, la fe religiosa de Ranke en los misterios de la divinidad y, por otro lado, su respeto a lo individual. En *Pueblos y Estados en la historia moderna,* el historiador de Thuringia deja clara su postura: "Toda época tiene un valor propio, sustantivo, un valor que debe buscarse, no en lo que de ella brote, sino en su propia existencia, en su propio ser".[31] La afirmación explica, aun cuando no justifica a la luz de las dos propuestas comparadas, la llamada neutralidad del historiador; su capacidad para sustraerse y contemplar el escenario de fuerzas en disputa que supone el devenir humano. El único nexo que la postura rankeana vislumbró entre épocas y pueblos distintos fue su relación con Dios, presuposición que el napolitano no estaba dispuesto a admitir en ningún sentido.

Su objeción, empero, no fue tanto de orden religioso sino de naturaleza filosófica y en última instancia ideológica. Para Croce, el reconocimiento de la verdad histórica, entendida como nexo que unifica las más variadas expresiones de la vida humana, es el resultado de la actividad reflexiva aplicada a problemas concretos. Ni contemplación estética (Meinecke) ni mucho menos religiosa (Ranke). El historicismo es voluntad cognitiva y "creación de la acción propia, del propio pensamiento, de la propia poesía, a partir de la conciencia presente de lo pasado".[32] Ése era, en la perspectiva del napolitano, el único camino para convertir el juicio histórico en el arma que "liberta al espíritu de la

[30] *Ibid*., p. 72.

[31] Leopold von Ranke, *Pueblos y Estados en la historia moderna*. México, FCE, 1948, p. 59.

[32] B. Croce, *op. cit*., p. 285.

opresión del pasado".[33] La alianza franca e irrecusable entre teoría y *praxis* no sólo lo distanció del realismo rankeano, sino también del enfoque tradicionalista que reviste todo el proyecto historicista en la obra de Meinecke.

La alianza entre filosofía e historia

La unión entre filosofía e historia es, como bien anota Collingwood,[34] la empresa vital que conduce toda la obra de Croce. Buena parte de sus esfuerzos se concentraron en la creación de conceptos y categorías adecuados para describir la codependencia entre estas dos formas de razonamiento. A partir de su lectura atenta y crítica, el autor inglés ofrece la siguiente caracterización:

> El historiador debe estudiar la filosofía de su periodo si ha de comprender las fuerzas que moldean en última instancia su destino; si no sigue de cerca los pensamientos de las personas cuyas acciones estudia, nunca se puede penetrar en la vida de su periodo y como máximo sólo puede observarlo desde fuera como una secuencia de hechos sin explicar, o hechos a explicar sólo por causas físicas. Y a su vez el filósofo debe estudiar la historia. ¿Cómo va a comprender de otra forma por qué ciertos problemas de ciertas épocas forzaban a una solución en la mente del filósofo? ¿Cómo, si no, ha de comprender el temperamento personal del filósofo, su visión de la vida, el simbolismo y lenguaje mismos con los que se expresa?[35]

Como se puede observar, la equiparación entre ambas labores sugiere, en primer lugar, la naturaleza racional y comprensiva de todo proyecto historiográfico, pero también supone entender

[33] *Ibid*., p. 38.
[34] R. G. Collingwood, "La filosofía de Croce", en *op. cit*., p. 41.
[35] *Ibid*., p. 41-42.

el devenir y sus cambios como el objeto último de esa reflexión. *Historia como hazaña para la libertad* no sólo cuestiona la reivindicación de la historia como relato anecdótico o mera labor heurística, sino también la conceptualización de la filosofía como especulación pura. El vínculo constituye, en realidad, una "relación de identidad". Cuando la historiografía enarbola el carácter que le es propio se descubre su identidad como "obra del pensamiento y no del sentimiento y de la fantasía". Eso elimina, a su vez, "el concepto de una filosofía fuera de la historiografía o por encima de ella".[36]

Una de las sentencias más controvertidas de la obra es que la filosofía no es otra cosa que "metodología del pensamiento histórico". Se trata, es cierto, de una radicalización del argumento acaso destinada a despertar el "disgusto de los llamados filósofos puros". Pero más allá de eso, la premisa deja entre ver una idea importante: que sólo mediante la reflexión filosófica se "presta fuerza al juicio, al pensamiento y a la narración histórica efectivos".[37] Esto quiere decir que no puede plantearse una relación de jerarquía entre ambas labores pues la naturaleza de su relación es la reciprocidad. "Cualquier problema filosófico se resuelve únicamente cuando se plantea y trata con referencia a los hechos que lo suscitaron y que es necesario entender para entenderlo".[38] De igual modo, el conocimiento de lo concreto, que para Croce no es otra cosa que conocimiento histórico, involucra el acto supremo del pensar: "Conocer (juzgar) un hecho equivale a pensarlo en su esencia y, por lo tanto, en su nacimiento y desarrollo entre condiciones que a su vez varían y se desarrollan".[39] A la luz de esta perspectiva, la historiografía, que es en sí pensar teorético, es el proyecto que debe juzgarse preeminente para la acción.

Como he venido señalando, uno de los componentes más novedosos de esta obra es la inclusión del concepto de *praxis* para

[36] B. Croce, *op. cit.*, pp. 135-136.
[37] *Ibid.*, p. 128.
[38] *Ibid.*, p. 136.
[39] *Ibid.*, p. 139.

denominar la actividad resultante de "un acto de conocimiento".[40] Sin embargo, la concordancia entre acción y pensamiento no supone una síntesis análoga a la que existe entre historia y filosofía. La historiografía que se articula con arreglo a la filosofía es del orden del pensamiento y sólo así podemos afirmar que "liberta de la vida tal como se vive".[41] Si bien es cierto que el historiador no puede sustraerse a la vida, negar su pasado o constituirse más allá de él, sí tiene la posibilidad de elevarse por encima de su propia circunstancia haciendo de ella un objeto de conocimiento. En esa operación se revela el carácter racional y al mismo tiempo libertario que reviste toda forma de historiografía genuinamente historicista. Su gran logro es discernir, en medio de la experiencia práctica, la naturaleza teorética que le es propia:

> […] dado que en la conciencia historiográfica el espíritu se hace transparente para sí mismo como pensamiento, el valor que rige la historiografía es el valor del pensamiento. Pero justamente por tal razón, no puede ser principio determinante de ésta el valor que se llama de sentimiento, que es vida y no pensamiento, y cuando esta vida se expresa y representa no domada aún por el pensamiento, es poesía y no historia.[42]

La *praxis*, considerada en su sentido más amplio, involucra acciones de toda índole (poéticas, emotivas, políticas, económicas, etcétera) que desde luego son parte insoslayable de la realidad humana. Sin embargo, la acción teorética se distingue de todas ellas aun si emerge en función de problemas prácticos. La tendencia a sistematizar y diferenciar los distintos aspectos del espíritu es un resultado de la dualidad entre naturalismo e idealismo que, tal como se bosquejó arriba, caracteriza toda la filosofía de Croce. En *Historia como hazaña para la libertad*, por su parte, la

[40] *Ibid.*, p. 171.
[41] *Ibid.*, p. 40.
[42] *Ibid.*, p. 30.

diferenciación cobra un nuevo sentido porque gracias a ella se justifica la peculiar utilidad de la historia para la vida. Aun si resulta paradójico a simple vista, el énfasis en el carácter filosófico de la empresa historiográfica de hecho robustece su sentido pragmático pues, si bien la historia emerge a la luz de la *praxis*, no debe confundirse con ella. Si tal cosa ocurriera, no habría salida posible frente a las paradojas e injusticias de su propio tiempo. Al concebir la filosofía como el núcleo metodológico del genuino pensamiento histórico se reivindica su verdadera naturaleza, se rechaza "la creencia falaz de que la historiografía es o debe ser copia o imitación de la realidad" y se reconoce, al mismo tiempo, que "la verdadera y única fuente del conocer" está en "la contestación de las demandas, en la resolución de los problemas teóricos inusitados e imitados de continuo por la realidad de la vida".[43] La historiografía no es, en resumen, igual a la *praxis*, pero sí constituye la condición de posibilidad para nuevas y más racionales formas de acción.

A la luz de lo dicho hasta aquí, cobra pleno sentido la conceptualización del historicismo como categoría del pensar histórico, como criterio de asimilación y racionalización. La relación de este principio con la historiografía es variable pues se transforma con la vida misma. El historicismo se halla presente, tal como se mencionó antes, en mayor o menor medida en los espíritus de cada edad sin que eso anule su naturaleza esencialmente teorética. La vitalidad de las formas historiográficas no puede negarse, pero sí valorarse su utilidad como formas logradas de conocimiento que engendran nuevas formas de acción. Al adoptar esta postura, la crítica croceana reviste un nuevo carácter. El proyecto rankeano luce como *praxis* misma o, tal como se mencionó antes, como historiografía sin problema histórico. El cuestionamiento sigue siendo demoledor pero aun así resulta positivo en algún sentido. "No llegaremos a entender —afirma el napolitano— la historia de los hombres y de otros tiempos mientras no comprendamos los requerimientos que aquella

[43] *Ibid.*, p. 122.

historia satisfizo". En atención a esta demanda, le concedió un espacio singular a la tradición que el propio Meinecke buscó reivindicar. El propósito era, podemos concluir, explicar lo que ocurre cuando "el sentido histórico de un libro carece de vida para nosotros y se convierte en mera forma literaria" o en llana erudición.[44] Tal era el caso, sin lugar a dudas, de la tan celebrada obra del historiador de Thuringia. Al *Historicismo y su génesis*, en cambio, le concedió mayor dignidad. Y en efecto, en la obra del prusiano se adivinan pulsiones afines al pensamiento de Croce: la conceptualización del historicismo como método y como visión del mundo; la defensa de la experiencia vital y concreta como objeto de estudio de la historia; el cruce entre filosofía e historiografía y, sobre todo, la confianza en que "el historicismo restañará las heridas que ha infligido el relativismo de los valores" en el pensamiento europeo.[45] Pero la forma en que ambos autores enfrentaron los grandes conflictos ideológicos y los desafíos filosóficos de su época involucró caminos de orden bien distinto. Meinecke buscó en las huellas de su propia tradición la clave de su ulterior renovación, Croce, en cambio, entendió que la capacidad para transformar el historicismo en vida auténtica, en genuina fuerza moral, era una creación de su propio tiempo. Como veremos a continuación, O'Gorman desarrolla su propia idea del historicismo en estrecha conexión con los temas y preocupaciones que inquietaron a sus homólogos europeos. Al igual que ellos, sintió la necesidad de vincular el problema

[44] *Ibid.*, p. 10.

[45] Lo afirma Croce en una nota a pie de página que, pese a su lugar marginal, no deja de resultar significativa: "La confianza expresada por Meinecke de que el historicismo restañará 'las heridas que ha infligido el relativismo de los valores, suponiendo que encuentre hombres que transforme este *ismo* en vida auténtica', toca en la verdad, pero yerra al suponer que el historicismo ha dañado, de un modo o de otro, la solidez de los valores, al sacarlos del cielo de lo abstracto, implantándolos firmemente en la realidad de la historia y asegurando así su inagotable vitalidad. Si no se saca fuerza moral de la historia, la culpa (como dice bien Meinecke) es tan sólo de los que no la saben 'transformar en vida auténtica'" (*ibid.*, p. 73, n. 10).

de la historia con la filosofía y también vio en Ranke una figura necesaria para explicar las grandes transformaciones del pensamiento histórico de su tiempo. Pero tal vez el rasgo más significativo de la postura del mexicano haya sido su rechazo a todas las formas historiográficas tradicionales como manifestaciones de la empresa historicista. En su perspectiva, el desafío de convertir la historia en ciencia genuina sólo podía ser afrontado desde la trinchera del historicismo contemporáneo, lo cual involucraba una ruptura acaso más radical y, en general, la reformulación misma del concepto de historia.

Historicismo y existencialismo

En las primeras líneas de *Historicismo y existencialismo*, Eduardo Nicol plantea algunas cuestiones significativas para entender la buena recepción de estas dos corrientes filosóficas en los "mundos de habla española" a mediados del siglo XX. De acuerdo con el autor, su popularidad no sólo obedece a la admiración que despertaron, sino más bien al reconocimiento de su temperamento más propiamente histórico. "La actualidad de una filosofía —afirma— es una cualidad positiva que depende de su oportunidad histórica, o sea del suave enlace que establezca con las filosofías anteriores, de su presteza en plantear y resolver los problemas que éstas dejaron pendientes, de la agudeza y comprensión que muestre en señalar y abarcar los caracteres principales de la vida de su tiempo". Bajo esta perspectiva, tanto el historicismo como el existencialismo tuvieron el tino de "representar, indirecta pero eminentemente, ese tiempo suyo con su propia creación de pensamiento".[1] En su capacidad para asimilar el quehacer teorético como tarea de vida radica, en suma, su virtud como filosofías de plena actualidad.

El texto de Nicol vio la luz en 1950, doce años después de la publicación de la primera versión castellana de *La storia come pensiero e come azione*, y apenas tres después de la emergencia de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, de Edmundo O'Gorman. Incluso si el pensamiento de Croce no ocupa un lugar sustancial en la obra del filósofo español (ya para entonces exiliado en México), resulta clara su afinidad con la concepción pragmático filosófica del italiano. La vertiente hispana del historicismo,

[1] Eduardo Nicol *Historicismo y existencialismo*. México, FCE, 1981, pp. 11-12.

articulada en torno a la figura de José Ortega y Gasset, había llegado por sus propios medios a una conceptualización de la filosofía como actividad histórica y vital. Sus planteamientos también emergieron en el contexto de la crisis de valores europeos y el ascenso de los autoritarismos, pero su impronta fue tal vez la más significativa en el ámbito intelectual latinoamericano. El caso mexicano, sin ser desde luego el único, involucra una franca adopción del segundo historicismo (a veces denominado relativismo o perspectivismo histórico) y las aportaciones de la filosofía alemana, asimilados en México a través del pensamiento orteguiano.[2] Otras expresiones afines también tuvieron una recepción interesante gracias a la amplia difusión que tuvieron en nuestro medio las traducciones de *Historia como hazaña para la libertad,* de Benedetto Croce, e *Idea de la historia*, de R. G. Collingwood.[3]

La propagación de estas y otras muchas obras de naturaleza similar debe entenderse, además, en el contexto de la profesionalización historiográfica mexicana. Si bien tanto el ejercicio historiográfico como el filosófico se habían desarrollado antes de la década de los años cuarenta, es hacia la segunda mitad del siglo XX cuando se reorganizan alrededor de la práctica académica. El apunte tiene relevancia no sólo por motivos contextuales sino porque, tal como vimos en los capítulos anteriores, la discusión sobre la naturaleza del historicismo supuso otra relacionada con el carácter científico de la historiografía, y es justamente en el ámbito de esta coincidencia donde la figura de Ranke desempeña un papel destacado. La buena acogida del historicismo en

[2] Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*. México, SEP, 1974, p. 18.

[3] *Historia como hazaña para la libertad* ha tenido dos ediciones mexicanas a cargo del Fondo de Cultura Económica, la segunda de ellas tuvo tirajes notables y varias reimpresiones. Fenómeno similar ocurrió con *Idea de la historia*, publicada por primera vez en castellano en 1952 por el Fondo de Cultura Económica. La primera edición tuvo numerosas reimpresiones. En 2004, la misma editorial sacó a la luz una nueva versión ampliada y corregida que circula profusamente en los medios de habla hispana.

nuestro medio también suscitó cuestionamientos al cientificismo historiográfico tradicional y, más allá de eso, la revaloración filosófica de la racionalidad del pensamiento histórico. En este contexto la controversia se vio aderezada por el rechazo a las secuelas del positivismo mexicano. Hacia la tercera década del siglo, la corriente filosófica que tanto influyó en la cultura mexicana constituía más un recuerdo pertinaz que una realidad intelectual. Poco a poco —afirma Álvaro Matute— "se fue abandonando la concepción del estudio de la historia como necesario para encontrar o reconfirmar las leyes reguladoras de la evolución social. Del positivismo, que era toda una concepción del mundo, sólo quedó el método, o mejor dicho, el positivismo se redujo a su parte empírica".[4] La pugna entre el cientificismo de raigambre positivista y el espiritualismo de filiación ateneísta[5] constituye uno de los primeros síntomas de la desintegración del positivismo.[6] De acuerdo con Álvaro Matute, el pensamiento de Antonio Caso enarboló buena parte de las ideas que, más tarde, serían fundamentales en la consolidación del historicismo en México.[7] En ese sentido, la obra del Ateneo de la Juventud no sólo es expresión del declive positivista sino también precursora del historicismo mexicano. A lo largo de las primeras décadas del siglo XX se fueron consolidando al menos tres modalidades distintas de la

[4] Á. Matute, *op. cit.*, p. 12.

[5] Abelardo Villegas entiende como formas de cientificismo el positivismo comteano, el evolucionismo de Spencer, el biologismo de Haeckel y, en general, a todas aquellas doctrinas que exaltaron el "valor de la ciencia frente a otros tipos de conocimientos que podrían considerarse como inferiores o no conocimientos". A ellas se les opuso un espiritualismo que engloba "no sólo las filosofías influidas por Bergson y Boutroux sino también un cierto renacimiento cristiano amalgamado con una dosis de platonismo, de kantismo y hasta de plotinismo", cuya característica principal fue justamente la de "sostener la existencia de un tipo de conocimiento superior al conocimiento científico" (Abelardo Villegas, *El pensamiento mexicano en el siglo XX*. México, FCE, 1993, p. 11).

[6] Á. Matute, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*. México, FCE/UNAM, 1999. Véase la introducción.

[7] *Ibid.*, pp. 34-35.

teoría de la historia en nuestro ámbito: el marxismo; la corriente idealista-espiritualista (representada fundamentalmente por el movimiento ateneísta) y el historicismo. Hacia 1940 las tres vertientes se incorporaron al proceso de profesionalización de las disciplinas humanas, formalizado a través de la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM ese mismo año.[8] A ella se sumaron también los exiliados españoles y otros intelectuales cuyo camino por el conocimiento tenía ya su historia y que llegaron a dicha institución a cumplir, oficialmente, la función de académicos.[9]

La creación de este tipo de espacios promovió de manera significativa la producción y la difusión del conocimiento. Los intelectuales mexicanos se desempeñaron no sólo como docentes e investigadores sino también como traductores de algunas de las obras más importantes del pensamiento europeo. Eso transformó los vínculos del pensamiento mexicano con las corrientes filosóficas e historiográficas del viejo continente y también renovó las discusiones en torno a la naturaleza y los usos del conocimiento humanístico. La crítica a los autores clásicos, especialmente filósofos e historiadores alemanes, fue tan decisiva para la conformación del historicismo mexicano como la reivindicación de la herencia ateneísta. *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* es una elocuente expresión de todos estos fenómenos. De acuerdo con Álvaro Matute, se trata de "uno de los libros más

[8] Álvaro Matute señala "el año de 1940 como un parteaguas de la historiografía contemporánea en México. La coincidencia con la fundación de El Colegio de México no es gratuita, como tampoco lo es la presencia de los maestros del exilio español en facultades y escuelas universitarias, así como en centros hospitalarios". El año de 1940 —afirma más adelante— "representa consolidación y cambio de rumbo en la política nacional. El Estado invirtió más en presupuesto en la investigación y en la educación superior, de manera que ya era posible tomar en cuenta la posibilidad de que se desarrollaran vocaciones académicas". A. Matute, "La Filosofía en México en el siglo XX", en Miguel Carbonell *et al.*, *México en el siglo XX*. México, AGN, 1999, pp. 415-440 y 423-424.

[9] *Ibid.*, pp. 14-18.

originales hechos en México" pero también del producto de una asimilación crítica y vanguardista de la obra de Heidegger y Ortega; del perspectivismo de Nietzsche y del historicismo de Dilthey. *Grosso modo*, la obra "se divide en dos partes: una negativa o crítica y otra positiva o propositiva". En la primera, la figura de Ranke funciona como un estereotipo historiográfico que el mexicano se empeñó en derribar. Como bien se ha señalado, "no se trata de una hermenéutica de la obra rankeana", no fue la comprensión mesurada sino la crítica de talante vanguardista el propósito que la animaba. De hecho, el argumento sigue de cerca la visión también negativa de Ortega y Gasset sobre el historiador alemán, "sin haber reparado en la reivindicación historicista que hizo Friedrich Meinecke".[10] Comparada con la de Croce, la crítica de O'Gorman luce aún más drástica. Esto se explica, en primer lugar, porque "la tradición historiográfica emanada del positivismo había hecho de Ranke el campeón de la cientificidad".[11] Y en efecto, al menos entre las élites intelectuales americanas, la imagen del historiador de Thuringia estaba más estrechamente asociada con el cientificismo positivista que con la tradición romántico-idealista a la que de hecho perteneció. Bajo la mirada del autor mexicano, el pensamiento rankeano era una forma de "naturalismo historiográfico", no una expresión del primer historicismo. ¿Cómo se dio, en nuestro contexto, semejante transformación? Dedicaré algunas páginas a esta reflexión, antes de continuar con el tema que meocupa.

Menciones a la obra de Ranke en México

Tomando en cuenta el panorama intelectual antes descrito es que hemos de evaluar la recepción de la obra de Ranke y su eventual significación. Uso la palabra recepción con ciertas reticencias que se

[10] Á. Matute, *Edmundo O'Gorman. Historiología: teoría y práctica*. México, UNAM, p. XVII.

[11] *Ibid*., p. XVIII.

explicarán en lo sucesivo, aunque por el momento resulta útil para diferenciar entre las referencias que son anteriores a la traducción de sus textos al español, y el análisis directo que posteriormente se hizo de ellos. Las primeras constituyen menciones sueltas que si bien indican que la obra del prusiano era del conocimiento de algunos historiadores mexicanos, no representan un esfuerzo sistemático por asimilar su historiografía ni por interpretarla a profundidad.[12] Es hasta el *boom* editorial de los años cuarenta del siglo XX cuando podemos decir que el autor alemán comienza a recibir mayor atención en nuestro medio. El arduo y eficaz trabajo de traducción realizado a lo largo de este periodo se encuentra íntimamente asociado al fenómeno de profesionalización de las humanidades del que he hablado antes. Una revisión somera de sus productos evidencia los intereses tanto del marxismo como del historicismo de la época, al mismo tiempo que revela la necesidad más general por actualizar el conocimiento de los clásicos europeos, tanto en historiografía como en filosofía. En este contexto, la traducción de las obras de Ranke no constituye un fenómeno aislado ni especialmente significativo (aun cuando sí lo fueron algunas de sus consecuencias), sino que se muestra como el resultado de un proyecto editorial con firmes bases institucionales que permitió el acceso a los lectores de habla hispana de toda América Latina al pensamiento de autores como J. Burckhardt, G. Droysen, T. Mommsen, W. Dilthey, K. Marx y G. W. F. Hegel, entre muchos otros.

Una revisión apenas superficial de las ediciones castellanas vinculadas con la obra rankeana muestra el siguiente orden

[12] Las menciones sobre Ranke que son anteriores a las traducciones de su obra y a los análisis elaborados por autores como O´Gorman o J. A. Ortega y Medina, son retomadas por Guillermo Zermeño en su libro *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México, El Colegio de México, 2002, pp. 159 y 167. Las más significativas aparecieron en "El concepto científico de la historia" (1910) de Ricardo García Granados y en la conferencia de Pedro Maldonado Olea "La historia, maestra de la humanidad", impartida en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en junio de 1912.

cronológico. En 1942 apareció la edición del Fondo de Cultura Económica de *Historia e historiadores en el siglo XIX*, un manual de historiografía europea elaborado por el historiador británico G. P. Gooch que, a partir de ese año, comenzó a circular de manera importante. La versión española corrió a cargo de Ramón Iglesia, otro historicista sobresaliente que compartió con sus correligionarios la lucha contra el cientificismo historiográfico. Es probable que, a raíz de la aparición de esta obra, haya surgido el interés por el clásico de Thuringia pues tan sólo un año después vio la luz el primer texto de Ranke en lengua española: *Historia de los papas en la época moderna*. La casa editorial fue nuevamente el Fondo de Cultura y, en este caso, la traducción fue elaborada por otro exiliado español muy afín al historicismo, Eugenio Ímaz, quien también se había encargado de las versiones españolas de las obras de W. Dilthey, E. Troeltsch y E. Cassirer.

En 1946 apareció la versión parcial de un libro mucho menos conocido de Ranke: *Los otomanos y la monarquía española en los siglos XVI y XVII*. El fragmento, traducido por el prestigiado jurista y también exiliado español Manuel Pedroso, se publicó con el título de *La monarquía española de los siglos XVI y XVII*. Un año más tarde apareció en español el prólogo de *Historia de los pueblos latinos y germánicos*.[13] Este fragmento —que sin duda constituye una de las piezas más emblemáticas y citadas de la historiografía rankeana— fue incluido en una miscelánea de textos elaborada por Wenceslao Roces, que se publicó con el título de *Pueblos y estados en la historia moderna*. Roces fue, al parecer, el traductor más interesado en el historiador alemán y el único en dedicarle un prólogo en la compilación titulada *Grandes figuras de la historia. Una antología*, que apareció bajo primero bajo el sello de la editorial Gandesa (1954) y cuatro años después bajo el de Grijalbo (1958).

Los pocos referentes teóricos y filosóficos del pensamiento de Ranke fueron recogidos en una compilación de fragmentos de diversos autores y obras elaborada por el historiador alemán

[13] Conocida también bajo el título *Historia de los pueblos romanos y teutónicos*.

Fritz Wagner en 1951. Siete años después Juan Brom realizó la traducción de Wagner que la UNAM publicó con el título *La ciencia de la historia*. El pensamiento teórico de Ranke, del cual son buena muestra estos fragmentos, recibió un tratamiento más extenso y detallado algunas décadas después por parte de Juan Ortega y Medina. En *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (1980) se recogen algunos textos ya publicados en las compilaciones de Roces a los cuales se suman otros. La introducción de Ortega y Medina fue sin duda un trabajo pionero, pues constituye el primer análisis que toma en cuenta la diversidad y complejidad de la obra rankeana, y también el primero en México que trata de vincularlo con su propia tradición. Pese a todo, es importante reconocer la deuda del estudio de Ortega y Medina con el trabajo previo de O'Gorman, que he de analizar aquí. La visión de Ortega se mantuvo fiel a la interpretación de su maestro y si bien gana en análisis y erudición no supera a la de su antecesor en profundidad teórica y reflexiva.[14]

Finalmente, y por lo que se refiere a trabajos más recientes en nuestro ámbito, hay que destacar el de Guillermo Zermeño,[15] probablemente el único análisis ambicioso sobre la recepción del modelo rankeano en México. En *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica* el autor se pregunta por la conformación teórica y metodológica del pensamiento histórico mexicano, en general, y por la influencia de la escuela alemana en la consolidación de la "historiografía moderna", en particular. El objetivo principal es responder dos preguntas

[14] La única referencia que he encontrado hacia la obra de Ranke, fuera de los textos mencionados, corresponde a una reseña de *Historia de los papas*, elaborada por Juan David García Bacca para *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, núm. 31, julio-septiembre, 1948, pp. 144-146. Es un texto corto, más bien descriptivo que dada su naturaleza informativa no intenta profundizar en el tema.

[15] Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México, El Colegio de México, 2002. Del mismo autor es el artículo "Sobre las huellas de Ranke", en *Historia y Grafía*, núm. 15. México, Universidad Iberoamericana, 2000, pp. 11-48.

generales: "¿Qué condiciones permitieron la aparición y desarrollo de esta clase particular de conocimiento sobre el pasado?" y "¿qué posibilidades pueden delinearse para el futuro?".[16] La exposición de estas cuestiones se articula, en una primera parte, en torno al "modelo rankeano", que Zermeño considera fundamental en la consolidación de la llamada "historiografía científica moderna" en el siglo XIX.[17]

Lo anterior es ya un indicador bastante claro de la distancia que existe entre el trabajo de Zermeño y los que aquí se han mencionado. En este sentido, es preciso decir que el autor cuenta con un cúmulo de información muy superior a la que en su momento tuvieron O'Gorman y Ortega y Medina, en relación con la historiografía alemana del siglo XIX. Los estudios de Georg Iggers, Hans-Georg Gadamer y Reinhart Koselleck, sirven de base al de Zermeño para aquilatar el alcance de la historiografía alemana en el ámbito internacional. Siguiendo ese camino, el autor intenta inferir la asimilación del llamado modelo historiográfico rankeano en la obra de diversos historiadores mexicanos del siglo XIX, ponderando un seguimiento de dicho modelo en el siglo XX. Para establecer tal línea de continuidad, se propone "rastrear durante la segunda mitad del siglo XIX el origen 'no institucional' de la profesionalización de la historia y sus vínculos con la impronta de Ranke considerado como el prototipo de una nueva manera de pensar y hacer historia".[18]

Al no encontrar referencias explícitas en la historiografía mexicana, Zermeño se limita a señalar sus similitudes con el "programa científico de Ranke". De acuerdo con el autor, dicho programa involucra dos principios básicos. El primero de ellos es la sanción establecida por la "escuela prusiana"[19] a no

[16] G. Zermeño, *La cultura moderna de la historia...*, p. 12.

[17] *Ibid.*, p. 15.

[18] *Ibid.*, p. 147.

[19] Hay una confusión en el tratamiento dado a la escuela prusiana que, de acuerdo con la historiografía especializada (G. G. Iggers, entre otros), se inaugura con Gustav Droysen. De hecho hay diferencias importantes entre la historiografía que proponían sus representantes y la que desem-

moralizar los contenidos históricos, quitando el elemento pedagógico de la "historiografía tradicional para dar lugar a una nueva clase de apropiación del pasado que sirva de soporte a la construcción de una nueva comunidad nacional". El segundo, por su parte, se define como el "intento de organizar una escritura que sea capaz de mostrar los hechos tal como sucedieron de manera imparcial y objetiva", lo cual se relaciona directamente con la preeminencia que da la historiografía rankeana a las fuentes primarias.[20]

El autor rastrea la presencia de estos dos principios a lo largo del siglo XIX y durante el proceso de profesionalización de la historia en México, que localiza entre 1910 y 1940.[21] Zermeño afirma que, a lo largo de estos años, se vio confirmada la naturaleza y también el impacto del modelo rankeano en la forma en que es recibido por traductores y críticos. A pesar de no existir "una relación directa entre la obra de traducción y la lectura en español de la obra de Ranke y la forma como se fue instituyendo la disciplina de la historia en México", afirma que su legado "se ha hecho presente en la forma como se fueron estableciendo las nuevas formas de la investigación y de la escritura sobre el pasado". En virtud de lo anterior, concluye que "los lectores de Ranke de la década de los cuarenta podían reconocer en su obra la confirmación de lo que ya sabían en cuanto a los ideales del historiador profesional que se venían perfilando desde

peñó el círculo rankeano. Los miembros de dicha escuela, entre los que se cuentan Sybel, Droysen y Treitschke emprendieron una renovación de la historiografía con fines políticos. Al mantener este aspecto como un objetivo explícito, distaban mucho de la historiografía de corte rankeano. Otros representantes de la escuela prusiana, como Häusser y Dahlman, fueron muy críticos del historiador de Thuringia. También de Sybel recibió Ranke críticas importantes, a pesar de haber sido el primero uno de sus más brillantes alumnos, sin embargo, se distanció del maestro hacia la década de los cuarenta del siglo XIX (véase George Peabody Gooch, *Historia e historiadores del siglo XIX*. México, FCE, 1942, pp. 137-163).

[20] G. Zermeño, *op. cit*., p. 152.

[21] *Ibid*., pp. 146 y 166.

la segunda mitad del siglo XIX".[22] De acuerdo con esta perspectiva, hacia la primera mitad del siglo XX se pueden confirmar las normas historiográficas alemanas en el ámbito profesional y, en particular, en la obra docente e historiográfica de personajes como José Bravo Ugarte, Daniel Cosío Villegas o Silvio Zavala, entre otros. A la luz de estos argumentos, se afirma la existencia de la recepción modelo rankeano en México pese a las críticas de O'Gorman y Luis González y González, que el autor reseña de manera sucinta.

Desde mi punto de vista, la perspectiva de Zermeño es comprensible aunque también cuestionable. Su interpretación perpetúa la idea ampliamente difundida de que el modelo rankeano constituye un criterio genérico de imparcialidad y objetividad metodológica que, a mi juicio, es más bien un lugar común de la práctica historiográfica de la segunda mitad del siglo XIX. En cualquier caso, es inobjetable que esos principios fueron enarbolados por el historiador de Thuringia y que, en esa medida, lo vincularon con perspectivas filosóficas y metodológicas que en la práctica rechazó. La supuesta filiación *positivista* de la historiografía rankeana (si es que hemos de admitir el término) es en realidad un atributo común a todas las formas de realismo historiográfico del siglo XIX. Ahora bien, lo que me parece más dudoso es que la asimilación de estos principios en la historiografía mexicana, constituya una suerte de recepción del pensamiento de Ranke. Los argumentos en este sentido casi siempre resultan frágiles debido a la ausencia de referencias explícitas anteriores al año de 1942. Como mencioné arriba, semejantes alusiones suelen ser vagas y escasas. En mi opinión, la historiografía mexicana no demostró un especial interés por el historiador alemán ni por su escuela e incluso cuando se hizo posible el acceso a su obra en nuestro idioma, su asimilación fue muy limitada. El único espacio en donde semejante modelo ha obtenido una mención más significativa es en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Y si bien no se trata de un ejercicio de crítica comprensiva,

[22] *Ibid.*, p. 180.

el caso es digno de mencionarse por cuanto revela acerca de los profundos cambios sufridos por el historicismo durante el siglo xx. Como señalé antes, todas las formas de historicismo han reivindicado una cierta metodología o, más aún, una visión peculiar sobre las ciencias humanas. Pero la forma en que plantearon los fundamentos de esa visión científica fue precisamente lo que cambió de forma radical en el tránsito de las primeras décadas del siglo pasado.

Historiografía *vs* historiología

La propuesta general de *Crisis y porvenir*, y de manera muy particular su cuestionamiento al modelo rankeano, dio continuidad a la reacción ateneísta en contra del positivismo y al mismo tiempo renovó la crítica al cientificismo en aras de un historicismo profundamente vanguardista. Sin embargo, la postura de O'Gorman no fue, como sí algunas formas de espiritualismo que le antecedieron, una reivindicación de lo irracional en el ser humano o en su historia, sino el producto de una nueva forma de entender lo racional. Como ocurrió en la obra de Croce, la apuesta hecha por el mexicano supuso una revaloración filosófica del proyecto científico que juzgó siempre determinado por la historicidad de lo humano. Sin embargo, las categorías a las que apeló no fueron las de acción o *praxis* sino las de vida y/o existencia. La adopción de una postura vitalista podría juzgarse inherente a diversas modalidades del historicismo pero no siempre equivale a los mismos principios. Una suerte de vitalismo se puede apreciar, por ejemplo, en la obra de Ranke y proviene, según la interpretación de Meinecke, de la herencia romántica personificada por Goethe y Herder. Sin embargo, en el contexto del historicismo alemán, la reflexión más profunda y acabada sobre la idea de vida se debe al pensamiento de Dilthey. Su propuesta filosófica abrevó de la herencia romántica y rankeana y, en esa medida, también se configuró como negación de "la concepción 'aséptica' e inte-

lectualista del sujeto cognoscente alumbrada por las teorías epistemológicas tradicionales". No obstante, Dilthey sí asumió de manera explícita las consecuencias de este rechazo al postular "una filosofía de la vida en la que se abandone la idea de un sujeto cognoscente 'puro' y ahistórico restringido a sus facultades intelectuales". Respecto a la negación de un procedimiento estrictamente conceptual o racional para la comprensión de lo histórico, Dilthey también fue mucho más allá que Ranke. En su perspectiva, vivencia (*Erlebnis*) "es presencia, pero la presencia es un constante transcurrir y, por lo tanto, cuando se trata de aferrarla con el pensamiento, de fijarla con la atención, se destruye su esencia".[23]

Una postura semejante se puede advertir en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, cuyo origen bien podría ser la asimilación del existencialismo de Heidegger, profundamente vinculado con el pensamiento de Dilthey. Sin embargo, tal vez sea en el concepto de razón vital ideado por Ortega y Gasset donde se encuentran las raíces más significativas del vitalismo de O'Gorman. De acuerdo con Ferrater Mora, el raciovitalismo orteguiano jamás negó el uso de la razón en la aprehensión de la realidad. A la luz de esta perspectiva, "el único 'vitalismo filosófico' digno de ser considerado por el filósofo tiene pretensiones más modestas", "sigue insistiendo en la vida, pero cuida de no echar a perder, en aras de un irracionalismo precipitado, las definitivas conquistas hechas posibles por medio de la razón".[24] Ortega no compartió la desconfianza que mostraron Simmel, Spengler, Bergson y el mismo Dilthey en las virtudes de la razón. En este sentido, su vitalismo fue mucho más cercano al pragmatismo de Croce y constituye una expresión más acorde con las preocupaciones de O'Gorman. Como veremos en adelante, el aspecto más radical de su crítica se sostiene en la reivindicación del vínculo

[23] Concha Roldán, *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*. Madrid, Akal, 1997, pp. 128-129.

[24] Véase José Ferrater Mora, "Raciovitalismo", en *Ortega y Gasset. Etapas de una filosofía*. Barcelona, Seix Barral, pp. 73-121.

entre vida y razón histórica, que juzgó trastocado por el modelo rankeano. Me refiero aquí al modelo y no a la historiografía del historiador de Thuringia porque el mexicano por lo regular no se refiere a la obra, sino casi exclusivamente a la función paradigmática del legado rankeano en la historiografía moderna.

Tomando en cuenta lo anterior, se pueden identificar dos líneas fundamentales de la crítica hecha en *Crisis y porvenir* en contra del llamado naturalismo historiográfico: la fundamentación del conocimiento histórico en la realidad vital y, en consecuencia, el reconocimiento de la historicidad de todo fenómeno humano. En el contexto de estas preocupaciones, Ranke se convierte en el representante de todos los excesos, errores y malinterpretaciones del cientificismo historiográfico. Lejos quedan de la perspectiva ogormaniana, el valor de lo individual en el pensamiento rankeano, sus nociones sobre el cambio y su concepción organicista de las realidades históricas. Esa compleja, aunque por momentos también ambigua visión histórica, se reduce a un repertorio acotado de principios metodológicos, cuestionados por sus implicaciones epistémicas pero sobre todo por su carácter emblemático. Es la concepción misma de una historiografía modélica lo que se critica con mayor vigor pues su propia existencia se juzga incompatible con una historia que es, ante todo, filosofía para la vida.

La construcción de esta imagen de Ranke, paradigmática en términos negativos, obedece a un mecanismo común en la argumentación ogormaniana, tendiente a agrupar elementos dispersos en la tradición historiográfica en una sola figura, colectiva o individual, bajo el nombre de historiografía naturalista o historiografía científica moderna; epítetos que simbolizan, más que la obra, la influencia rankeana. Este rasgo formal es paralelo, y yo diría que incluso correlativo, a la esquematización que hace Heidegger de la filosofía tradicional, entendida como el objeto en torno al cual se articula toda su crítica. Tal como ocurre en *Ser y tiempo*, la pregunta que inaugura el proyecto de *Crisis y porvenir* es de carácter ontológico-existencial, en este caso vinculada a una entidad histórica concreta: el ser de América. En este sentido, algunos de los planteamientos nodales de la filosofía de Heidegger,

la estructura de la temporalidad como devenir continuo; la determinación absoluta de la muerte; el existir en el presente y la imposición del pasado sobre esa condición presente, también son comunes al pensamiento de O'Gorman. Estos principios circunscriben la tarea de *Crisis y porvenir* al ámbito que le es propio y su sola mención nos recuerda que, en este caso al menos, no nos encontramos frente a una historia de las ideas sino ante la justificación filosófica de todo su proyecto historiográfico al que el autor dedicó el resto de sus trabajos. Si bien es cierto que toda la producción ogormaniana es testimonio de su reflexión filosófica, también es el reflejo de una fina labor de crítica hermenéutica y heurística que no encontramos igualmente realizada en la más importante de sus obras filosóficas. Pese a ello, es en *Crisis y porvenir* donde se articulan con absoluta claridad y coherencia los principios de orden filosófico que dieron sentido a toda su trayectoria intelectual. A la luz de estas consideraciones, su crítica al naturalismo historiográfico en general, y al modelo rankeano en lo particular, no debe concebirse como un ejercicio de crítica historiográfica en estricto sentido, sino como la fundamentación filosófica de una original variante del nuevo historicismo.

Ahora bien, al destacar la identidad teórica de este texto no pretendo negar sus profundas motivaciones históricas y vitales. Mi intención es confirmar hasta qué punto O'Gorman entendió, como lo hizo también Croce, que la filosofía es una herramienta para la resolución de problemas históricos que determinan la realidad presente. Como se apuntaló arriba, el propósito de toda la obra es "promover la discusión de la pregunta histórico-fundamental acerca de la realidad del acontecer americano, o sea la pregunta que inquiere por el ser de América".[25] El motivo que anima el proyecto es en efecto historiográfico al igual que su ulterior resolución. Pero "averiguar que sea en sí el Descubrimiento, a fin de llegar por esa vía a comprender la estructura misma del ser de América", es una tarea que —en palabras del autor— "no

[25] Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Ed. Facs. México, UNAM, 2006, p. VII.

debe acometerse sin una fundamentación filosófica previa". Curiosamente, empero, la labor que se juzga filosófica involucra una revisión de "la situación actual que guardan al respecto los estudios historiográficos para mostrar si, en efecto, nada nos dicen acerca de lo que aquí preguntamos".[26] La primera de las dos grandes secciones que componen el texto apunta a la resolución de ese objetivo, que se logra mediante una valoración de la tradición historiográfica como un objeto de intelección filosófica. En este sentido, es preciso reiterarlo, "Inautenticidad e historia" no constituye un ejercicio de análisis historiográfico convencional. Las referencias puntuales (aunque también escasas) a obras e historiadores, al igual que el tratamiento sucinto de "la historia de la historiografía" y el "análisis crítico de su método", constituyen evidencias que se exhiben a la luz de un razonamiento teórico: "revelar la manera en que se constituyó la historiografía como una ciencia y mostrar las consecuencias capitales que de ello se deducen respecto a la comprensión de la realidad histórica en sí". Para cumplir este propósito, O'Gorman plantea una nueva pregunta que, al igual que las anteriores, reviste cualidades eminentemente filosóficas: "en qué consiste el conocimiento historiográfico en cuanto tal conocimiento" para llegar así "a una determinación de sus supuestos".[27]

El segundo apartado, titulado "Autenticidad e historia", constituye "la parte positiva del ensayo que consistirá en el intento de mostrar cómo puede alcanzarse dicha comprensión, o lo que es lo mismo, decir en qué debe fundarse una auténtica ciencia de la historia".[28] Como se puede observar, esta sección también involucra un ejercicio de orden teorético acaso más evidente, pues reconoce "la deuda que todos hemos contraído con Heidegger" y fundamenta en ella sus cavilaciones en torno al "problema de una auténtica ciencia de la historia".[29] Pese al vitalismo

[26] *Ibid.*, p. x.
[27] *Ibid.*, pp. x-xi.
[28] *Ibid.*, p. xi.
[29] *Ibid.*, p. 181n.

ogormaniano, y su consecuente relativismo, el uso de la palabra ciencia para definir la labor que lleva a cabo "la comprensión de la realidad histórica en sí" no debería sorprendernos. Aun si en otros textos O'Gorman resaltó el componente estético o artístico del conocimiento histórico,[30] se puede afirmar que siempre reivindicó su función racional. Sin embargo, el uso de esos conceptos (científico o racional) no está supeditado a las nociones de objetividad, universalidad o univocidad, sino que apela a la voluntad libre de conocer. En este sentido, la ciencia que se reinvindica es profundamente humanista y pretende encontrar la verdad del conocimiento con las herramientas del sujeto concreto, consciente de sus necesidades, de sus deseos, en suma, de sus profundas determinaciones vitales. La idea que se evoca con la expresión de una auténtica ciencia de la historia supone, en este caso, una postura filosófica ante la existencia concreta, una actitud ante la vida y no sólo la adopción a una metodología específica. Justamente en este punto radica la base de su polémica, en la equiparación de ciencia con método y en las consecuencias de esa asociación. Revisemos con mayor detenimiento el argumento.

De acuerdo con la sucinta pero aun así penetrante "revisión histórica" que se ofrece en la primera sección de *Crisis y porvenir*, el impulso por convertir la historia en una labor científica surge en la época renacentista. Desde entonces "puede observarse que la historiografía pugna por constituirse en una ciencia de tipo moderno al servicio de los intereses personales y colectivos de ese hombre recién enamorado de sí mismo".[31] En ese contexto alcanza su primera expresión la realización cabal de la fórmula ciceroniana, al reconocerse en la historia un depósito de experiencias susceptible de ser utilizado. En principio,

[30] E. O'Gorman, "Teoría del deslinde y deslinde de la teoría", en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, núm. 20, 1945 y *Fantasmas en la narrativa historiográfica*. México, Universidad Iberoamericana/Centro de Estudios de Historia de México/Condumex, 1992.

[31] E. O'Gorman, *op. cit.*, p. 23.

nuestro autor no encuentra objeciones, admite que "el pasado puede ser empleado como útil al servicio de intereses prácticos" y que "esa manera de considerar el pasado constituye la relación espontánea y primaria que tenemos con la historia".[32] La necesidad de sistematizar los estudios históricos en un saber específico obedece a una necesidad vital que en este caso, se manifiesta bajo una fórmula ético-pragmática. El problema que entraña esta primera configuración del saber histórico se desenvuelve de forma gradual, a través del desarrollo de un principio metodológico que llegó a consolidarse mediante la negación de sus motivaciones originalmente prácticas. De acuerdo con esta perspectiva, la conquista del valor científico de la historiografía es el resultado de un proceso que culmina, o agota sus posibilidades, en el contexto de la escuela histórica alemana.

O'Gorman critica a aquellos que vieron en Niebuhr al precursor del método crítico, "la primera figura dominante de la historiografía moderna", y en Ranke la realización más acabada de ese proyecto:

> [Lo] que tanto entusiasma a Gooch y sus sectarios [es], a saber: que la elevación de la historia a la "dignidad de ciencia", no es sino el refinamiento técnico de la investigación que da lugar a una renovada metodología, pero que, sin embargo, como su antecesora, está toda ella animada e inspirada por los propósitos pragmáticos e interesados del historiador.[33]

La elevación de la historia al rango de ciencia no supuso, en realidad, la transmutación del saber práctico en conocimiento científico, sino tan sólo la reivindicación de un interés vital como un principio que aspiraba a convertirse en criterio inobjetable.

[32] Afirma también que es de "esa relación de donde brota todo conocimiento especulativo de la historia", aun si aquélla no constituye todavía una genuina forma de conocimiento vital (*ibid*., p. 131).

[33] *Ibid*., p. 41.

> El siglo XIX es de gran sutileza; es también de refinada hipocresía no exenta de profundo sentido. En esa época, a la que estamos todavía tan amarrados, lo civilizado era amar sin medida, sin discriminación. Se ama a todo, a los pueblos en particular y a la humanidad en general; al progreso y a las cantantes, a la patria y a las máquinas, se aman las ciencias y a sus aplicaciones; pero sobre todo, ante todo y por todo, se ama hasta la locura a la Verdad; pero a la Verdad pura, a la verdad desinteresada, virgen e inútil.[34]

Esta peculiar noción sobre lo verdadero se corresponde con una idea de ciencia que la mordaz retórica de O'Gorman califica "digna, bella, pulcra, constante, humilde, inasequible, virtuosa" y, ante todo, "desinteresada". Para merecer tanto el amor como la devoción de los hombres, la ciencia pura, como la mujer pura, tenía que ser absolutamente virgen e inútil.[35] Lo que el autor convierte aquí en cruel sátira es en parte el espíritu romántico que tiñó el primer historicismo pero también la cándida y generalizada confianza que mostró casi todo el pensamiento historiográfico del siglo XIX en las bondades de sus creaciones científicas. A la luz de este argumento, la veneración que todavía en pleno siglo XX se rendía a la metodología historiográfica alemana se juzga un culto a lo instrumental, que soslaya el "eficaz servicio" que esa escuela había prestado a la construcción de la nueva nacionalidad alemana.[36]

Antes de Ranke, la verdad histórica se concebía en función de la unificación y hegemonía alemana pero a raíz de su triunfo como modelo científico se había invertido la ecuación y esos mismos intereses se ponían al servicio de la verdad histórica.[37] "¿Cómo hacer —se pregunta el autor— que las verdades historiográficas, pese a su inevitable parcialidad, fuesen comulgadas

[34] *Ibid.*, p. 35.
[35] *Ibid.*, p. 37.
[36] *Ibid.*, pp. 42-43.
[37] *Ibid.*, p. 48.

por todos?" Cómo convertir, en suma, la historiografía alemana en criterio universal.[38] De acuerdo con el argumento, el engaño se llevó a cabo a través de "un sutil juego que consiste en aprovechar una convención tan sólo válida para el conocimiento de las realidades físicas y naturales".[39] Al concebir el pasado como algo ajeno al presente y proclamar la validez de su conocimiento en la crítica rigurosa e imparcial de las fuentes, se *naturaliza* la materia de estudio de la historia, la cual, por mor de esta falacia, se convierte en "un objeto corporal y en esencia idéntico a las cosas de la naturaleza: algo, en suma, ajeno y separado del hombre".[40] A la luz de esta interpretación, el proyecto científico rankeano descansa en una comprensión errónea, y en última instancia perversa, tanto del objeto como del sujeto de la historia:

> Pero repárese en esto: ¿quién es, a fin de cuentas, el sujeto poseedor de todo ese montón de verdades acumuladas por no decir de todas las acumulables de que es capaz la historiografía naturalista? Se me dirá que el conjunto de los historiadores del presente del futuro, y aun de sus lectores. Pero he allí que aparece una entidad que no es ningún hombre de carne y hueso, concreto y vivo. En otras palabras, un sujeto impersonal que en definitiva no es nadie. El conocer, como todo lo humano, tiene su medida, su proporción bella y justa. La medida humana.[41]

Y en efecto, la llamada historiografía naturalista había sido incapaz de crear un conocimiento que hiciera realidad sus aspiraciones. A pesar del esfuerzo empeñado y de la popularidad ganada, el modelo seguía representando un tipo de historiografía animada únicamente por motivos prácticos cuya finalidad, explícita o no, era fungir como instrumento de dominio. Para demostrar su argumento, O'Gorman prescindió casi por completo de

[38] *Ibid.*, p. 51.
[39] *Ibid.*, pp. 51-52.
[40] *Ibid.*, p. 53.
[41] *Ibid.*, p. 6.

cualquier elemento de contextualización. Su crítica, como dije antes, descansa en un análisis de los conceptos y las categorías implicados en la propuesta rankeana. A la luz de este procedimiento, el autor cuestiona dos principios que juzga emblemáticos de ese programa científico: la noción de imparcialidad sustentada en el deslinde entre pasado y presente; y la tesis acerca de la primacía del "hecho histórico". Veamos esto con mayor detenimiento.

Tal como se bosquejó arriba, la consolidación de la historia como actividad científica surge a raíz de la caracterización de su objeto de estudio como objeto inerte, esto es, como un fenómeno *natural* y por lo mismo ajeno al sujeto que conoce.[42] Para sustentar este punto, el autor hace resonar aquellas famosas y emblemáticas palabras de Ranke: "el pasado ya nada significa como influencia viva para nosotros".[43] En el análisis de las implicaciones filosóficas de esta sentencia, la crítica llega a uno de

[42] O'Gorman no hace referencia explícita a ningún fragmento particular de la obra de Ranke, sin embargo, resulta interesante confrontar esta afirmación con lo expresado en el ensayo "Historia y política", publicado un año después de la aparición de *Crisis y porvenir,* en donde Ranke habla de la relación entre ciencia e historia: "Ocurre con la historia exactamente lo mismo que con la ciencia de la naturaleza, que no se contenta con estudiar cuidadosamente las formas naturales, sino que aspira a algo más alto, a conocer las leyes eternas por las que se rigen el universo y las diversas partes que lo forman y a remontarse a la fuente interior de la naturaleza de la que todo brota" (Leopold von Ranke, *Pueblos y Estados en la historia moderna*. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1979, p. 511). Fragmentos como éste, tomados exclusivamente en función del método rankeano, sirven para justificar sus similitudes con el positivismo, sin embargo, no es difícil constatar sus grandes diferencias y su deuda primordial con el pensamiento de Herder, Goethe y Whilhelm von Humboldt.

[43] E. O'Gorman, *op. cit.*, p. 55, se vuelve a citar en la p. 56. La cita completa es la siguiente: "¿Qué es, ciertamente, lo que en la actualidad puede prestar interés al poder papal? No relación alguna con nosotros, ya que no ejerce ninguna influencia importante, tampoco preocupación de nuestra parte, ya que los tiempos en que algo podíamos temer han pasado y nos sentimos seguros. Sólo puede interesarnos su desarrollo histórico y su acción sobre la historia universal" (L. von Ranke, *Historia de los papas en la época moderna*. Trad. de Eugenio Ímaz. México, FCE, 1943, pp. 10-11).

sus momentos más álgidos. Para O'Gorman, esa premisa simboliza un falso concepto de objetividad al mismo tiempo que evidencia una comprensión errónea, desde el punto de vista ontológico, sobre la realidad de la historia. La distinción entre presente y pasado involucra una separación de profundas consecuencias filosóficas, plantea "un golfo impasable que hace pedazos la unidad de la vida entre nosotros y nuestra historia".[44] A la luz de esta interpretación, la validación de la objetividad rankeana descansa en un error ontológico pues sólo si "se piensa que el pasado no puede, en sí, tener ya ninguna influencia sobre nuestras vidas, la absoluta imparcialidad es posible".[45]

Cualquier lector diligente de la obra rankeana sabrá que éste no concibe la realidad fragmentada; toda época, todo momento histórico, pertenece al movimiento universal de la historia. Sin embargo, esa relación es de consustancialidad no de causalidad. De acuerdo con esta perspectiva, el historiador se ocupa más de las particularidades de cada periodo histórico que de la relación que existe entre ellos, y al enfatizar su carácter individual e inmanente, soslaya la influencia del pasado en el presente. Se trata, en suma, de una forma distinta de entender la temporalidad y su determinación en el sujeto concreto. La noción herderiana de lo histórico concibe el movimiento de la historia como sucesión de equilibrios en la que el tiempo mismo se concibe como un mecanismo del desarrollo histórico pero no como una condición dentro de la cual se está inmerso irremediablemente. La visión rankeana concuerda con la interpretación de Herder, pero también fundamenta la unidad de lo histórico en un *a priori* religioso que está muy lejos de considerar la temporalidad como condicionante radical de la existencia humana. En su estudio sobre la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX, Hayden White ofrece una caracterización de la concepción herderiana del tiempo que se corresponde bien con los principios rankeanos tan cuestionados en *Crisis y porvenir*:

[44] E. O'Gorman, *op. cit.*, p. 56.
[45] *Ibid.*, p. 57.

> El espectáculo del llegar a ser y el desvanecerse que presenta el registro histórico a la conciencia no era para Herder ocasión de desesperación. El tiempo no lo amenazaba, porque él no tomaba en serio el tiempo. Las cosas se desvanecen cuando *su* momento ha llegado, no cuando el tiempo se lo impone. El tiempo es interiorizado en el individuo; no ejerce hegemonía sobre la naturaleza orgánica: "Todo lo que era capaz de hacerlo ha llegado a florecer en la tierra, cada cosa en su momento y en su medio; se ha desvanecido, y florecerá de nuevo cuando llegue *su* tiempo".[46]

Esta forma de concebir la temporalidad histórica, podemos colegir, se corresponde con una actitud acética que promueve el ejercicio cognitivo como mero acto de contemplación. La disociación entre pasado y presente desdibuja el carácter existencial de toda reflexión histórica, reduciendo la labor científica a un acto de pura indagación. La primacía que el modelo rankeano otorga al hecho concreto y la crítica documental como atributos fundamentales del conocimiento histórico constituye "el empeño naturalista de hacer el pasado el objeto de un conocimiento e interpretación que lo cosifica y nos lo enajena por siempre".[47] Anclada en estos principios, la historiografía se desarrolla como una actividad mecánica que deja de reflexionar en torno a sí misma y lo que estudia. De acuerdo con la crítica de O'Gorman, la reivindicación de ese método "convierte a la historia en esa cosa separada y ajena a nosotros que, como tal, efectivamente no tiene, ni puede tener influencia sobre nuestra vida".[48]

¿Cómo devolver la historia al núcleo vital del que siempre emerge? ¿Cómo resucitar la actividad reflexiva y autoconsciente? ¿Cómo hacer posible, en suma, una auténtica ciencia de la historia? El primer paso es exhibir la verdadera naturaleza de la ciencia

[46] Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo* XIX. México, FCE, 1992, p. 80. Las cursivas son del autor.

[47] E. O'Gorman, *op. cit.*, p. 102.

[48] *Ibid.*, p. 72.

inauténtica, rechazar su fetichismo por el documento y desterrar, en definitiva, la falsa idea de que apegándose a los hechos, el historiador es capaz de descubrir la verdad pura. Ahora bien, esta tarea involucra sólo el aspecto negativo de una empresa de mayores dimensiones, cuyo objeto no es corregir o enderezar el camino de la historiografía tradicional sino generar uno radicalmente distinto. Desde la perspectiva de O'Gorman, "la historiografía científica, en cuanto lo que es, es insuperable; en esa dirección ya no puede darse un paso más".[49] Mas reconocer sus falencias no equivale a negar su existencia y mucho menos su muy particular sentido. Puesto que resulta usual —afirma el mexicano— confundir lo inauténtico con lo falso, es preciso enfatizar que la historiografía tradicional "de un modo u otro, responde a exigencias de la vida, y de la vida no puede decirse, sin manifiesto contrasentido, que es un error".[50] A la luz de esta premisa, es imposible negar su muy particular razón de ser. La vitalidad de la que, en su momento, gozó el paradigma rankeano, debe juzgarse inobjetable. Sí es posible, en cambio, negar su autenticidad como conocimiento histórico y, sobre todo, su actualidad. Reconocer las limitaciones de su método y lo fútil de su empresa constituye la condición misma de la realidad contemporánea, tal como la entiende O'Gorman. En sus palabras, "el hombre moderno no ha podido superar el relativismo histórico con que ha venido viviendo el presente". La imposibilidad de alcanzar la verdad absoluta del tipo tradicional, empero, se ha vuelto correlativa a la inconformidad de renunciar a ella. "El relativismo histórico y el consiguiente escepticismo, constituyen el trasfondo vital de las épocas pasadas, cuya historia es una noble y tenaz lucha por superar la angustia que causa el sentir la época propia como una etapa cualquiera del discurrir histórico".[51] Tal es —afirma el autor— "el profundo y oculto drama de la historia del pensamiento europeo".[52]

[49] *Ibid.*, p. 111.
[50] *Ibid.*, p. 189.
[51] *Ibid.*, p. 114.
[52] *Ibid.*, pp. 123-124.

Frente al desengaño y las aporías que entraña una visión semejante, las mismas, por cierto, que atribularon tanto a Meinecke como a Croce, el mexicano plantea una salida aun más extrema que la de sus antecesores. Su solución, como veremos, también se fundamenta en una apuesta por el historicismo pero involucra, a su vez, una ruptura radical. El historicismo no supone un perfeccionamiento de la historiografía tradicional ni mucho menos "una simple corrección al viejo y viciado sistema, sino su destrucción".[53] Su verdadera innovación "consiste en que hemos cobrado conciencia de la historicidad humana, o sea, conciencia del absoluto que es para nosotros la propia vida".[54] Se trata pues, de "la salida vital de la aporía en que ha desembocado el naturalismo historiográfico" que, en su anhelo de superar aquel angustioso y secular relativismo, negó la historicidad humana[55] en pos de un método que nada nos dice acerca del ser del pasado. El historicismo, en cambio, es ante todo una forma de autoconciencia y constituye una salida vital de una situación cerrada porque "alienta una reflexión sobre el hombre y la singularidad de su existencia".[56] Las conclusiones aquí bosquejadas suponen una drástica reformulación del proyecto científico a raíz de la cual cobra pleno significado y sentido la afirmación de que gracias a la filosofía, "la historia se ha afirmado, no en cuanto ciencia, sino en cuanto conciencia".[57]

Llegado este punto, la pregunta obligada es en qué consiste una historiografía de carácter historicista. Cuál es, en conclusión, el tipo de conocimiento que ésta ofrece y que resulta tan radicalmente distinto al de la historiografía naturalista o tradicional. La parte positiva del ensayo se concentra en el tratamiento de estas cuestiones, y lo hace explicitando aún más la deuda del historiador mexicano con el existencialismo heideggeriano. El punto

[53] *Ibid.*, p. 189.
[54] *Ibid.*, p. 113.
[55] *Ibid.*, pp. 129-130.
[56] *Ibid.*, p. 173.
[57] *Ibid.*, p. 118.

nodal de esa filiación, es la caracterización de la labor científica como acto teorético.[58] La revisión de este argumento permite entender las diferencias entre un historicismo orientado hacia una forma estética de concebir lo histórico y otro que, aun resignificando la idea de lo científico, quiso permanecer en los linderos del pensamiento racional.

El conocimiento científico —afirma O'Gorman siguiendo a Heidegger— surge a partir del rompimiento de la condición humana como una existencia "entregada" al mundo circundante, manifiesta en la "preocupación" por lo práctico y "que las más de las veces toma la forma de un hábito".[59] La condición de lo cotidiano puede romperse mediante "una preocupación especial que no se refiere a un objeto práctico. Es la preocupación sabia, o sea la preocupación especulativa de índole teorética, origen de la ciencia".[60] En este proceso, se lleva a cabo un cambio de actividad y, en consecuencia, un cambio de perspectiva; se pasa de una acción casi mecánica a una especulativa que presupone la creación de un juicio sobre las cosas que tenemos a nuestra disposición. Dicho en palabras de O'Gorman "es en el juicio donde opera el cambio de perspectiva" gracias al cual se transforma "la manera de ver o considerar la cosa". Este tránsito consiste en dejar de ver el objeto como un útil para considerarlo como "*un ser objetivo corporal dado*. Desde este momento cambia el sujeto y surge la ciencia. Así pues, la diferencia entre la consideración utilitaria y la científica está en que esta última se preocupa por '*descubrir lo existente como puro dado*'". En lugar de considerar las cosas "bajo la formalidad de *lo en cuanto tal*", propia del orden práctico, el científico propone su consideración "bajo la formalidad de lo *en sí*".[61] Para poner esto en términos menos formales, se puede decir que el surgimiento del pensamiento científico

[58] Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*. México, FCE, 1971, en particular el capítulo III. "La mundanidad del mundo", parágs. 14 y 15.

[59] E. O'Gorman, *op. cit.*, p. 134.

[60] *Idem.*

[61] *Ibid.*, pp. 136. Las cursivas son del autor.

supone aislar la reflexión que hacemos sobre las cosas del significado común o cotidiano que éstas tienen. La consecuencia de un razonamiento semejante es la creación de un punto de vista que hace posible pensar los objetos de otro modo.[62]

A partir de esta perspectiva general, O'Gorman se propone analizar el caso particular de la historiografía, con el fin de dilucidar si "la 'elevación de la historia a la dignidad de ciencia' responde o no, y hasta qué punto, al proceso general del origen de la ciencia".[63] Visto así, tenemos que el pasado resulta, en principio, un útil más del mundo circundante y, justamente porque hubo de servir satisfactoriamente a fines prácticos, es que no existió motivo que lo convirtiera en objeto de especulación teórica. "Del pasado no se alcanza conciencia en cuanto que es un instrumento, es decir, no sabemos nada de la historia, sino hasta el momento en que aquel útil ya no responde debidamente a nuestra solicitación de aprovechamiento".[64] En ese momento —continúa O'Gorman— se empieza a tomar verdadera conciencia del pasado, no todavía por una motivación teórica sino aún por una incitación práctica, que ya implica, no obstante, un detenerse en las razones por las cuales ese objeto nos es útil, explicitando así su función como depósito de experiencia. Este punto intermedio entre la valoración utilitaria de los objetos del pasado y la reflexión teorética que se hace de ellos como depósito de experiencia corresponde, históricamente, al periodo que va

[62] "La ciencia, dice, considera lo real concreto desde un punto de vista que no es el único posible. Toda ciencia tiene en sus entrañas un *a priori* o sea, la 'formalidad bajo la cual se va a considerar lo existente'. Por eso, en toda ciencia hay una '*precomprensión predeterminante*' de su objeto. La principal consecuencia de esto consiste en ver con claridad que en el fondo de todo saber científico se encuentra un 'hacer presente' del objeto, lo que se obtiene mediante una 'delimitación' o 'desbroce' de un existente, dando así lugar a que surja 'cierto tipo de cuestiones'. La ciencia, pues, solamente se hace su objeto: en modo alguno 'crea un existente'" (*ibid*., pp. 136-137. Cursivas del autor).

[63] *Ibid*., p. 137.

[64] *Ibid*., p. 142.

desde la historiografía renacentista hasta Niebhur, época en la que se consigue "la explicitación del pasado empleado como útil al servicio de los intereses prácticos".[65] En este momento, el historiador "cobra plena conciencia de que el pasado se ha venido utilizando y de que, por consiguiente, el pasado debe examinarse precisamente porque es un útil y en cuanto que es útil".[66]

En este punto del análisis histórico-fenomenológico, O'Gorman plantea una disyuntiva: ¿siguió la historiografía el camino del conocimiento científico? ¿cumplió en efecto el transito que va, desde la explicitación de lo útil en el mundo, hasta la reflexión teorética en función de objetos dados?. Sin mucha sorpresa para el lector, el autor responde con una negativa, pues a pesar de que el propósito de todo el proyecto historiográfico moderno fue la consecución del estatus científico, éste se obtuvo a través de un engaño, descrito con antelación, y que en términos filosófico-fenomenológicos constituye "una simple manera de la 'extensión de la utilidad'".[67] En este sentido, el conocimiento historiográfico tradicional es una suerte de híbrido, pues pretende captar a la historia bajo la formalidad de "lo en sí", pero sin abandonar su carácter de conocimiento radicalmente interesado.

La premisa que articula el aparente cambio de perspectiva en la historiografía moderna se sintetiza en la frase rankeana: "el pasado no tiene ni puede tener influencia sobre la vida". El enunciado niega el carácter útil de la historia como depósito de experiencia, ignorando la explicitación del útil en cuanto tal útil. Esa omisión es la que impide, en última instancia, efectuar la reflexión de ese útil como objeto dado. De acuerdo con el argumento de O'Gorman, todo el proyecto científico que Ranke simboliza se finca en la negación del significado cotidiano del objeto. En este sentido, la reflexión teorética o científica de la historiografía tradicional es inauténtica por definición, pues no se realiza como consideración del objeto real conforme a su utilidad

[65] *Ibid.*, p. 145.
[66] *Idem.*
[67] *Ibid.*, p. 146.

efectiva y, en esa medida, supone "una viciada representación del pasado humano a la que es factible aplicarle una consideración teórica",[68] a pesar de que lo que motivó esa consideración sigue siendo la utilización del pasado en sentido pragmático. Justamente porque en realidad nunca se renuncia a semejante tarea es que resulta necesario negar la naturaleza del objeto.

Lo que antes fue definido como "engaño" o "ardid" de la historiografía tradicional adquiere, a la luz del análisis filosófico y formal, el carácter de eminente contradicción, cuya razón de ser —afirma O'Gorman— obedece a la necesidad de tener "para sí lo que es de otro sin dejar de ser lo que se es".[69] Ese otro que se incluye en la ecuación, no es más que el conocimiento científico en sentido lógico-matemático que, desde el siglo XVIII y todavía a lo largo de todo el XIX, gozaba de una legitimidad incuestionable; desde entonces requerida para justificar epistémicamente la labor historiográfica. De este modo, si lo que hacían las ciencias era considerar un existente de un modo peculiar, en el modo de un "ser objetivo corporal dado", lo único que la historiografía tenía que hacer era considerar al pasado en esa misma forma, para que su labor fuese considerada como labor científica, gozando con ello "de los privilegios inherentes a las verdades científicas imitadas".[70] Al consolidarse históricamente esta conquista, se imposibilitó la consideración genuinamente teorética del pasado. De la afirmación "el pasado es lo que verdaderamente ocurrió", se colige que "el sujeto no es *este* pasado, sino *lo verdaderamente pasado*".[71] Gracias a este mecanismo, el objeto se crea a partir de una "reducción arbitraria dentro de la totalidad de lo ocurrido",[72] siendo ésta la consecuencia inevitable de imitar la perspectiva que adoptan las ciencias naturales para reflexionar en torno a su objeto de estudio.

[68] *Ibid.*, p. 151.
[69] *Ibid.*, p. 153.
[70] *Ibid.*, p.156.
[71] *Ibid.*, p. 158. Cursivas en el original.
[72] *Ibid.*, p. 159.

Como hemos visto, la crítica de O'Gorman al modelo rankeano supone dos fases. La primera involucra una perspectiva histórico-teórica a partir de la cual se reconstruyen las premisas que fundamentan la dignidad científica de la historia desde el siglo XVI hasta el XIX. La segunda, por su parte, constituye una revisión de ese proceso bajo una perspectiva fenomenológica, que utiliza la concepción heideggeriana del pensamiento científico como criterio de análisis. En función de estos elementos, es preciso valorar hasta qué punto los cuestionamientos de O'Gorman resquebrajan los fundamentos de la visión rankeana. ¿Se debe admitir que semejante modelo propone una reducción sin más del pasado histórico y que ello es consecuencia directa de una imitación de la metodología usada por la ciencia natural? Desde mi punto de vista, hay algunas objeciones que podrían plantearse. Si bien es cierto que el aspecto más problemático del pensamiento histórico de Ranke, a la luz de las nuevas vertientes del historicismo es su pretensión de objetividad, no encuentro del todo adecuada la equiparación que la crítica de O'Gorman establece con un proyecto de carácter naturalista. A mi juicio, el atributo que el análisis de *Crisis y porvenir* permite reconocer en la historiografía rankeana es la conceptualización de la labor del historiador como una tarea que descubre la verdad del pasado en lugar de configurarla. Esta caracterización, podríamos pensar, no sólo califica la postura de Ranke sino, en general, todas las formas de realismo historiográfico del siglo XIX. En esa medida, la propuesta ogormaniana constituye un esfuerzo pionero y uno de los desafíos más coherentes y fundados en contra de toda forma de cientificismo o realismo ingenuo. El caso de Ranke, empero, resulta peculiar porque la idea de objetividad que ahí se defiende no sólo se sustenta en bases epistémicas, sino también en consideraciones de orden estético y religioso. En este contexto, la reconstrucción (mímesis) del pasado se sustenta en la idea de que, a través de las fuentes, es posible "*presenciar*" el pasado, trayéndolo al presente como algo que ya se encuentra completo y lleno de sentido. El historiador recrea ese sentido, no mediante la especulación o la crítica, sino a través de la

descripción narrativa, cuyo ámbito de explicación es propio de la estética más que de la epistemología.

En relación con este último argumento, es que juzgo necesario al menos un parcial deslinde de la crítica de O'Gorman a Ranke. La recreación a través de la descripción narrativa no constituye, a mi juicio, un modo de reducir el objeto en sentido científico, ni una forma de representar los hechos históricos como realidades estáticas y ajenas a un proceso general cuyo significado último no se objeta. En última instancia, la obra de Ranke en su conjunto no nos permite olvidar que cada parte o época de la historia es constitutiva, orgánicamente, de la totalidad de la historia universal. Por otro lado, el trabajo de imitación no es, nuevamente, la imitación del modelo científico. Es, en efecto, una labor de mimesis, pero a partir de un modelo ideal de pensar el pasado. Se trata, en suma, de recrear una cosmovisión del pasado, entendido como una sucesión de equilibrios que se forman por la interrelación de fenómenos concretos de toda índole. Este modelo, casi sobra aclararlo, está sustentado en una concepción religiosa y estética del mundo, y es sabido que tales concepciones no requieren de una justificación racional para adquirir sentido. La explicitación de semejantes concepciones no puede eludir la tarea de mostrarlas, representándolas, pero no necesariamente requiere explicarlas formalmente.

Tomando en cuenta lo anterior se puede decir que el historicismo ogormaniano no innova en cuanto a sus temas, que siguen siendo, en términos generales, los mismos que para el historicismo clásico: el valor de la vida, la historicidad de los fenómenos y la necesidad de observarlos en función de una perspectiva científica tan singular como su objeto de estudio. Lo que cambia radicalmente, y en efecto no es asunto menor, es la posición del sujeto ante ese modo de ver la realidad y, en general, el valor que se le atribuye a la subjetividad humana como un componente ineludible en la construcción del conocimiento, en la articulación de su significado y sentido. Las palabras que a continuación cito son, desde mi perspectiva, las que mejor expresan las preocupaciones del historicismo contemporáneo, tal como lo

entendió O'Gorman. En ellas se revela, no sólo la peculiar visión del mexicano, sino también los rasgos que, en general, fueron adquiriendo casi todas las variantes del historicismo del siglo XX, afanadas en convertir los principios de un paradigma en actitudes vitales, es decir, en deseos, necesidades y voliciones del individuo concreto:

> El historicismo contemporáneo no es una corrección a la historiografía tradicional, en el sentido de que la prive de su carácter científico. Eso sería tanto como suprimirle su existencia, privilegio cuyo monopolio ha reservado para sí la Divinidad, al parecer no sin sabiduría. La jugada de la crítica historicista es de más baja ralea: deja la historiografía muy ciencia nuestra, pero le quita las pretensiones. Como el D. Juan, a la Pantoja, en el romanticómico drama de Zorrilla, la deja "imposible". *La imposibilidad es la réplica en lo humano de la aniquilación a lo divino*. Las posibilidades de la existencia humana son infinitas; pero lo importante es advertir que no serían lo que son, es decir, posibilidades, si no fuera porque el hombre *es* él, la posibilidad suprema de burlarse de las posibilidades realizadas cuando lo aburren. El hombre es el supremo burlador, porque es el burlador, no de Sevilla, sino de sí mismo.[73]

Ahora bien, quisiera concluir este capítulo aludiendo aunque sea de manera somera, a "uno de los aspectos más originales de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*" pero también uno de los menos estudiados.[74] Me refiero al uso del concepto historiología

[73] *Ibid.*, p. 87. Cursivas del autor.

[74] La única aproximación sistemática pero sobre todo exhaustiva en torno a dicho problema fue desarrollada por Ainhoa Suárez Gómez en uno de los pocos trabajos críticos con los que contamos acerca de la filosofía de O'Gorman. Su perspectiva es, además, profundamente original, porque prácticamente no existe, en la bibliografía sobre el tema, una discusión relativa a dicho concepto pese a la importancia que tiene en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (Ainhoa Suárez Gómez, *La historia como conocimiento ontológico*. México, 2014. Tesis, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, p. 82).

como una categoría que sintetiza toda la visión ogormaniana sobre el proyecto científico del historicismo. Si bien no es éste el espacio para desarrollar la idea con mayor extensión, cabe destacar su particular significación. Como bien se ha señalado, se trata de un término peculiar y en gran medida en desuso que, al menos en el contexto castellano, fue objeto de una reflexión más honda únicamente en la filosofía orteguiana. En la obra de O'Gorman —que sin lugar a dudas fundamenta sus reflexiones al respecto en los planteamientos de Ortega— el vocablo resulta fundamental para entender su teoría del conocimiento histórico. Como vimos antes, la crítica del mexicano a la historiografía tradicional exhibe sus cualidades pragmáticas e instrumentales. La actividad genuinamente teorética, en cambio, procede de forma especulativa (aunque no ahistórica). Para distinguirla de la historiografía, el autor apela al concepto de historiología, a través del cual se define la actividad que "busca no sólo indagar sobre los acontecimientos pretéritos, sino también dar cuenta del significado que estos tienen en tanto que material que constituye la realidad a la que el historiador pretende acceder".[75] Es sólo en virtud de esta forma de racionalización que el pasado se convierte en un objeto propio y, en consecuencia, en un genuino objeto de reflexión existencial. "La ciencia histórica verdadera, la historiología, tiene, pues, una primacía ontológica sobre todas las demás ciencias, gracias a la singularidad de su objeto".[76] En términos generales, se marca una radical diferencia entre la historiografía entendida como mera descripción de acontecimientos y la historiología concebida como la pregunta que inquiere por el ser en sí de la realidad histórica. De acuerdo con esta perspectiva, la preocupación central de la historiografía es el objeto de estudio como tal, mientras que la historiología se ocupa, además, de "la unidad que se establece entre conocimiento y objeto de estudio".[77]

[75] *Ibid*., pp. 83-84.
[76] E. O'Gorman, *op. cit*., p. 285.
[77] A. Suárez Gómez, *op. cit*., p. 87.

Estas reflexiones articulan el sentido toda la propuesta ogormaniana en torno a la resolución de un dilema existencial. En esa medida, exhiben hasta qué punto su proyecto historiográfico descansa en una preocupación ontológica. Su teoría del conocimiento sólo puede entenderse a cabalidad a la luz de dicho principio. Es por ello que se podría incluso afirmar que la configuración del concepto mismo de historiología constituye la finalidad última de *Crisis y porvenir*. Sin embargo, el penetrante influjo de esta idea puede conducirse aún más lejos pues explica no sólo las características esenciales de la obra teórica de O'Gorman, sino también los fundamentos que le dieron forma y sentido a su labor como historiador. Como se ha señalado, la aplicación de este principio filosófico se ilustra de manera clara a partir de la historia de las ideas que también cultivó. *La invención de América* y *México, el trauma de su historia*, son obras en las que "no se narra puntualmente el desarrollo de los eventos acerca de la historia de América o México, sino que se reflexiona en torno al devenir histórico en función de otro tipo de preguntas".[78] La concepción misma de la ciencia histórica como proyecto humanístico, como ejercicio pleno de autonomía existencial deriva de esa profunda y todavía poco estudiada conceptualización.

[78] *Ibid*., pp. 89-90.

Nota final

A la luz del camino andado, se impone concluir este breve ensayo con una reflexión en torno a los cambios operados en el pensamiento historicista del siglo XX y que, en las dos primeras secciones, fueron estudiados a través de las obras de Friedrich Meinecke y Benedetto Croce. Frente a las posturas europeas, la de Edmundo O'Gorman conlleva no pocas transformaciones en la concepción del historicismo y su labor como movimiento intelectual-espiritual. Es casi imposible, en este punto, no hacer las comparaciones correspondientes que, por otro lado, constituyen el objetivo último de este ejercicio de análisis. El carácter esencialmente vanguardista de la postura ogormaniana, y el tono radical de sus argumentos, dio como resultado la negación categórica de que "el historicismo es un progreso evolutivo dentro de la historiografía tradicional".[1] Frente a semejante enunciado, y dentro del contexto que aquí se ha venido trabajando, la referencia a Meinecke es casi obligada y se antoja especular al respecto. Puesto que el estilo de *Crisis y porvenir* se caracteriza por la austeridad de notas a pie de página y de una bibliografía completa, no podemos afirmar de manera concluyente que tras esa afirmación se oculte una referencia velada a *El historicismo y su génesis* (cuya versión castellana circulaba en México desde 1943) o a *Historia como hazaña para la libertad* (conocida en el ámbito mexicano desde un año antes). En cualquier caso, los contenidos

[1] E. O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 1947, p. 186.

de las tres obras estudiadas legitiman la confrontación y fomentan la elaboración de un balance.

En general, considero que la necesidad misma de caracterizar el historicismo en función de preocupaciones filosóficas e historiográficas es un atributo de las tres variantes. El gesto mismo representa, si bien en grados distintos, una ruptura con la tradición precedente. El tratamiento que di en el primer capítulo a los planteamientos de Meinecke dio lugar a considerar no sólo su veneración por la obra de Ranke sino, más allá de eso, su propia reinterpretación del pensamiento historicista. Si bien es cierto que la suya es, literalmente, la postura más conservadora de las que se han estudiado, es justo decir que también emerge de la necesidad de replantear la tarea del historiador en función de los grandes dilemas de su propia época. En los tres casos, el historicismo se configura como una actitud vital que emerge como reacción u oposición y, en última instancia, se constituye como un acto liberador. De acuerdo con las tres perspectivas, el historicismo involucra una forma de autoconciencia que hace asequible el pasado pero también posibilita la racionalización de la vida y la experiencia humanas. En el caso de la obra de Meinecke, la rebelión se opone a la esquemática visión racionalista y, a su modo, también constituye una reflexión en torno a la relatividad de toda forma de conocimiento, ideas ambas con las que el italiano comulgó. La diferencia más notable en este sentido, radica en el esfuerzo que empeñó el historiador prusiano en resolver el elemento esencialmente antagónico del historicismo mediante su mecanismo de asimilación y superación, de modo que la tradición no quedara olvidada para el nuevo historicismo. La recurrencia y significación de este mecanismo de explicación en *El historicismo y su génesis* es fiel testimonio de su visión conciliadora.

Desde mi punto de vista, la obra del italiano no niega la validez de la perspectiva alemana sino su actualidad y, en este sentido, su argumento opera bajo criterios muy similares a los que observamos en *Crisis y porvenir.* En virtud de estas reflexiones, resulta casi imposible negar que *El historicismo y su génesis* se

encuentra a mucho mayor distancia y que, en cambio, la obra de O'Gorman es más cercana a las preocupaciones de *Historia como hazaña para la libertad*. La diferencia más notable estriba en la particular alianza que cada uno de estos tres autores estableció con las propuestas filosóficas de su propia época. Más aún, involucra al menos dos modos muy distintos de valorar la filosofía en el contexto del ejercicio historiográfico. Sería injusto decir que el pensamiento de Meinecke está desprovisto de las inquietudes filosóficas que comporta el historicismo radical de Croce o el vitalista de O'Gorman, sin embargo, resulta más o menos evidente que el historiador prusiano consideró la filosofía más como una materia de estudio que como un mecanismo de racionalización inherente a la práctica historiográfica. Si bien es cierto que la dialéctica hegeliana parece ser el criterio que rige la argumentación de *El historicismo y su génesis*, no queda clara su filiación ni su articulación explícita. En claro acto de fidelidad a la tradición romántica y en última instancia rankeana, el prusiano negó la filosofía como método de interpretación histórica y, en esa medida, nunca llegó a concebirla como el principio que articula el significado que se le atribuye al pasado, ni mucho menos como aquello que da sentido a la búsqueda del ser a través de la historia.

Las otras dos posturas, en cambio, conciben el proyecto historicista como un acto de conciencia crítica que no puede evitar la reflexión filosófica y que no pueden evitar la reflexión filosófica y que, de hecho, la lleva hacia un nuevo horizonte de expectativas. Si bien *Historia como hazaña para la libertad* concede un espacio considerable a la tradición historiográfica, y en esa medida admite un tratamiento historiográfico del problema, en todo momento deja clara la necesidad de revindicar el historicismo como acto teorético, como categoría misma del pensamiento histórico, y no sólo como una realidad espiritual de la que se da cuenta narrando una historia. Con idéntico convencimiento procede O'Gorman, cuya obra deja mucho menos espacio a la crítica historiográfica de las ideas, que en realidad se sustituye con el análisis filosófico de diversas premisas abstraídas del pensamiento

historiográfico. La instrumentación del concepto *historiología* expresa la necesidad de crear una categoría totalmente nueva que integre a cabalidad las características del historicismo contemporáneo. A la luz de este concepto, cualquier alusión a la tradición está fuera de lugar. Si la postura de Croce luce radical frente a la de Meinecke, la del mexicano lo es aún más.

Ahora bien, una vez resaltadas las diferencias queda cierto espacio para aludir a algunas de sus similitudes. En los tres casos observamos la coincidencia de dos principios que, desde mi punto de vista, caracterizan casi todas las expresiones del historicismo del siglo XX. El primero involucra la consideración de un método de interpretación que siempre tiene por objeto la comprensión del pensamiento humano. Si recordamos aquella definición que caracteriza el historicismo como una metodología pero también como una determinada visión del mundo, podemos colegir que, en efecto, en las tres obras mencionadas se da tratamiento a ambos problemas. Más aún, en todas ellas el método de interpretación se justifica en función de una labor científica. Y en efecto, las tres variantes del historicismo que hemos revisado involucran una profunda reflexión en torno a las posibilidades de la historia como ciencia de lo humano. De igual modo, cada una de ellas es tributaria de una concepción de la realidad profundamente determinada por el pensamiento, al grado de que cada ejercicio historiográfico reviste el carácter de una historia de las ideas elaborada, no obstante, conforme a un estilo y una metodología que suelen variar. En cualquier caso, el *a priori* filosófico que todas ellas comparten es que la existencia humana se configura y cobra sentido en el pensamiento y que éste, a su vez, se manifiesta como una realidad objetiva, concreta y, sobre todo, relativa a sus posibilidades de acción y a su contexto vital. La historia es pensamiento en la misma medida en que el pensamiento es, a su vez, historia. Esto supone plantear el vínculo entre objeto y sujeto desde una perspectiva ontológica insoslayable para las tres propuestas que hemos revisado. La afirmación, es preciso reiterarlo, se da en los tres casos a partir de mecanismos muy distintos que, pese a ello, parecen

apuntar hacia el mismo objetivo. Las tres obras suponen un ejercicio de reflexión que se apropia del pasado y que persigue, mediante la indagación, el reconocimiento de su propia identidad.

Finalmente, quisiera destacar que la importancia que reviste la figura de Ranke en la argumentación de los textos que hemos revisado, constituye el núcleo tanto de sus diferencias como de similitudes. La crítica al famoso modelo articula en un mismo objeto las preocupaciones sustanciales de los tres autores. En este sentido la valoración, ya sea positiva o negativa, de la herencia rankeana supone una discusión acerca del desarrollo de la historiografía moderna (una cierta forma de concebir historia del pensamiento, en suma) pero también una reflexión en torno a los principios que deben conducir el proyecto historiográfico como una resolución de problemas vitales o prácticos. No resulta extraño que haya sido Meinecke el que ofreciera una visión más comprensiva de la obra de Ranke. Incluso si el apéndice de *El historicismo y su génesis* constituye una aproximación más bien personal, que por lo mismo se aleja del análisis formal y detallado, da muestras de un conocimiento mucho más vasto de la compleja tradición alemana, y es acaso el primer intento por reivindicar los aspectos más profundos del llamado modelo rankeano. Es probable que gracias a esa consideración, haya surgido como una necesidad aún más imperiosa la revisión de aquel paradigma que tanto Croce como O'Gorman se empeñaron en derribar. Como se mencionó a lo largo de todo el trabajo, la importancia de la figura de Ranke se ha asociado, las más de las veces, con la consolidación del método filológico en la historiografía moderna, pero no es ahí donde habremos de encontrar su más profunda significación. El historiador napolitano entendió bien que el argumento con el cual debía atacar la obra de su colega prusiano era poniendo en duda el carácter historicista del pensamiento rankeano y que si había algo que cuestionar era la equiparación entre ciencia moderna de la historia e historicismo moderno. Uno de los recursos que empleó, emulado en *Crisis y porvenir*, fue comparar la visión rankeana con el idealismo hegeliano. El veredicto del italiano, como el

del historiador mexicano, fue más benévolo con la filosofía de Hegel que con la postura de Ranke. Aún así, la comparación terminó por exhibir con bastante éxito las implicaciones filosóficas de una historiografía que aparentemente había vivido del rechazo a la filosofía. En el vaivén de esa crítica nos han legado un objeto de estudio más: la posibilidad de entender la historiografía no sólo como recuento, no sólo como expresión, sino también como la articulación de una visión filosófica, explícita o no, acerca del mundo que habitamos.

Bibliografía

Collingwood, R. G., *Essays on philosophy of history*. Nueva York, McGraw-Hill Book Company, University of Texas Press, 1966.

Collingwood, R. G., *La idea de la historia*. México, fce, 2004.

Corcuera de Mancera, Sonia, *Voces y silencios en la historia. Siglos xix y xx*. México, fce, 1997.

Croce, Benedetto, *La historia como hazaña de la libertad*. México, fce, 1971.

Croce, Benedetto, *Teoría e historia de la historiografía*. Buenos Aires, Escuela, 1955.

Croce, Benedetto, *La storia come pensiero e come azione*. Bari, Laterza, 1938.

Díaz Maldonado, Rodrigo, *El historicismo idealista: Hegel y Collingwood. Ensayo en torno al significado del discurso histórico*. México, iih, unam, 2010.

Fain, Haskell, "History as Science", en *History and Theory*, vol. ix, núm. 2, 1970, pp. 154-173.

Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, 4 vols. Barcelona, Ariel, 1994.

Ferrater Mora, José, *Etapas de una filosofía*. Barcelona, Seix Barral, 1973.

Fueter, Eduard, *Historia de la historiografía moderna*, 2 vols. Buenos Aires, Nova, 1953.

Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, vol. i. Salamanca, Sígueme, 1977.

García Bacca, Juan David, "Reseña de *Historia de los papas*", en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, núm. 31, julio-septiembre, 1948, p. 144-146.

Gooch, George Peabody, *Historia e historiadores del siglo xix*. México, fce, 1942.

Heidegger, Martin, *El ser y el tiempo*. México, fce, 1971.

Herkless, J. L., "Meinecke and the Ranke-Burckhardt Problem", en *History and Theory*, vol. ix, núm. 3, 1970, pp. 290-321.

Hughes, H. Stuart, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*. Madrid, Aguilar, 1972.

Iggers, Georg G., "The image of Ranke in American and German historical thought", en *History and Theory*, vol. ii, núm.1, 1962, pp. 17-41.

Iggers, Georg G., "The Decline of the Classical National Tradition of German Historiography", en *History and Theory*, vol. vi, núm. 3, 1967, pp. 382-413.

Iggers, Georg G., *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Tought from Herder to the present*. Nueva York, Wesleyan University, 1968.

Iggers, Georg G. *et al*., *Leopold von Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*. Ed. de Georg G. Iggers y James M. Powell. Nueva York, Syracuse University Press, 1990.

Iggers, Georg G., *La ciencia histórica en el siglo xx. Las tendencias actuales* presentación, Adap. y revisión de Fernando Sánchez Marcos. Trad. de Clemens Bieg. Barcelona, Idea Books/Idea Universitaria, 1998.

Ímaz, Eugenio, *El pensamiento de Dilthey*. México, fce, 1978.

Lepenies, Wolf, *La seducción de la cultura en la historia alemana*. Madrid, Akal, 2008.

Matute, Álvaro, *La teoría de la historia en México. 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974.

Matute, Álvaro, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo xx. La desintegración del positivismo (1911-1935)*. México, fce/unam, 1999.

Matute, Álvaro, *Edmundo O'Gorman. Historiología: Teoría y práctica*. México, unam 1999.

Matute, Álvaro, "La profesionalización del trabajo histórico en el siglo xx", en Miguel Carbonell *et al.*, *México en el siglo xx*, t. i. México, agn, 1999, pp. 415-440.

Matute, Álvaro, *El historicismo en México. Historia y antología*. México, ffl, unam, 2002.

Meinecke, Friedrich, *El historicismo y su génesis*. México, fce, 1943.

Meyerhoff, Hans, *The Philosophy of History in Our Time*. Nueva York, Doubleday Anchor Books, 1959.

Nicol, Eduardo, *Historicismo y existencialismo*. México, fce, 1981.

Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, vol. 1. México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1997.

O'gorman, Edmundo, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México, unam 1947.

O'gorman, Edmundo, "Teoría del deslinde y deslinde de la teoría", en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, núm. 17. México, unam, enero-marzo, 1945.

O'gorman, Edmundo, "Cinco años de historia en México", en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, núm. 19. México, unam, julio-septiembre, 1945.

O'gorman, Edmundo, *Fantasmas en la narrativa historiográfica*. México, Universidad Iberoamericana/Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, 1992.

Ortega y Gasset, José, *Kant, Hegel, Dilthey*. Madrid, Revista de Occidente, 1973.

Ortega y Gasset, José, *Goethe-Dilthey*. Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1983.

Ortega y Medina, Juan A., *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana. (Guillermo de Humboldt-Leopold Ranke)*. México, unam, 1980.

Ortega y Medina, Juan A., ed., *Conciencia y autenticidad históricas escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*. México, unam 1968.

Peters, Rik, *History as Thought and Action. The Philosophies of Croce, Gentile, de Ruggiero and Collingwood*, Exeter, Imprint Academic, 2013.

Pflug, Günter, "The Development of Historical Method in the Eighteenth Century", en *History and Theory*, vol. x, núm. 4, 1971, pp. 1-23.

Ranke, Leopold von, *Pueblos y Estados en la época moderna,* traducción de Wenceslao Roces. México, fce, 1979.

Ranke, Leopold von, *Historia de los papas en la época moderna*, Trad. de Eugenio Ímaz. México, fce, 1943.

Ranke, Leopold von, *La monarquía española de los siglos xvi y xvii*. Trad. de Manuel Pedroso, México, Editorial Leyenda, 1946.

Ranke, Leopold von, *Grandes figuras de la historia. Una antología*. 2ª ed. Pról. y trad. de Wenceslao Roces. México, Biografías Gandesa, 1954.

Ranke, Leopold von, *Sobre las épocas de la historia moderna*. Madrid, Editora Nacional, 1984.

Rinaldi, Giacomo, "Italian idealism and after: Gentile, Croce and others", en Richard Kearney, ed., *Routledge History of Philosophy. Twentieht-Century Continental Philosophy*, vol. viii. Londres, 1994, pp. 350-389.

Roldán, Concha, *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*. Madrid, Akal, 1997.

Sakmann, Paul, "The Problems of Historical Method and of Philosophy of History in Voltaire", en *History and Theory*, vol. x, núm. 4, 1971, pp. 24-59.

Stone, Lawrence, *El pasado y el presente*. Trad. de Lorenzo Aldrete Bernal. México, fce, 1986.

Suárez Gómez, Ainhoa, *Edmundo O'Gorman, la historia como conocimiento ontológico*. México, 2014. Tesis, unam, Facultad de Filosofía y Letras.

Trejo, Evelia, "La objetividad, quimera de la historia", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas,* núm. 55, mayo-agosto 1999.

Trejo, Evelia y Álvaro Matute, edits), *Escribir la historia en el siglo xx. Treinta lecturas*. México, unam/iih, 2005.

Unger, Rudolf, "The Problem of Historical Objectivity. A Sketch of Its Development to the Time of Hegel", en *History and Theory*, vol. x, núm. 4, 1971, pp. 60-86.

Villegas, Abelardo, *El pensamiento mexicano del siglo xx*. México, fce, 1993.

Wagner, Fritz, *La ciencia de la historia*. México, unam, 1958.

White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo xix*. México, fce, 1992.

Zermeño Padilla, Guillermo, "Sobre las huellas de Ranke", en *Historia y Grafía*, núm. 15. México, Universidad Iberoamericana, 2000, pp. 11-48.

Zermeño Padilla, Guillermo, *La cultura moderna de la Historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, Colegio de México, 2002.

Índice

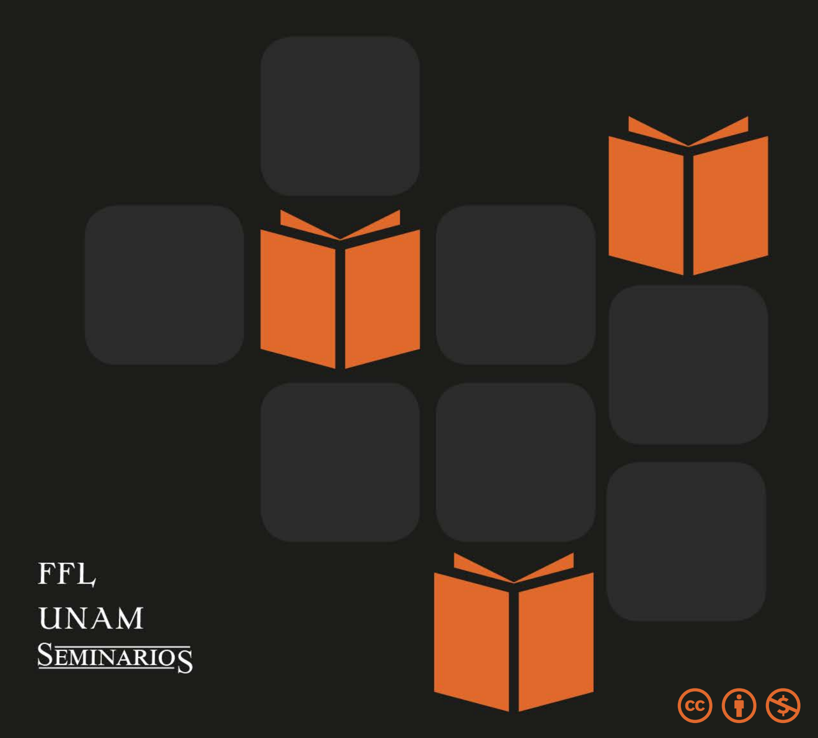
Tres variaciones del historicismo en el siglo XX: Meinecke, Croce y O'Gorman fue editado por la Coordinación de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Se terminó de imprimir el 31 de mayo de 2017, en el talleres de ColoreArte, Rinconada Macondo, Edificio José A. 304, col. Pedregal de Carrasco, Coyoacán, Ciudad de México. Se tiraron 300 ejemplares en papel cultural de 75 gramos. La composición en tipos New Baskerville BT a 20, 15, 12:5, 10, 9:5, 9, 8 y 8:5 puntos, así como el diseño de cubierta, fueron elaborados por Alejandra Torales M. Cuidaron la edición Juan Carlos H. Vera y Edna Karina Rivera Martínez



Tres variaciones del historicismo en el siglo XX:

Meinecke, Croce y O'Gorman

Rebeca Villalobos Álvarez



FFL
UNAM
Seminarios